E. WILDE

PROMETEO & C^ia^

1899

BUENOS AIRES



88884 — **Imp., Litog. y Encuadernación de Jacobo Peuser**
SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO



«PROMETEO»

(CANTO DEL POETA OLEGARIO ANDRADE)

CARTA AL AUTOR

Muy señor mío:

Usted es un hombre impertinente.

Nosotros estamos mui ocupados i no tenemos tiempo para leer versos.

Hace usted mal en obligarnos a leer los suyos.

¿No podia usted haber hecho versos malos, para no sacarnos de nuestras ocupaciones habituales, como quien saca de los cabellos un hombre que se ahoga?

Estamos ocupados de la Bolsa, de las cédulas hipotecarias, de la tarifa de avalúos, de la ley de papel sellado, i del banco nacional, que anuncia con gran pompa operaciones y no descuenta un pagaré de cinco pesos, firmado por Rothschild.

I usted nos habla de Prometeo.

¿Quién era ese Prometeo?

¿Era algun ajiotista?

¿Tenia acciones de las minas de Amambay i Maracayú?

¿O era esportador de frutos del país?

No, nada de esto era. No se ocupaba de ninguna de esas profesiones que hacen la ruina de algunas familias i la fortuna de uno que otro asíduo en la especulación.

¡ Se ocupaba del libre pensamiento !

¡ Valiente profesion i mui socorrida en estos tiempos ultramontanos !

Seguramente, señor Andrade, usted vive en la luna.

Cuando usted elijió por tema a Prometeo, yendo a desenterrarlo de los cementerios mitolójicos, se olvidó del pueblo en que vivia i aunque su canto ha sido leido i comentado por todo el mundo, tenemos el patacon a 31.75 i el precio de la harina se sube a los cielos.

¿ No temió usted la crítica ?

Eso muestra un espíritu independiente, pero poco comercial.

La crítica por suerte, ha sido favorable a su canto, pero porque solo se lo ha mirado bajo la faz literaria.

Desgraciado de usted si en vez de ello, hubiéramos examinado sus estrofas a la luz de la economía política i de los intereses mercantiles, en este pueblo esencialmente comerciante.

La crítica he dicho i he debido decir el elojio.

Su canto es como el brillante ; encierra el mayor valor en el menor volúmen.

Tiene doce millones de facetas i en cada una de ellas se refleja todo, desde la luz sombría de los infiernos hasta los destellos que emanan de una lágrima tierna.

Cuando quiera usted saber el valor de una cosa, pregúnteselo á los instintos.

El sistema nervioso de un niño critica mejor que los autores clásicos.

Yo estimo mucho la opinion de los caballos sobre pintura, desde que el caballo de Alejandro juzgó un cuadro de Apeles.

El juicio de los perros sobre estatuaria i sobre música, es de un valor inmenso.

Véalos usted como ahullan i corren, cuando oyen la seudo-música de los organitos i recuerde la historia del perro que se abalanzó a una estátua que representaba un mendigo.

Pero aun podemos ir mas léjos en materia de crítica sobre estética.

Hasta los objetos inanimados nos dan su opinion indiscutible sobre las obras de arte i sobre la naturaleza que les sirve de orijinal.

El reflejo de la luna que se mira en el mar, es la opinion de las ondas sobre esa solterona desolada i vagabunda que se pasea por el éter.

El eco del trueno en las montañas, es la opinion de las rocas sobre el fragor de la tempestad.

No se oculta la luna tras de una nube sin que el mar arrugue la frente i nos mande una mirada sombría.

No huyen las notas de una tormenta flajelando las crestas de los montes o revolviendo sus senos, sin que las masas de granito modulen en su queja, todas las armonías que la tempestad les inspira.

¿ Qué somos nosotros ante tales críticos ?

¿ Se ha mirado usted alguna vez en un espejo, ese terrible censor de todas las mujeres feas de la tierra ?

¿ Piensa usted que haya una opinion mas imparcial i justa sobre la belleza, que la opinion de los espejos planos ?

I sin embargo, ni los mares, ni las rocas, ni los espejos tienen instinto ni sistema nervioso.

Pero tienen mas que esto ; tienen siempre razon.

El mas hábil casuista no convencerá jamás a un espejo plano, de haber dicho mentira sobre la belleza de una cara discutible; él, con la imparcialidad de su capa de azogue, proclamará la verdad si la cara lo enfrenta en plena luz.

Pues yo, señor Andrade, que no soi espejo plano, me veria en el trance mas apurado si quisiera juzgar su Prometeo; la impresion infantil se espresaria mejor que yo i me avergonzaria con sus estremecimientos injénuos.

Cuando recibí el folleto que usted me mandó, un niño de cinco años me hacia pasar el exámen mas difícil que haya dado en mi vida, preguntándome quién era Dios, punto de teolojía sobre el que cualquier niño apto para preguntar, es capaz de correr a todos los padres de la iglesia.

El canto me sacó de apuros.

—« Prometeo » contesté al filósofo inflexible.

El niño abrió tamaños ojos i me miró con aquel aire de conviccion con que suelen mirar los miembros de las cámaras lejislativas, a los ministros interpelados, cuando estos les contestan un absurdo ajeno á la cuestion i que no obstante los deja satisfechos.

Luego leí en alta voz el primer verso.

El niño abrió la boca i pensó que seguramente iba a saber quién era Dios, cuyo otro nombre, Prometeo, le sonaba tan bien.

Leí toda la estrofa. El niño dejó su trompo i un durazno mordido en el suelo, para tener las manos libres, con lo cual le seria mas fácil entender el caso.

Leí la segunda i la tercera.

El niño pasó la cabeza por debajo del arco que formaban mis brazos.

Continué leyendo. Santo Tomás mui preocupado de su teodisea, paseó sus ojos serenos sobre los versos, buscando el retrato de Prometeo.

—¿Vas a oir todo? le dije.

—Seguí papá, me contestó, dando vuelta la hoja con su deseo, en busca del retrato.

¡ Adelante ! Las palabras salian de mis lábios con entusiasmo, de ellos que no se entusiasman jamás i que no han sido hechos para leer versos. Las frases salian como torrentes, desmontando, destruyendo, destrozando, arrebatando, embistiendo, atropellando, blasfemando, rujiendo como las olas del mar, como el trueno, como el viento, como la cólera.

—Seguí papá.

Rodó la turba impía en espantoso vértigo a la tierra... Sobre la negra espalda i entre el espeso matorral de rocas, que fueron la melena sudorienta, donde cuelgan las nubes vagabundas sus desgarradas tocas i en la noche desciende a dormir fatigada la tormenta !...

Mi pecho se fatigó como la tormenta, mi voz se cortó, mis pupilas se dilataron ante la colosal figura de la nube que cuelga su toca de luto en los picos de las rocas. No tuve aliento, quise absorber, asimilar, entender i admirar en toda su magnitud la belleza inimitable de esas espresiones, decoradas por la luz de las tempestades del infierno.

—Seguí papá.

I los versos salian de mi garganta como cascadas, como huracanes, golpeando, saltando, roncando, renegando, ensordeciendo como los yunques del averno, como las olas, como el trueno, como el viento.

El niño se estremecia asustado ; pegó su cuerpo al mio ; su corazon como el de un pájaro, golpeaba la caja endeble de su pecho, i atraido por el abismo, por la tormenta, por las nubes, soltaba su imajinacion de cinco años, a la orilla del rio, donde sus oidos recojian los rujidos de las olas i sus ojos veían a lo léjos, balancearse los mástiles de los buques, negros por la distancia, sombríos por la soledad i la profundidad del agua encrespada.

¡Un arrullo delicioso i aterrador engolfa su cerebro comprimido; un misterioso vértigo infantil hace jirar sus impresiones; un falansterio de imájenes increibles aprisiona su mente envolviéndola en un torbellino de cosas que oye, que entiende, que adivina, que teme por instinto i que admira por intuicion! Ya sus ojos no buscan el retrato de Prometeo, paseando con ájiles piés sobre las letras impresas; las palabras lo han mareado; su pensamiento en embrion vaga como un sonámbulo entre las rocas, sobre las nubes, bajo los orbes. El mar rujiente, los torrentes, las sombras, las águilas voraces i aquel cuervo que clava su pico en el cuerpo del héroe encadenado, lo han estasiado i su pobre i pequeña cabeza, prefiere recostarse i dejarse llevar al caos por las impresiones encontradas, antes que buscar entre la luz de los volcanes i el rayo refuljente, la silueta de Dios que huye i se disuelve en la sonora palabra « Prometeo ».

Una pausa i un suspiro!

I la palabra cansada, quebrada por la enerjia de la espresion que desafia, que injuria i que amenaza; fatigada del esfuerzo que ha hecho para poblar de moles los espacios, abre las puertas del porvenir, deposita su encono, se dulcifica i pinta la aurora que se entrevee en los horizontes tranquilos, la flor recien abierta, la onda palpitante como el seno de una vírjen enamorada, las ideas voladoras, mariposas de luz del pensamiento, que acarician con sus leves alas la frente esperanzada.

¡Qué pausada está la respiracion del filósofo; ha hecho un movimiento para acomodarse mejor; probablemente despliega alguna arruga que se le ha formado en el pensamiento, o algun boton de mi chaleco le está lastimando la mejilla!

—Seguí, papá.

—¿ Cómo le vá con Prometeo, mi amigo ?

—Yo no quiero que se la coma el cuervo.

De eso se trata, de eso precisamente se trata. ¿No has visto esas mariposas que acaban de salir, la luz del pensamiento, el triunfo de las ideas, la derrota de las preocupaciones i de los fanatismos, los cuervos de la superstición ?....

El niño estaba visiblemente incómodo con mi alocucion en prosa; la forma ejerce una viva atraccion sobre todas las naturalezas.

El representante de la filosofía moderna, que no ha visto hasta ahora si Dios tiene realmente la barba blanca i larga, ni se ha dado cuenta de por qué Prometeo se ha venido a mezclar en el asunto, quiere por lo menos, seguir de cerca a los caballos de granito, al Ponto, que debe ser un animal feroz, i a otros sujetos igualmente tanjibles de esta historia.

Pero no hai por el momento ni Ponto ni caballos de granito. Ya la voz del jigante no retumba en la montaña, ni tiemblan las nubes, ni se paran los astros a mirar desde los confines del mundo, con su ojo de cíclope, las miserias de ese pobre diablo, que se llama pensamiento humano.

Hasta la luna, ya que no hay gresca en que no se halle metida alguna mujer, ha soltado su cabellera cana i ha derramado la belleza vieja de sus hebras tibias, sobre la cara aburrida de los mares tranquilos, cómplices en aquel momento de algun buque mercante que los hiende con su quilla de cobre.

De toda la barahunda no queda mas, bien poca cosa por cierto, que unos cuantos recuerdos caducos que la mente desata, como lo hacen las cabezas de los célibes, para consolar su soledad pesimista, con las melancólicas dulzuras de otros tiempos.

Sí, pero los recuerdos como los males, nunca vienen solos; alguna vision del porvenir los acompaña, alguna esperanza infundada, como todas las esperanzas, cuya íntima naturaleza es no realizarse jamás, viene a mezclarse a ellos; alguna ambicion, tormento de corazones, pagaré sin vencimiento, descuento de remordimientos por faltas no cometidas, viene a ponerse en línea, con aquel baul de desechos ajados que se llama memoria.

Usted cree, señor don Olegario, en el triunfo definitivo del libre pensamiento?

La conciencia humana es como una balanza; si echa usted peso en un platillo, el otro se levanta. Yo creo en algo mas positivo, en el flujo i reflujo de la ciencia social. Si tapa usted un agujero en Europa, el error, como los ratones, abre su cueva en América, en Asia, en Africa.

Pesa sobre la especie humana un lote de mentiras, de preocupaciones, de inmoralidad disfrazada, que no se pierde, que no se perderá jamás, como no se pierde nada de lo que existe en la naturaleza.

La ciencia es el patrimonio de la minoría, felizmente, pues a no tener ni eso, mal andarian las minorías en este mundo democrático.

Si todos fuéramos pensadores, ¿tendria usted con qué vestir su cuerpo indescriptible i podria usted salir a lucir por las calles, ese jeroglífico que tiene por cara i esa su sonrisa ex-humada, que parece una burla sin contemporáneos, transmigrada de alguna alma antidiluviana?....

Descartes ha abierto un ojo i ha estirado la mano, decidido esta vez, a tomar por su cuenta a Prometeo.

—Detente le dije, que ya vienen las hijas del océano.

Sin detenerse, como corresponde a un pensador de sesenta meses i sin retirar la mano, me miró con sus ojos

serenos, i aquella mirada de plata que tienen los retratos al daguerreotipo.

Como ruido levísimo de espuma... como el roce lijero de fantásticas plumas.... como murmullo de hojas desprendidas por la tormenta....No eran rayos de luna, ni jirones de niebla desgarrados por el aire liviano, era el coro armonioso de las jentiles hijas del océano, que a la luz del crepúsculo salian de sus grutas azules.... No duermas Prometeo, al pasar a su oido murmuraban!...

En silencio absoluto i sin mover el pequeño lábio pendiente, Platon deleitado, me miraba con sus ojos metálicos en tanto que un reflejo injénuamente infantil, corria juguetonas carreras sobre su pupila humedecida.

No duermas Prometeo.

Y las ideas fluian de los versos como hojas de rosa, como vólidos de perfumes, como viajes de luz, como lágrimas tiernas, como dulcísimas emociones, encantando, deleitando, suavizando, adormeciendo, como sueños de ánjel, como candores, como inocencias, como lluvias de felicidad que derrama sus gotas tranquilas sobre una vida que brota.

—¿A dónde se ausenta de nuevo esa tierna cabeza? ¿A la orilla del mar? Vá a mirar otra vez la tormenta, el huracan desatado, los mástiles viejos de los viejos buques, negros por la distancia, mudos por el terror de las olas que los asaltan?

No, ya no ruje la tempestad; se quedó léjos, en los primeros versos. Las aguas se mecen como la cuna en que duermen los niños, al son de ese silbido ténue i melancólico, dulcísima música que se escapa de su pecho.

Las olas cantan en voz baja, como las madres; modulan esperanzas, se estremecen con el temor de peligros previstos; la luz de los cielos cae sobre las aguas

como la mirada curiosa sobre el lecho de rosas i examina con atencion, las profundidades del océano, como aquella el porvenir lejano de las ambiciones encerradas en tan frájil cofre. Las olas cantan en voz baja todas las delicias de la tierra, murmuran todas las notas indecisas, vagas como las imájenes de los sueños.

Despierta Prometeo.

I las dulzuras fluian de los versos, como perfumes, como sonrisas, como cariños, como besos castísimos, como promesas; encantando, adormeciendo, deleitando.

Los ojos de plata miraban al infinito, sin rumbo ni espresion, faltos de foco.

*

¿Ha visto usted amanecer, señor Andrade?

Cuando ha trasnochado, cuando no tenia cuarto en que dormir, cuando le cerraban la puerta del colejio o cuando retardado por alguna borrasca juvenil, se retiraba usted lleno de remordimientos i soñoliento, ¿ha oido usted tocar a algun reló metódico, las cuatro de la mañana, con aquella impertinencia con que los relojes de las ciudades avisan a los jóvenes o viejos calaveras, la hora que es, como quien les arroja un reproche al rostro?

En sus paseos ultra-nocturnos, ¿no ha observado usted una ciudad que se despierta?

El gas va perdiendo la intensidad de su luz i cada pico hace esfuerzos para esconder su brillo enfermizo, como si tuviera vergüenza de presentarse tan pobremente ante la aurora que asoma por el horizonte, a espiar a los mundanos i echarles una lujosa reprimenda de luz sobre la cara.

Primero se oye un ruido, luego otro; se ve a los apagadores municipales, correr de vereda a vereda con su

caña larga, como perseguidos por el demonio, punzando el vientre a los faroles, hasta dejarlos mas tristes que una estufa en verano ; uno que otro transeunte aprovecha de la ausencia de sus contemporáreos, para decirse algunas verdades por la calle, hablando solo, como si le durara la cuerda del café o del lecho matrimonial, en el que discutió con su mujer toda la noche, en lugar de dormir; algun industrial apurado que ató a tientas su carro, se apresura a ganar el pan con el sudor de su frente i el trote pavoroso de su mancarron ; una vieja beata madrugadora se dirije a paso de gato, por contra las paredes, a una iglesia donde se dirá una misa con olor a fraile, segun lo acaba de anunciar el lego, con todo el mal humor de una campana perturbada en su sueño ; algun octojenario caviloso, desvelado crónico por su tos secular, abre los postigos viejos de su antigua ventana i asoma una cara de esfinje, para mirar con sus ojos ejipcios si el que llama a la vetusta puerta de su casa fósil, es el lechero que vende leche del rio.

I tras de esto, cien apagadores, mil transeuntes, tres mil industriales, once mil viejas, todos los octojenarios, todos los panaderos, los proveedores de los mercados, los mozos, los viejos, las mujeres, los perros, los caballos, los lecheros saltando a compás, arrodillados sobre un edificio de tarros; los ratones de vuelta a sus albañales, despues de haber hecho una visita a sus vecinos i de haberse informado del estado de los negocios de las jentes por los despojos de las cocinas ; los dueños de tiendas desiertas que abren las puertas, con el fastidio pausado de una obligacion cotidiana i comienzan a colgar sus atractivos en las paredes indiferentes ; los repartidores de diarios i en fin, los vendedores de todo i los compradores de todo, aparecen, brotan, llueven, salen, bajan,

pululan, se atropellan, se empujan, hablan, gritan, llaman, golpean, produciendo un ruido hipócrita, que parece silencio i la algazara humana comienza a las barbas del sol, transformacion de la aurora que ha cambiado de sexo en el espacio de un par de horas.

Pues tal, señor Andrade, su Prometeo se levanta de un sueño de tres siglos i asiste al despertar de la ciudad del libre pensamiento. Las puertas del pasado rechinan i se alzan en tropel las razas estinguidas; todo vive, alienta, todo se espande i reverbera.

La lucha comienza de nuevo, la lucha por la vida. ¡Arriba pensadores, un nuevo dia comienza; el sueño de una noche nos dió aliento i la fuerza en tension en nuestros brazos, busca su aplicacion sobre la tierra! ¡Arriba pensadores, arriba, que ya asoma el claro dia en que el error i el fanatismo espiren!....

Aquí hai una imprevision, señor Andrade. Se ha olvidado usted de que tras de un claro dia viene una noche oscura. La escena en que pone usted a su Prometeo desencadenado, es mi ciudad que se despierta para volverse a dormir al poco tiempo.

El error i el fanatismo no espiran; se duermen hasta la noche. El error i el fanatismo duermen de dia, como los buhos; la naturaleza previsora ha impuesto en todo la intermitencia; por eso ha puesto la noche al fin de cada dia i el dia al estremo de cada noche.

No se trata pues de espirar sino de retirarse a cuarteles de invierno, mientras pasan los tiempos difíciles.

Usted no ha de ver cumplidas sus esperanzas, señor don Olegario, i créame, lo siento mucho!

1878.

LA SANTA ROSA

EN EL

RIO DE LA PLATA

Desde que comienza el mes de agosto no se oye en el muelle i en las fondas i tabernas del bajo en Buenos Aires, hablar de personaje alguno del almanaque que no sea santa Rosa. Los que no están en el secreto, sospecharian que se trata de alguna fiesta relijiosa a no ser la categoría de los comensales, su profesion i los juramentos católicos, aunque prohibidos por la iglesia, que a modo de adjetivos acompañan el nombre de la santa, al salir de boca de tanto marinero sin nacionalidad o con todas las nacionalidades juntas. Pero como no hai uno solo de los habitantes de esta ciudad que no esté en el secreto, semejante sospecha no tiene lugar, aun cuando se prescinda de los mencionados adjetivos i otros vocablos, en atencion a la cultura poco académica de los que los profieren.

El nombre de santa Rosa ha perdido entre nosotros su significacion celestial, adquiriendo esta otra mas mundana *¡tempestad!* que traducida a todos los idiomas, quiere decir buques perdidos, hombres ahogados, cargamentos averiados, espectáculos horribles i todos los males marítimos imajinables.

En el año 1878, santa Rosa habia pasado sin dar motivo a que se le prodigara los dicterios habituales, los que no por eso fueron ménos abundantes ni ménos enérjicos.

La poblacion de la costa se habia quedado desencantada i sus preparativos para comentar los siniestros acaecidos, sin aplicacion.

Muchos marineros se volvieron locos de puro desorientados i algunas fondas fueron cerradas por inasistencia de los comentadores anuales.

Pero llegó el 1º de octubre i la santa que por razones de familia, habia postergado la celebracion de su aniversario, sin prevenir a sus admiradores, desencadenó sus vientos sobre las aguas dormidas, tomándolas de sorpresa.

Ni un juramento, ni una maldicion, ni una frase náutica turbulenta precedió al trastorno. Los marineros se ahogaron i los buques se hundieron sin insultar por esta vez a la corte celestial.

El dia habia cerrado sus puertas sin ruido, la noche vino en puntas de piés i una nube viuda, viajera del sudeste, corrió despavorida por los cielos derramando su lluvia sobre el rio, como si fuera su difunto esposo. Las aguas comenzaron a moverse i sus olas a corretear por la superficie, rezongando por el mal tiempo. El cielo parecia de prisa; el viento se lo llevaba indudablemente hácia el noroeste.

Los grupos de sombras avanzaban hácia el cénit i corrian presurosos a ganar las fronteras del horizonte.

¡Terrible noche! el huracan silbaba en los mástiles de los buques i entonaba preludios de muerte en los cables tendidos. Las olas trepaban a la borda de los mas altos navíos i asomaban su cabeza crespa i espumosa para

mirar con curiosidad si los camarotes estaban ocupados por sus víctimas.

Las ráfagas sofrenaban los cascos produciendo un ruido espantoso de cadenas. La madera crujia, se retorcia, se quebraba. Las amarras jemian como los miembros de los herejes estirados en la tortura. Las anclas arañaban el fondo del rio sin poder agarrarse i eran arrastradas por la embarcacion que debian asegurar. Los buques se atropellaban como combatientes con los ojos vendados; se precipitaban, se levantaban, se balanceaban, pero corrian sin descanso como arrebatados por las furias.

¡El viento silbaba en los mástiles i entonaba preludios de muerte en los cables tendidos!

Los murmullos de la voz humana se perdian en el fragor de la tempestad. Mirando de léjos se veia a la luz de los relámpagos abandonar la cubierta a los míseros marineros para hundirse en las aguas como sumisos obedientes a la fuerza que los empujaba.

Despues, los fuegos apagados ocultaban las patéticas escenas de que cada embarcacion era el teatro.

Los buques se habian dado cita en la costa i corrian afanosos a estrellarse en ella.

La noche continuó llena de ruidos siniestros que se perdian en el insondable abismo por falta de oidos que los escucharan.

Al otro dia los cascos, los palos, los mascarones de proa, con sus caras grotescas i su espresion estática, se acercaban i se retiraban despues de chocar en las toscas, con aquel juego incomprensible i estúpido de los cuerpos flotantes.

Las mercaderías desembarcadas por su cuenta i sin pagar derechos de aduana, descansaban de sus fatigas

en la costa; se dejaban revolver por los curiosos, con la indiferencia propia de los objetos sin valor. Alguna madre desavenida con la fortuna se felicitaba en sus adentros, de ver tanto jénero mojado, que debia venderse barato, i los almaceneros del paseo de julio, jente toda sin conciencia, habian hecho ya el cálculo del líquido producto de tanto comestible averiado.

Las escenas de avaricia eran sin embargo perturbadas por la presencia de algun cadáver, que sério i magullado, reflexionaba boca arriba a cerca del paradero de su equipaje i de su vida.

¡ Gran laberinto entre los pescados i las lavanderas de la playa!

Mas tarde, la nómina de los buques perdidos i algunos otros detalles en los diarios!

Toda la poblacion de la costa ha jurado que no caerá en la trampa el año que viene i que renegará en alta voz contra santa Rosa, desde el primer dia de agosto hasta el treinta de octubre, para que la santa no se acostumbre a estas trasposiciones !.....

1878.

LA LLUVIA

No hai tal vez un hombre mas amante de la lluvia que yo.

La siento con cada átomo de mi cuerpo, la anido en mis oidos i la gozo con inefable delicia.

La primera vez que me acuerdo haber visto llover, fué durante la convalecencia de una grave enfermedad, en mi infancia.

Habia tenido la gran dolencia, la terrible fiebre tifoidea, esa enfermedad simpática á pesar de sus horrores.

Me acuerdo todavía de la tarde en que me sentí ya mal, de la situacion de mi cama, del aspecto del cuarto vacío de muebles, de su aire frio i del número de tirantes del techo sin cielo raso.

Estuve cerca de cuarenta dias enfermo i mis percepciones fueron por lo que recuerdo, confusas i sin hilacion. Me acuerdo que me quemaba i que no podia sudar, que pasaba horas enteras pellizcándome los labios cubiertos de costras que arrancaba sacándome sangre. Veia i oia todo, pero como si fuera yo otra persona ; parecia un desterrado de mí mismo. El tiempo era eterno i en su eternidad yo tomaba todos los brevajes imajinables que tenian el mismo gusto detestable. Soñaba cosas increibles, pareciéndome sueños las realidades i realidades los sueños. Los ruidos eran lejanos ; los oia como si mis oidos fueran ajenos. Veia las cosas o mui léjos o mui

cerca; cuando me sentaba todo daba vueltas i cuando me acostaba mi cama se movia como un buque. Veia animales silenciosos i muebles con vida Las personas de mi casa me parecian recien llegadas i estrañas. Un dia me sangraron; al sentir la picadura de la lanceta i ver la sangre, me desmayé. Cuando volví en mí, cerca de mi cama estaba parada mi madre con su cara pálida i séria; era una estátua.

El médico me miraba con aquella dulce atencion tan propia de su oficio; su fisonomía no espresaba nada, yo creo que lo tomé por un hombre tallado en madera, como un santo sin pintar que habia en la iglesia. No me acuerdo haber tenido dolores durante mi enfermedad. La naturaleza en los graves estados nos dota sin duda de una melancólica i suave indiferencia cuyos beneficios son innegables.

Poco a poco me fuí restableciendo.

El dia que me levanté me miré en un espejito redondo como esos que usan los viajeros (siempre he sido un poco presumido) i en lugar de dos mejillas abultadas i coloradas que tenia antes, encontré dos huecos pálidos i choçantes; fuí a pararme i me faltaron las fuerzas; llevé las manos a mis pantorrillas i no hallé nada, no tenia tales pantorrillas. ¿I mi pelo rubio i ensortijado, qué se habia hecho?

No tenia muslos, ni vientre, ni estómago, no tenia nada. Todo se habia llevado la fiebre. «Pero que la busquen a la fiebre i le pidan que me devuelva mis cosas», me dió ganas de decir.

La fiebre me habia dejado sin embargo un apetito insaciable, una hambre homérica i mortificantemente deliciosa, como pude observarlo en los dias siguientes.

Si durante mi convalecencia hubiera oido a alguien

decir que no tenia apetito, habria creido oir la mentira mas hiperbólica.

Yo soñaba con comidas i componia platos imajinarios con todo lo que uno podia llevarse a la boca. Si alguna vez tuve una idea clara de la eternidad, fué entonces, al considerar los millones de siglos que habia entre el almuerzo i la comida.

El que no ha sido convaleciente nó sabe lo que es bueno, como el que no tiene callos no conoce las delicias de sacarse las botas. Yo no he tenido nunca ni callos ni botas, pero sé lo que digo por el testimonio de personas fidedignas i esperimentadas.

La convalecencia es una nueva vida que se comienza siendo grande. Uno nace de la edad que tiene al salir de su enfermedad.

Cómo se aspira la vida, cómo se siente uno vivir! Para el convaleciente la vida tiene sabor, perfume, música i color ; la vida es sólida, puede uno tocarla, sentirla, alimentarse con ella i absorberla en todo momento.

La luz es mas luz, el aire mas puro, mas fresco, mas jóven ; la naturaleza es nueva, risueña, alegre, coqueta, sabrosa, encantadora.

Los órganos que asimilan el alimento con incomparable rapidez, se apoderan de todo con la enerjía del hambre i la ambicion de las necesidades imperiosas de la vida.

Convalecer es una suprema delicia!

Parece que la debilidad nos vuelve á la infancia i nuestros sentidos gozan con todo hallando a cada cosa la novedad i el atractivo que los niños le encuentran.

Ninguna mala pasion, ninguna de esas ideas insanas que son el sustento de la sociedad, jermina en la cabeza de un convaleciente ; él no quiere sino vivir, comer i descansar !

Se levanta tan pronto como puede para tomar el dia por la punta, vive con gusto su vida durante unas cuantas horas i se acuesta despues para dormir con un sueño profundo, robusto, intenso, dormido de una pieza.

I luego las jentes son buenas, compasivas ; las caras amables, hai sonrisas en todas las bocas para el convaleciente que se deja adular, regalar, felicitar i cuidar sin inquietarse siquiera con la sospecha de que sus contemporáneos no esperan sino que se ponga fuerte para volver a agarrarlo por su cuenta i morderlo, despedazarlo i combatirlo, como se usa entre hombres que se quieren i que por eso viven en sociedad.

En fin, yo estaba convaleciente, pálido, flaco, sin fuerza.

¡Qué traza la que tenia! Me parecia que yo era mi propio abuelo; un abuelito chico, disminuido, como si me hubiera secado i acortado ; era mi antepasado en pequeño, un antiguo concentrado que no habia comido nada durante muchas jeneraciones ; mi apetito era del tiempo de Sesostris i yo habia estado en el sitio de Jerusalem ; la conciencia de mi persona se confundia con las mas remotas tradiciones i no podia entender cómo pudo llegar hasta mí la noticia de mi existencia, siendo como era una momia mayor que sí misma i contemporánea de los mastodontes.

La enfermedad habia retirado en mi memoria las épocas i yo tenia por sensaciones todas esas paradojas disparatadas.

Conforme iba ganando en fuerza, los dias eran mas plácidos. Durante algunas horas me sentaba a recibir el sol que entraba en la pieza i mi silla lo seguia en sus cambios de direccion hasta la tarde.

Nunca he visto sol mas amable, mas abrigado ni mas cariñoso.

Verdad es que mi dicha se aumentaba con las delicias de una exepcion lejítima: no iba a la escuela i mis hermanos iban. No ir yo era por si solo una bienaventuranza; que otros fueran era el colmo de la dicha. ¡Tan cierto es que nada abriga tanto como saber que otros tienen frio!

Un dia no hubo sol, pero en cambio llovió; llovió a torrentes. El patio se llenó pronto de agua i las gotas saltaban formando candeleritos que la corriente arrastraba. Estos millones de existencias fujitivas corrian como si estuvieran apuradas, al son de la música del aguacero, con acompañamiento de truenos i relámpagos. Habia en el aire olor a tierra mojada, perfume inimitable que ningun perfumista ha fabricado, i revoloteaban en la atmósfera las luces de cristal de las gotas saltonas, acompañadas por el ruido inmutable, acompasado, monótono, variado, uniforme, caprichoso, metálico i líquido, propio solo de la lluvia.

Yo habria querido petrificar mis sentidos i que la lluvia continuara eternamente.

Allá lejos en el horizonte limitado por cerros rojos o grises que punzaban el cielo con sus picos, el agua caia en hilos paralelos a veces o en torbellino, en polvo cuando el viento arreciaba, en bandas o fajas impetuosas, segun los sacudimientos de la atmósfera i precipitándose por las hendiduras i las pendientes, llegaba roncando al rio para enturbiar su clara corriente.

Las nubes viajaban por los cielos en montones como arrastradas por caballos invisibles, azotados por los relámpagos que cruzaban como látigos de fuego en todas direcciones.

El cielo en sus confines semejaba un campo de batalla; el oido estremecido recojia el fragor de la pelea i

los ojos seguian el fulgor de los disparos de la gruesa artillería eléctrica.

¡ Pobres viajeros con semejante lluvia ! Mi imajinacion los acompañaba en su camino por los desfiladeros, por los bañados, i los veia recibiendo el agua en las espaldas, con el sombrero metido hasta las orejas i con la inquietud en el alma; ¡ aquí atraviesan un rio cuya corriente hace perder pié a los caballos, allí cae una carga, mas allá se despeña un compañero cuýa cabalgadura se espantó del rayo!

¡Pobres navegantes con semejante lluvia! Sobre la cubierta de la nave solitaria que toma un baño de asiento i una ducha al mismo tiempo en el océano, corren los marineros con sus ropas de tela perfumadas con brea, a recojer las velas, mientras el capitan se moja las entrañas con rom en su camarote para que todo no sea pura agua. Las puntas de los mástiles convidan centellas, la lona se muestra indócil, la madera cruje i el buque se ladea sobre las ondas como si fuera un sombrero de brigadier puesto sobre la oreja del mar irritado.

Solamente los mineros están a sus anchas con un tiempo tan hidráulico; no saben siquiera que ha llovido, i cuando salen de su trabajo, negros de polvo de carbon o de metal, se sorprenden de que haya podido llover sin su consentimiento i sin su noticia.

¿I las lavanderas? Nunca he podido esplicarme porqué dejan de lavar cuando llueve i las vemos recojer sus atados, ponerlos en la cabeza i ganar su domicilio bajo ese paraguas absorbente. ¡Pura rutina!

Cuando estaba yo en la escuela, tiempos duros aquellos, i comenzaba la lluvia, el maestro, un terrible maestro, se distraia o se dormia con el ruido narcótico del agua i mi caton, mi Robinson Crusoe i mi plana se reti-

raban al infinito. Yo solo existia para adormecerme con la elejía de la lluvia i una deliciosa estupidez se apoderaba de mí sin que fueran capaces de sacarme de ella todos los catones posibles, todos los parientes de Robinson, todas las jeneraciones de maestros ni todas las planas de la tierra!

¡ Con qué envidia miraba a los pobres diablos que pasaban por la calle chapaleando en el barro i pegándose en las paredes para evitar el agua, o a los provistos de paraguas que hacian un redoble al enfrentar las ventanas, merced a las gruesas gotas del tejado, que resbalando por la tela de seda o de algodon, iban a colgarse de las varillas como lágrimas en una pestaña colosal!

Nunca pude comprender porqué no daban asueto en los dias de lluvia.

El aire era libre, los pájaros volaban a su antojo, el ganado pastaba sin restricciones en los campos, el agua corria por el suelo, buscando a su albedrío o al de la gravedad los declives. ¿Por qué todo esto no estaba en la escuela como yo, o porqué la escuela no era el campo, nosotros las vacas, los libros la yerba i el maestro un buei manso i gordo, semejante a esos aradores incansables e indolentes que miran con estoicismo la picana i con supremo desden a los transeuntes?

Años mas tarde, en el colejio, la lluvia solia venir a embargar mis sentidos i muchas mañanas, ántes que sonara la fatídica campana que nos llamaba al estudio, me despertaba oyendo llover como si el agua hubiera trasnochado para estar ya lista a esa hora.

Mi pensamiento volaba entonces a mis primeros años; me cubria la cabeza con las frazadas i mientras la lluvia cantaba en voz baja todas las elejías de la desdicha, mi

delicia era representarme mi casa, las personas que conocí i amé primero i mi propia figura correteando sin zapatos por el patio anegado.

Mas tarde todavía, en el hospital, mientras estudiaba medicina, en mi cuarto húmedo i sombrío, la lluvia caia mansamente sobre los árboles de los grandes i solemnes patios, acompañando a bien morir a los que espiraban en las salas. La lluvia tristísima sonaba entre las hojas, i el cráneo de algun pobre diablo, ex-número de la sala tal i famosa pieza anónima de anfiteatro, me miraba con sus cuencas triangulares i oscuras como si quisiera entrar en conversacion conmigo a cerca del mal tiempo.

Alguna canilla, unas cuantas costillas i otros huesos de difunto amarillentos, adorno indispensable de todo cuarto de estudiante, tiritaban de frío en un rincon, o se estremecian al sentirse trepar por un raton de hospital, de esos ratones calaveras i descreídos que no saben lo que es la inmortalidad del alma i que viven entre huesos i entre cadáveres como entre la mejor compañía.

I miéntras tanto el agua eterna, siempre agua, viajando de la flor al océano, de la fosa a las nubes, del vapor al hielo, continuaba su ruta apurada por los fenómenos naturales, entonando su música en los mares, en los ríos, en las peñas, en los valles i por fin en los tejados, haciendo disparar a los gatos que como se sabe, tienen una marcada animadversion contra ese líquido.

El agua eterna sirviendo de espejo a los pastores en el campo, amontonando hielo en las cordilleras, haciendo trombas en los mares, regando las sementeras, hirviendo en algun tacho de cocina o lavando la cara de cualquier muchacho de cuatro años, pues todos los de esa edad tienen la cara sucia, continúa su ruta de la flor al océano, de la fosa a las nubes i del vapor a la nieve.

El agua eterna siempre agua, empujando las locomotoras, haciendo navegar a los buques, surjiendo de los pozos artesianos, vendiéndose a peso de oro en las boticas, lavando las ropas en todo jénero de vasijas, entrando en la confeccion de las comidas, sirviendo para inyecciones hijiénicas o ahogando jentes en las inundaciones, continúa su ruta bajo el imperio de las fuerzas físicas, de la planta a los cielos, del corazon a los ojos para desprenderse en lluvia de lágrimas sobre las mejillas abatidas.

No tengo preferencia por ninguna clase de lluvia; me gusta la lluvia mansa, la niebla, la bruma, la llovizna, la lluvia fuerte, la torrencial, la contínua, la intermitente, la con sol i la inopinada, esa que toma sin paraguas a todo el mundo en la calle haciendo la delicia i el negocio de los paragüeros.

Las jentes de esta ciudad han podido verme con mi sombrero grande caminando lentamente por las veredas, miéntras otros corren presurosos buscando un abrigo contra la lluvia. Yo prefiero mojarme i salgo a gozar cuando llueve, como los demás hombres cuando hace lo que ellos entienden por buen tiempo. ¡I pensar que hai paises donde no llueve nunca!

Por mí, bien podia no haber paraguas ni capas de goma, ni impermeables. Me irrito cuando algun tonto llama mal tiempo al lluvioso i durante un aguacero me encanto con el espectáculo que la ciudad ofrece.

El aire está fresco, la luz es ténue i delicada, no grosera como en los dias de sol. Los edificios se lavan i se asean, el agua limpia las calles, los viandantes andan de prisa vestidos de fantasía, los carruajes se ponen en movimiento i van dando cabezadas a un lado i otro como quien opina de diferente modo; los carros de los

vendedores atraviesan despavoridos las boca-calles provistos de su perro mal humorado, cuya mision es gruñir sin motivo a los que no piensan robar; los caballos trotan haciendo saltar chispas de diamante; las mujeres levantan coquetamente sus vestidos, i los célibes se paran en las esquinas esperando algo que no llega, hasta ver pasar a cuantas se avista en todas direcciones.

Quizá tambien un carro fúnebre con su acompañamiento correspondiente, se dirije al cementerio seguido de veinte coches con sus cocheros agachados, provistos de su látigo a modo de para rayo, todos iguales i dibujando la misma silueta oscura. En la casa mortuoria las jentes vestidas de luto, oyen en silencio la lluvia que canta acorde con sus sentimientos, cayendo gota a gota, como si espendiera una plegaria al menudeo.

Los enamorados que fomentan el amor de las jóvenes obreras, hormiguean por los barrios lejanos i van a hacer su visita tierna por no poder emplear mejor su tiempo con semejante dia.

En cualquier casa junto a la ventana, mirando pasar la jente i oyendo la lluvia que con sus dedos amantes golpea los vidrios, cosen distraidas dos hermanas, una mayor i otra menor (podian ser mellizas) la menor es mas bonita, la mayor mas interesante; las dos alzan la cabeza al oir el mas leve ruido i suspiran si es el gato el causante. Entre ellas está la mesita con su hilo, sus tijeras, su alfiletero i su pedazo de cera arrugada como la cara de una vieja, merced a las injurias del hilo, su mortal enemigo. El cuarto tiene piso de ladrillo, hai un brasero cerca de la puerta, en el cual canta suavemente una caldera con aquella melancolía uniforme del agua que está por hervir i que dice todo lo que uno quiere oir, al unísono con las voces interiores del sentimiento. Hai

además en la pieza una cómoda de caoba en cuyos cajones moran mezclados los cubiertos sucios, las ropas, una redecilla, dos o tres abanicos, varias horquillas i añadidos de pelo, una estampa de modas, la libreta del almacen, un borrador de carta amorosa que comienza con esta ortografía: «my Cerrido hamigo de mi qorason» i una multitud mas de objetos de todas las épocas.

Sobre la cómoda se ve una cajita con tapa de espejo toda desvencijada, un libro de misa con las hojas revueltas que lo asemejan a un repollo, un florero roto con una vela adentro, un santo de yeso con la cara estropeada, un busto de Garibaldi, otro de Pio IX, i en el contiguo lienzo de pared, clavados con alfileres, los retratos en tarjeta de todos los visitantes de la casa, ostentando una variedad grotesca de modas i de actitudes; unos con pantalon largo i pelo corto, otros con pantalon corto i pelo largo; unos con libro en mano i aire sentimental, otros tiesos como si fueran de madera i todos con aquel aspecto pretencioso que toman las jentes ante las máquinas fotográficas.

—Cómo llueve, dice la menor.

—Hoi no viene, dice la mayor.

—¿Por qué? — siempre que llueve viene.

La lluvia hace una pausa, i la conversacion otra; se oye ruido de pasos i de gotas de tejado sobre tela tendida.

I la imájen de la lluvia, con el paragua cerrado, la levita cerrada, el cuello cerrado i el corazon i el estómago mas cerrados aun, entra en la pieza bajo la forma de un elegante jóven, pobre de bienes enajenables, rico de esperanzas i elocuente como cualquier necesitado en trámite de amores.

Una de las niñas, despues de los saludos, continúa haciendo silbar su hilo en el jénero nuevo, miéntras la

otra abre los oidos a la música siempre adorable del labio amante.

I la lluvia batiendo su compas comienza de nuevo fuerte, calmada, violenta, bulliciosa, alternativamente, acompañando con sus tonos dulcísimos las vibraciones de dos corazones henchidos de amor i de zozobra.

La lluvia lenta i suave canta en tono menor sus tiernas declaraciones, formula esperanzas, prodiga consuelos i adormece los cuerpos con sus secretas voces misteriosas.

La lluvia furiosa, torrencial, vertijinosa relata batallas, catástrofes, aparta la esperanza, despedaza el corazon i hace brotar en los ojos esferas de cristal que balanceándose en las pestañas parece que vacilan ántes de soltarse para regar la tierra maldita.

Mas allá en la vieja ciudad, álzase un convento sombrío, pesado, vetusto, como un elefante entre las casas; una ventana microscópica trepada en la pared enorme da paso a la luz que penetra sijilosamente en la celda de un fraile, para insultar con la novedad de sus rayos, una cama vieja, una mesa vieja i una silla vieja tambien, tres muebles hermanos en flacura que instalaron allí su osamenta hace dos siglos i en los cuales mil jeneraciones de insectos han llegado en la mayor quietud a la edad senil. La bóveda amarillenta da atadura a cortinas colosales de tela-arañas, donde yacen aprisionadas las momias de las moscas fundadoras i donde merodean silenciosas arañas calvas i sabandijas bíblicas enclaustradas, aun cuando no siguen la regla de la órden. Allí se han enloquecido de hambre las pulgas mas aventureras e injeniosas i las polillas, despues de haber roido todas las vidas de los santos, han entregado su alma al creador bajo los auspicios de la relijion. Un libro con tapas de pergamino

se aburre de sí mismo entre las manos de un padre tambien de pergamino, que mira desde la altura de sus setenta años con ojos mortuorios de ágata deslustrada, las letras seculares de las hojas decrépitas e indiferentes.

En el patio del convento, crecen los árboles sobre las tumbas de los relijiosos i la lluvia que cae revuelve el olor a sepulcro de la tierra abandonada.

La mente del padre huida de su cerebro, vaga por no sé donde, miéntras él, estúpido de puro santo i sordo de puro viejo, no oye los salmos que canta el agua desplomándose de los campanarios i azotando los claustros.

Las pasiones han abandonado su corazon, los años han secado su cuerpo, han oscurecido sus sentidos i lo han arrojado ahí sobre esa silla, para que vejete en vida, sin mas instigador que el tañido de la campana, único motor de su cerebro, habituado a despertarse a hora dada por la costumbre cotidiana que lo obliga a cumplir sus deberes maquinales.

¡Dulce vejez sin dolores i sin enfermedades, prémio de la vida austera, tú que marchitas los sentimientos i despojas de aguijones el corazon del hombre ¿por qué no dejas siquiera los oidos abiertos para escuchar la lluvia que dice tantas dulzuras al desfalleciente i al moribundo?

I miéntras el viejo duerme su vida, en la ausencia de todos los escitantes de los sentidos, abandonado de sí mismo en su celda helada, la lluvia saltando sobre los tejados, apurada por las calles, chorreando por las rendijas, mandando su agua por los albañales o formando arcoiris en los horizontes, refresca, anima i vigoriza la naturaleza o enferma i destruye los jérmenes de la existencia humana.

I miéntras el viejo reposa sus órganos faltos de accion en su silla fósil, la lluvia deslizándose por los mares grises, serpentea lentamente por las hendiduras, buscando su tumba al pié del edificio, o chocando con los obstáculos, produce con sus gotas desarticuladas, un sonido de péndula que convida a morir.

La lluvia redobla en las bóvedas ; en la iglesia desierta resuena la voz del relijioso que dice sus rezos con murmullos nasales, teniendo la soledad por testigo; las naves están frias, el piso yerto, los altares estáticos como decoraciones enterradas en el teatro de alguna ciudad ahogada por las cenizas de un volcan i las imájenes de los santos, con los ojos fijos i los brazos catalépticos, parecen aterrorizadas por la lluvia que asedia, embiste i golpea las dobles puertas claveteadas.

El cuadro de la vida humana es monótono en su conjunto, pero variado en sus detalles.

En una capilla, como prueba de las atracciones sexuales, acaba de desposarse una pareja. El padre ha dirijido su sermon inútil que los novios no han oido. Los invitados al acto i los recien casados se han metido en los coches i han llegado sanos i salvos a la casa preparada; ha habido una despedida en la puerta, la madre ha dado a la esposa un beso en la frente, último beso casto que ésta recibe ántes de entrar llena de estremecimientos i colgada del brazo de su marido, al dormitorio matrimonial. Allí está la cama, una terrible cama monumental, preñada de amenazas i misterios; la niña se sienta en ella alarmada i temblorosa ; el marido revuelve proyectos en su cabeza inspirados en recientes orjías i con mano vigorosa desprende los azahares de la frente virjinal; luego el velo, despues las horquillas... el pelo cae derramándose sobre los hombros blancos... un corpiño i

un corsé se oponen a los proyectos; ¡ abajo estos atavíos! el vestido liviano se instala en una silla ostentando su cola; cae una enagua; la novia se encoje de frio i de vergüenza; ¡ en camisa delante de un hombre! i qué hombre! un brutal prosáico cuyos botines han atronado al caer sobre el piso de madera. El frac ha ido a estenderse sobre un sofá, donde ofrece el aspecto de un cajon fúnebre, al lado de las demás ropas masculinas; la desposada encuentra que son mejores los novios vestidos que los maridos desnudos. Han sido echados cautelosamente los pasadores de las puertas; los corazones palpitan con violencia; los labios están mudos; se oye el ruido de un beso; la lámpara opaca esparse su luz tímida sobre la escena; hai en la atmósfera perfume de carne jóven; las sábanas nuevas dejan escapar esos anchos silbidos de las telas frotadas; la desposada suspira, llora i se queja como un tierno pájaro que espira; el marido ardiendo en deseos, abraza, acaricia i oprime... De repente el oido percibe un murmullo inquietante, como el de cautelosas llamadas repetidas... Las respiraciones se suspenden i a favor de su silencio se oye los golpes espaciados de las gotas en los postigos de la ventana, como preludios de la lluvia que comienza; lluvia de lágrimas en delicado homenaje a una virjinidad sacrificada i doliente, elejía que penetra en el alma de la jóven con la melancólica suavidad de un recuerdo lejano.......................................

En otra escena, en medio de la ciudad bulliciosa, los diarios de la mañana i de la tarde instalan en sus columnas de telegramas, la biografía i el itinerario del último aguacero, segun noticias venidas de cien leguas a la redonda, los pluviómetros marcan insolentemente la cantidad de agua caida en cada metro cuadrado, con la

indiferencia científica de los datos físicos i la poética, la sublime, la encantadora lluvia, pasando por la Bolsa de comercio, esperimenta la degradante i final transformacion de las delicias humanas, convirtiéndose en dato estadístico i objeto de especulacion.

1880.

FRAGMENTO CRIOLLO

Sopla viento de furia en su cabeza abatida, manda tu música traida de los confines del mundo, tus ecos recojidos en los bosques lejanos o en las montañas nevadas i solitarias donde huyen las gamas espantadas cuando tú te quiebras en los desfiladeros i reniegas de tu suerte que te obliga a viajar eternamente, sufriendo el frio i el sol i la lluvia en tu tránsito por los hemisferios.

Sopla viento de furia sobre la cruz de las cúpulas ó sobre las veletas de los edificios que jimen gritando a mis oidos en la noche callada, todos los tonos del sentimiento que me domina.

Arrebata en tus alas mi pensamiento i mi amor i llévalos hácia su lecho donde suspira inquieta i devorada por los celos; dile que la quiero, que te oiga i cambie tu ímpetu al mezclarle con su aliento, en brisa tibia i suave que derrame la dicha en su camino. Vuela viento del polo, del ecuador o de los desiertos inesplorados i roba tu humedad de las flores, en cuyas hojas coagula su llanto la atmósfera en lágrimas de rocío.

Pasa, viento de las pasiones, arrastrando las inquietudes de la vida i deja mi corazon i mi espíritu sereno como los altos cielos que te miran pasar.

1880.

MEDITACIONES INOPINADAS

La otra mañana me desperté un poco mas temprano que de costumbre, me senté en mi cama i me puse a balancear los piés con aquella pereza lánguida de un hombre que no se decide a tomar la resolucion de vestirse.

Toda vez que ustedes se encuentren en una situacion semejante, déjense estar, les aconsejo; nunca reflexiona uno sobre mayor variedad de temas i con mas indolencia.

Ya habia tomado mi taza de té medio dormido, teniendo antes la precaucion de meter el dedo en ella para saber si el té estaba mui caliente; tambien les aconsejo seguir este precepto, si no quieren quemarse.

Tomar té medio dormido es proponerse un problema: uno no sabe si toma té, café, agua de violeta, una infusion cualquiera, o agua sucia.

Si yo fuera sirviente, me vengaria a esa hora de mi patron, haciéndole tomar lo que se me antojara.

*

Cuando uno es sano se despierta contento i comienza el dia sintiéndose vivir con ganas.

Estaba pues yo en uno de aquellos momentos de fortaleza pasiva en que uno sabe que es capaz de romper todo, i no se atreve a mover un dedo.

La verdad; yo no me decidia a estirar la mano para alzar mis medias, que salvo exepciones, es lo primero que uno toma para vestirse.

Mi imajinacion corria entre tanto por donde se le antojaba: yo la seguia con mi pensamiento observando sus jiros i mirándome de tiempo en tiempo los piés, en lo que esperimento una gran complacencia, porque son mui bien hechos.

En un momento recorrí veinte siglos i cuatrocientas mil leguas. Hé ahí una superioridad del pensamiento sobre las impresiones reales. Uno hace conjuntos de las cosas mas lejanas en tiempo i en espacio, i separa los hechos mas próximos.

*

Creo que se llama vision intelectual a un fenómeno curioso que todos han esperimentado i en que mui pocos han parado su atencion. Cuando uno ve un objeto, un monumento, supongamos, solo puede percibir el lado que mira o las partes del edificio que le dan frente; pero hágase la representacion intelectual de la sensacion, de una manera tan viva, que uno crea tener los objetos delante, i ve al mismo tiempo, los cuatro frentes del edificio, el interior, si lo conoce i los diversos departamentos, con las escenas que en ellos pueden pasar. Es decir, ve lo que es imposible ver materialmente en un momento indivisible.

Lo que sucede con los objetos sucede con las épocas; el pensamiento produce anacronismos reales i se puede ver por ejemplo, al rei Dagoberto cantando una ópera con la Patti en el paraíso terrenal.

Gracias a esto, el que tiene la facultad de hacer tales representaciones, puede divertirse mucho.

Yo suelo complacerme en llenar mentalmente de lunares las caras de las jentes i en ponerles bigotes a las señoras.

Son mui curiosas las transformaciones que uno llega a verificar a veces.

Me gusta cambiar el vestido a mis conocidos i representármelos con los trajes de otra época. En la calle suelo vestir de romanos a algunos personajes flacos i ridículos que ni sospechan al verme que yo los estoi haciendo conversar con César o pedir audiencia a Tiberio.

Lo que mas me cuesta es convertir el invierno en verano; no puedo con el frio. Quizá depende eso de que la impresion de la temperatura es mui estensa, porque afecta un órgano mui grande: la piel.

Pero no esperimento la misma dificultad para hacer llover; yo veo llover cuando quiero.

*

Esta facultad de impresionarme vivamente con mis propios elementos cerebrales, me producen una ventaja real: la de no poder considerarme desgraciado (cualesquiera que sean los contratiempos que me ocurran) por mas de un cuarto de hora. Con mandar las desgracias a otra época, todo está hecho.

Creo que muchos pueden verificar el mismo fenómeno si se fijan en lo siguiente:

No hai pesar, por grande que sea, que no se borre con el tiempo: la desgracia es, pues, una actualidad. Por lo tanto, si por medio de nuestras fuerzas mentales, quitamos a los hechos su carácter de actuales, disminuimos la intensidad de sus efectos i no hai en verdad, desgracias despues de la operacion.

Fijémosnos además en esta otra concepcion, que se liga íntimamente con un accidente removible: la civilizacion.

No esperimentamos nunca un pesar en toda su intensidad, sino en virtud de una prevision instintiva, de que muchas veces no nos damos cuenta; esa prevision es la de que el mal puede aumentar, i que su actualidad es mas bien una amenaza.

Quitemos la prevision, i los males disminuyen en un crecido tanto por ciento.

Cuanto mas civilizado es el hombre, tanto mas previsor es; la civilizacion, accidente, puede ser pues suprimida mentalmente, i lo está de hecho entre los animales i entre los salvajes, razon por la cual ellos esperimentan con menos intensidad sus dolores i sus pesares.

*

Pero aun hai algo mas que añadir. Propiamente hablando, no hai consuelos; para que hubiera consuelos seria necesario que existieran elementos morales capaces de neutralizar los pesares, afectando el mismo sitio del cerebro i de una manera contraria en calidad, estension e intensidad; seria necesario que hubiera reactivos morales como los hai materiales; en química, un ácido neutraliza una base para formar una sal.

Los pesares son sentimientos, los consuelos debian serlo tambien, i sin embargo, la esplicacion de las causas de una desgracia, proceso puramente intelectual, es un consuelo en cuanto a que disminuye la aptitud del conjunto mental para dejarse impresionar.

Los hombres son mui tontos. Lo pisan a uno en la calle i si le esplican que el pisoton es casual, se queda mui contento.

A una madre se le muere un hijo; si sospecha que ha podido salvarse, su pesar aumenta: si sabe que el mal era incurable, su pesar disminuye; miéntras tanto el hijo, en cualquiera de los dos casos está muerto i bien muerto; i como este solo hecho es el que causa o debe causar el pesar, notamos una desproporcion o falta de relacion entre la causa i el efecto, que solo se comprende admitiendo esta paradoja: la esplicacion es un consuelo i su falta un incentivo al dolor.

*

Todavía se puede hacer otro raciocinio que descubre un mecanismo por el cual la intensidad de las impresiones puede ser disminuida.

Entre el momento en que ocurre una desgracia i aquel en que uno toma conocimiento de ella, puede mediar un tiempo mas o menos largo; en este tiempo el que ha de ser afectado por el suceso, permanece en estado de completa indiferencia i como si tal desgracia hubiera sucedido. La esencia de la cosa no cambia sin embargo, por el hecho de ser ignorada; luego, la desgracia en cuanto tiene de real, no afecta, i si solo en cuanto tiene de accidental o suprimible: el hecho de ser conocida.

Suponiendo, pues, que el tiempo entre el suceso i su conocimiento crezca, aumenta el tiempo en que nuestro ánimo puede hallarse en estado indiferente, i como no hai inconveniente en suponer ese tiempo tan largo como se quiera, de veinte años, por ejemplo, la imajinacion, por ese procedimiento, puede postergar los pesares i darles la vejez conveniente, a fin de que su efecto sea mitigado.

*

Por operaciones análogas puede actuarse sobre todas las pasiones, sobre la del amor mismo, que es una de las mas rebeldes.

Un individuo enamorado sériamente, tiene alteradas las bases fundamentales de su juicio i cree una porcion de paradojas i necedades que toma como reguladoras de su conducta.

Cree por ejemplo:

Que su vida es imposible sin la presencia del objeto amado.

Que el aire, el suelo, las flores, los fenómenos de la naturaleza i las evoluciones del mundo moral, en el seno de la sociedad, no tienen significacion ni importancia, si no se ligan con el objeto amado.

Que todos cuantos están ocupados de otra cosa que de meditar sobre el objeto amado, pierden lamentablemente su tiempo.

Todo esto i mucho mas se presenta en la cabeza de los enamorados, con el carácter de la mayor verdad.

La pasion absorbente por esencia i eminentemente individual, trastorna todas las nociones de lójica, de prevision, de juicio, de tacto i el hombre sujeto a ella, ajusta su raciocinio a una medida estrecha, por mas que su existencia en tales condiciones, sea incompatible con los datos del mas vulgar sentido comun.

Pero consígase ocupar estraordinariamente a la persona que se halla en tales condiciones, no se deje lugar a que la morbosidad aumente por la insistencia en repetir el mismo pensamiento; i el tiempo, este aguador de todas las impresiones, gasta la vivacidad de la pasion, dando lugar a la produccion de ideas mas conformes con la realidad de las cosas, i por lo tanto, mas fisiolójicas i normales.

Ahora bien, si por un artificio, se consigue interponer un tiempo relativamente largo, entre dos pensamientos referentes al objeto amado, la atraccion que él ejerce disminuye; i como toda situacion tiende a continuarse, la calma se establece poco a poco, dando por resultado muchas veces que el individuo se admire de cómo ha podido pensar i hacer tantas locuras!

*

Parece imposible que un hombre sentado en el borde de su cama i balanceando los piés, se entregue a semejantes meditaciones, pero contra los hechos no hai objecion i el hecho es que yo pensaba en lo ya referido i en algo mas que vá en seguida.

La silueta de algun amigo mio pasó por mi mente i me dejó elaborando sobre la amistad.

La amistad verdadera, desinteresada, abnegada, en fin, con todas las calidades que le da el diccionario, es una demencia.

Nunca hai dos amigos; hai un amigo cuando mas, i aun éste es sofisticado; pues toma los sentimientos mas complejos i diversos por sentimientos amistosos.

Se suele ver hombres que manifiestan por otros la mayor adhesion; son sus amigos en la acepcion jeneral de la palabra: pero si escudriñamos bien lo que pasa, encontramos en el fondo de las causas que determinan esta adhesion, un estado de subordinacion de una parte i de imperio de la otra, dependiente de una superioridad permanente o transitoria del lado de uno de los dos que se llaman amigos.

Mas bien dicho, un amigo verdadero es siempre un apéndice del que lo tiene i la adhesion dura lo que determinan jeneralmente circunstancias insignificantes.

Así, un amigo verdadero que sufre durezas, imposiciones i otros vejámenes, rompe de repente su amistad, porque no lo convidan a comer en un dia de santo.

Nunca dos hombres igualmente distinguidos son amigos; razon: porque los sentimientos altruistas, base de la amistad, disminuyen con la instruccion que desarrolla poderosamente el individualismo.

La amistad filosófica es una cuenta corriente con intereses recíprocos; la amistad humana, la única que existe, es una cuenta con intereses compuestos, sobre un capital ficticio que el amigo verdadero cree haber recibido.

Muchas veces la amistad no es mas que una vanagloria de una parte i un amor propio de la otra!

El cariño no interviene en la amistad, sinó como accidente, pues no debe su existencia a la estimacion de ninguna calidad; el cariño es un movimiento instintivo, irreflexivo, casi estúpido!

Toda idea de antagonismo es incompatible con la amistad. Para que fuera posible la amistad verdadera, seria necesario que hubiera potencias desiguales e inaplicables al mismo objeto, i ¿dónde hai dos hombres que las tengan en tales condiciones?

Por esto, una amistad que dura, no debe su duracion sinó a la casualidad de no presentarse la ocasion de un antagonismo.

Luego la amistad no es un sentimiento fundamental.

*

Cuando tomamos como base de la organizacion social el amor al prójimo, llámese adhesion, simpatía, amistad o altruismo, nos equivocamos lamentablemente en la interpretacion de las tendencias humanas.

Ni aun los sentimientos mas jenerosos, los llamados abnegados, por ejemplo, escapan a la lei que preside la organizacion sicolójica de la humanidad.

Tomemos el amor de madre.

Solo la ignorancia mas crasa del juego de las facultades, puede ocultarnos cuanto refinamiento hai en el egoismo llamado amor materno.

Basta una simple, una elemental reflexion del mas sencillo sentido comun, para convencernos de ello; héla aquí:

Las madres quieren a los hijos porque son de ellas; tipo de egoismo. Si los hijos fueran de otras, no los querrian; pero como esto no puede suceder, las madres se encuentran en la forzosa disyuntiva de querer a sus propios hijos o de no tenerlos.

En el amor de madre como en todo amor, hai la sensacion del cariño, que es agradable. Sentir el propio afecto es una conmocion deliciosa. Si uno se encontrara mal por el hecho de amar i fueran desagradables los efectos de sus emociones, el fenómeno moral seria penoso i nadie querria soportarlo ni fomentarlo.

El espectáculo interno que produce la sensacion de nuestras emociones simpáticas, tiene una novedad atractiva que nos deleita, i por esto, en el objeto amado, hijo, hermano o prójimo, amamos sin darnos cuenta, nuestro propio deleite.

I la naturaleza, tan sábia como dicen i que no ha tomado parte en la convencion social, respecto a interpretaciones de sentimientos, ha establecido en los hechos la verdad de estas afirmaciones.

Veamos esos hechos.

Es sabido que los padres, salvo exepciones, quieren mas a los hijos que éstos a ellos; ¿por qué? porque el

hijo es para el padre una fuente de placeres mucho ántes de la época en que el padre puede serlo para el hijo, i porque el sentimiento del padre estriba en la nocion de propiedad i dependencia intrínseca, mientras que el del hijo para el padre, se hace provenir de un sentimiento de gratitud que no es natural, ni forzoso, ni lejítimo muchas veces.

El hijo, se dice, debe al padre la vida; no puede sin embargo ser deudor el que no existe; nadie puede pues deber la vida porque con ella comienza la existencia i ántes de ella no hai sujeto a quien se haya podido hacer favor con dársela.

¿Se dirá que este es un juego de palabras? No; es una razon fundamental. Suponiendo que la vida sea un beneficio, lo que es dudoso, tendremos que suponer que su falta es una privacion, segun la mas estricta lójica, lo que nos llevaria a aceptar el absurdo de que puede ser privado de un beneficio, alguien que no ha existido jamás.

*

Pero saliendo del raciocinio especulativo, i yendo a la práctica social, encontramos hechos que muestran cuanto hai de falaz en esta exijencia de gratitud por el hecho de vivir.

Para obligar la gratitud es necesario tener la intencion de hacer un servicio, o cuando ménos de no hacer un daño.

Ahora bien, ¿qué gratitud deberá el hijo que nace de una union ilejítima, contra los deseos de los padres? ¿qué gratitud, cuando los padres han procurado que su union no dé frutos? ¿qué gratitud se debe al que no ha pensado ni remotamente en hacer un beneficio, i si sólo en la satisfaccion de sus apetitos?

—

Salvo uno que otro santo, de esos que toman los mandamientos a lo sério, creo que no hai hombre alguno que en sus momentos de amor, tenga el propósito definido de criar hijos para el cielo.

I el hijo que hereda una enfermedad incurable i dolorosa, o nace contrahecho ¿deberá tambien gratitud a sus padres?

Si debiera de haber gratitud de los hijos para con los padres, seria por servicios posteriores al nacimiento i no por el hecho de tener vida. I vaya por conclusion de estas reflexiones, un recuerdo biolójico.

Ningun padre da vida a ningun hijo; la vida del jérmen resulta de hechos únicamente dependientes de leyes naturales, con la voluntad, contra la voluntad, i sin la conciencia ni la intervencion intencional del padre.

Pretender haber dado la vida a un ser, es una ignorancia o una petulancia; tanto valdria pretender haber hecho la luz con abrir los ojos o haber fabricado una flor con enterrar una semilla.

*

¡Bueno!

Ver pensar a un hombre es desagradable.

En el interior de todas las cosas hai siempre mas prosa que poesía, i mas decepciones que consuelos.

Felizmente en materia de relaciones humanas, los pensamientos afectan poco la conducta i no influyen casi nada en las impresiones.

Un filósofo puede ser tan analítico como se quiera i podrá pasarse años enteros descomponiendo sentimientos; esto no le impedirá enamorarse como cualquier hijo de vecino, tener pasiones i arreglar a ellas su peregrinacion en este mundo, a despecho de todos sus métodos i sus deducciones filosóficas.

Pero para el público, sea auditor o lector, jeneralmente sin criterio, el análisis de sentimiento es repulsivo, porque no lo entiende, porque choca con las ideas recibidas i no se acomoda al juicio oficial de la sociedad.

Tal es la razon por la cual hai pocos autores francos i muchos que fabrican conceptos habituales para que sean encontrados buenos, aunque sean inexactos.

¿Cómo un hombre que analiza i descompone sentimientos puede ser bueno? Es malo, dice el público, es cínico, es frio, es pernicioso!

No, lo único que hai es que el auditorio es incompetente i no reconoce esta gran verdad: Las meditaciones nada tienen que ver con los sentimientos, i el mas frio disector del alma humana, puede tener el corazon caliente i lleno de las mayores ternuras!...

Tras de estas reflexiones, miré mi ropa que estaba indolentemente tendida sobre una silla, como si estuviera tambien filosofando; mi chaleco principalmente me pareció mui reflexivo, con sus mangas amputadas como un inválido, i tomando una resolucion suprema, me apresuré a vestirme i a comenzar la tarea diaria.

1881.

PERFIL DE UN CONTEMPORÁNEO

(PÁJINAS RECORTADAS)

. . . .

El doctor de que hablamos era un hombre jóven, nada elegante, pero bien plantado, de buena constitucion, cara franca i maneras desenvueltas; parecia satisfecho de sí mismo y con aquel aplomo que da la seguridad de la tolerancia jeneral o la conciencia del propio mérito.

Su fisonomía no tenia un espresion habitual, i a veces carecia de toda espresion. Un amigo suyo solia decirle: «Hoi estás con la cara en blanco; tienes boca, narices, ojos, como todo el mundo, pero tus facciones no dicen nada.»

Miraba con fijeza i cierta altanería, nunca con dureza; su mirada, cuando no era muerta, era de curiosidad o de investigacion: algunas veces parecia de crítica; era con frecuencia una mirada que incomodaba, porque reflejaba el análisis: solia fijarse en una persona como si fuera un objeto o en un objeto como si fuera una persona; a veces parecia que trataba de emprender una reforma corrijiendo mentalmente los defectos. Cuando procuraba complacer a su interlocutor, le examinaba principalmente la mejor faccion, jamás el defecto o el accidente en que la persona observada ponia menos amor propio. Este era su modo peculiar de adular.

El fondo de su carácter era bueno, pero sus manifestaciones llenas de facetas i cambiantes, daban lugar a las interpretaciones mas variadas.

No se ofendia jamás por orgullo, defecto que no era en él ni adusto ni aristocrático, sino mas bien republicano i callejero; era un orgullo licencioso que chocaba por sus formas familiares.

Las mas graves injurias le parecian equivocaciones del que las proferia i atribuia a defectos intelectuales de sus antagonistas, los sentimientos mas hostiles contra su persona. Verdad es que miraba a los hombres como individuos de historia natural pertenecientes a una série zoolójica y se contentaba con clasificarlos en lugar de enojarse con ellos.

La sociedad para él era parte de la fauna que habitaba una comarca.

No tenia grande aprecio por las calidades, pero era escesivamente tolerante con los defectos propios i ajenos, para los cuales encontraba siempre una esplicacion.

Llamaba «su bagaje» al conjunto de sus calidades i deficiencias i hasta tenia cariño a sus tendencias censurables, porque las miraba como partes constitutivas de su organizacion.

Jamás se aflijia mucho ni se alegraba demasiado, lo que no le impedia inquietarse desproporcionadamente por cualquier bagatela. No podia decirse que estuviera contento ni triste; su contentamiento, difícil de medir, dependia más de su indolencia para sentir sus propios pesares, que de su aptitud para gustar sus placeres; su tristeza era un mal humor disfrazado.

No podia creerse que era feliz ni desgraciado, pues todo andaba en él de pasaje i tomaba el aspecto de accidente.

Era un individuo equilibrado, en el cual hasta las ideas fundamentales i los principios llamados absolutos se balanceaban como si estuvieran colocados en el estremo de un péndulo.

No creia en la perpetuidad de las virtudes i solia decir, hablando de los hombres de buena conducta: «estan honrados,» como si la honradez fuera una calidad accidental.

Prodigaba consideraciones a sujetos que no las merecian ni las aceptaban de buen grado i explicaba tan estraño proceder diciendo: «Yo no obedezco imposiciones; considero al que quiero, sin preguntarle si le agrada: la aceptacion o rechazo de mi cariño no modifica mis impresiones, pues yo conservo siempre íntegra mi libertad de sentir».

Tenia un bondad inagotable para todo el que le inspiraba compasion, i era, por una de esas paradojas propias de ciertas naturalezas, capaz de sacrificarse por sus semejantes en virtud de un egoismo reflexivo.

1881.

TINI

—¿Como va la enferma? — dijo el médico, entrando a una pieza en la que varias personas hablaban en voz baja.

—No está bien,—contestó una de ellas.

—Perfectamente,—repuso el doctor i penetró con precaucion en la habitación contigua, que era un espacioso dormitorio, bien amueblado i dotado de cortinas dobles, alfombras blandas i lujosos adornos.

Una lámpara opaca alumbraba escasamente con su luz indecisa el aposento, cuya atmósfera denunciaba la pre-

sencia de perfumes i la permanencia de personas cuidadas; habia olor a recinto habitado por dama distingnida.

La enferma se hallaba acostada de espalda, en un lecho limpio i acomodado.

Su semblante estaba pálido, sus labios algo descoloridos. Una cofia blanca aprisionaba sus cabellos, una bata bordada cubria su pecho; sus manos finas, blancas i suaves salian de entre un capullo de encajes que parecian un monton de espuma. Habia en su persona un poco de esa coquetería permitida que tienen todas las mujeres de buena cuna i que ostentan aun cuando estén enfermas.

El doctor, mirando fijamente a la dama i tomándole la mano, medio en uso de su profesion, medio en forma de saludo, preguntó:

—¿Cómo ha pasado el dia la señora?

—Mal, doctor, he sufrido mucho; me duele todo; deme algo que me calme: ¡qué falta de compasion venir a esta hora!

—Señora, la mejor visita se deja para el último, como los postres. Es necesario buscar la estética aun en el desempeño de los mas dolorosos deberes.

—Usted tiene siempre disculpas.

—I usted jamas tiene necesidad de ellas.

—Cúreme i le perdonaré su indolencia.

—Usted será atendida con toda la prolijidad de que yo soi capaz.

En seguida hizo un interrogatorio detenido i esplicó sus prescripciones.

*

Junto a la cama de la enferma, recientemente madre, habia una cuna i en ella dormia sus primeros dias un niño robusto, envuelto en mil bordados.

El médico se acercó a él i despues de observarlo un rato, dijo :

—¡ Será un famoso guardia nacional si la naturaleza lo permite!

—Si Dios quiere, diga, doctor,—objetó la dama.

Bien, si Dios quiere ; en materia de creencias, tengo las de mis enfermas distinguidas.

El doctor se retiró, i la madre del niño se quedó reflexionando en el correctivo puesto por su médico al augurio relativo al recien nacido.

*

La enferma se restableció pronto, i el niño durmió mucho, lloró poco i se alimentó a satisfaccion en los dias i los meses siguientes.

La madre lo cuidaba con esmero, no se separaba de él durante el dia i todas las noches se sentaba en la cama para mirarlo largo tiempo.

Cuando el niño suspiraba, la madre se sentia ajitada, i cada tos i cada estremecimiento del pequeñuelo querido, producia una alarma, pues el augurio del doctor con su correctivo, trotaba con singular insistencia, durante las largas horas de vijilia, en la cabeza de la madre.

Mientras tanto, el objeto de tales inquietudes continuaba durmiendo sus dias enteros i sus noches completas. Cuando no dormia, tomaba el pecho. ¡ Jamás se vió niño mas dedicado a esas dos ocupaciones !

A los diez meses dijo « mamá: » la casa se puso en revolucion ; despues dijo « papá: » un criado corrió a buscar al aludido a su escritorio para anunciarle la gracia. Mas tarde se paró i dió algunos pasos, estirando los brazos para agarrar las manos que le ofrecian.

En estos primeros ensayos recibió el nombre de Tini.

¿Qué queria decir Tini? Nadie lo supo; pero el apodo se quedó como nombre.

Tini comenzó a caminar i a conversar.

Se dió muchos golpes i dijo mil barbaridades graciosísimas i comprometedoras; por ejemplo: llamaba papá a todo el que veia con barba larga i su verdadero padre solo obtuvo el título lejítimo a través de un monton de juguetes i caramelos regalados.

Tini era mui lindo; lo pedian del barrio para mirarlo i mas de una vez, en sus escursiones, hizo de las suyas.

*

Un dia Tini estuvo de mal humor; su mamá dió por causa que tenia la boca caliente i que apretaba las encías.

Con este motivo los dedos de todos los habitantes masculinos i femeninos de la casa, entraron en la boca de Tini, hasta que el índice del papá, sucio del tabaco, descubrió un conato de dentadura.

Tini echó un diente, no sin un gran conflicto en el barrio i sérias consultas al médico.

Escenas análogas se repitieron durante algun tiempo, i Tini presentó por fin una dentadura de raton, chiquita, cortante, graciosa, que se mostraba sobre todo seductora en las sonrisas de su boca rosada.

Inútil es añadir que de allí en adelante Tini obtuvo el privilejio de morder los dedos que se aventuraban en esploraciones peligrosas, i de desblocar todos los pedazos de carne que le caian a la mano. Solia tambien mascar las cabezas de los soldados de palo que le compraban; tales atentados motivaban invariablemente una visita médica.

*

El adorado i consentido Tini era sublime de impertinente, i sus audacias increibles para decir las cosas mas crudas con el mayor aplomo, solo tenian su esplicacion en su inocencia singular respecto a las conveniencias sociales.

Verdad es que cuando comenzó a hablar con metáforas intelijibles, i a encontrar símiles, solo tenia dos años i medio.

A pesar de sus franquezas i paradojas, Tini gozaba del cariño de todos, i niños, mujeres, viejos i jóvenes se disputaban su amistad i sus caricias.

Su cara i su cuerpo eran una perfeccion, su carne era la mas fresca de la naturaleza, su piel la mas blanca, sus muslos duros i llenos, sus manos blandas, chicas, finas, con los dedos doblados hacia el dorso.

¡Qué cabeza, qué pelo, qué ojos i qué boca! ¡Si daba ganas de comérselo a besos! como decian las muchachas mas espresivas del barrio.

La boca principalmente era una delicia; tenia gusto a leche con azúcar i causaba el tormento de su dueño quien tras de cada beso, se limpiaba los labios con el brazo en prueba de disgusto.

Toda su ropa se parecia a él i lo recordaba: sus botines sobre todo, eran adorables; gastados en el talon, algo torcidos i rotos a la altura del dedo grande, eran toda una historia de las mil ambulancias infantiles de su dueño.

Al mirarlos tirados en cualquier parte, la imajinacion los rellenaba con el piececito del niño, i uno veia asomar su dedito rosado por el agujero de la punta.

Tini progresaba diariamente i su intelijencia tomaba formas caprichosas i transcendentales.

A la edad de cuatro años emprendió una reforma

capital de la gramática i atacó desde luego, los verbos irregulares, con un encarnizamiento incomparable.

No decia «hecho» por nada de este mundo, sino «hacido»; el verbo «jugar» en su presente de indicativo, era para él como sigue:

Yo jugo,
vos jugás,
él juga,
nosotros jugamos,
ustedes jugan,
ellos tambien jugan.

En efecto, ya que el verbo no es «juegar» sino «jugar». Tini tenia razon contra la Academia, que permite una barbaridad tan inútil.

*

Pasando los dias, llegó un cumpleaños de Tini; varias aves fueron muertas i preparadas para la comida; los parientes recibieron su invitacion oportuna El niño anduvo tras de las personas que se ocupaban de los preparativos, pero con cierta indolencia que no le era habitual.

En la mesa estuvo caido, descontento i haciendo esfuerzos el pobrecito, por ser cariñoso con los que lo festejaban. Pidió levantarse antes de los postres i sin atreverse a abandonar la agradable compañía, buscó un término medio entre sus deseos i su malestar, acostándose en un sofá.

La mamá comenzó a inquietarse, aun cuando se esplicaba el caimiento del niño por lo ajitado del dia i por el cansancio consiguiente.

Las visitas se despidieron; Tini puso su mejilla o su boca, segun el grado de afeccion, para que fuera besada,

i ganó pronto su camita, en la que se durmió en el acto.

Su sueño no fué tranquilo; la respiracion parecia anhelosa; silbaba mucho por la nariz i se daba vuelta con frecuencia. Una mano sana puesta sobre la frente de Tini, habria notado un lijero aumento de calor.

El silencio se habia hecho en la casa, pero habia un sitio en que comenzaba a levantarse una tormenta: el corazon de la madre; hubo unos ojos que no se cerraron i un cuerpo estremecido que se revolvia en el lecho sin encontrar reposo.

*

A eso de las doce de la noche una figura fantástica proyectaba su sombra en las paredes.

La madre se habia levantado i se acercaba en puntas de pies a la cama del niño.

*

Si yo fuera pintor i quisiera pintar un cuadro que representara la fórmula de todas las inquietudes humanas, pintaria una madre en camisa, con una vela en la mano, observando el sueño de su hijo, cuando teme que le sobrevenga alguna enfermedad. ¡Cuánta preocupacion diseñarian sus facciones, cuánta zozobra i ternura mostraria su semblante, cuánto temor descontado sobre la prevision de una futura desgracia!

*

La madre de Tini parecia la imájen del dolor i la ansiedad. Estuvo un rato mirando a su hijo, suspiró profundamente i se retiró con un millar de desdichas engastadas en el alma.

Tini se despertó de repente i quiso quejarse, cuando le sobrevino una tos ronca i repetida.

*

Cien voces dijeron *crup* en el oido de la madre, los ecos repitieron *crup,* las sombras de las cortinas, de las molduras i de los adornos de la habitacion, proyectadas por la luz escasa de la lámpara, escribieron epitafios sobre los muros; la palabra *crup* se difundió por toda la casa, llenó la atmósfera, penetró en los últimos resquicios i heló las entrañas de la pobre madre.

Crup dijeron los ruidos misteriosos de la noche; *crup* decia el viento que soplaba sus lamentos por las rendijas de las puertas; *crup* repetian los cascos de los caballos que pasaban de tiempo en tiempo, arrastrando los pesados coches por las calles silenciosas; *crup* decian la péndola del reloj i el crujido de los muebles; *crup, crup,* murmuraba el roer de los ratones tras de los zócalos de las piezas; *crup* secreteaban las hojas de los árboles que se mecian en los patios; *crup* gritaban las veletas de los edificios vecinos, i hasta las estrellas que chispeaban en los cielos, mandando su luz temblorosa a través de los vidrios, parecian encender sus cirios para velar el cuerpo de un ánjel muerto de crup!

Crup dijeron las aves que pasaban en bandadas i los aleteos de los pájaros en sus jaulas; *crup* pronunciaban las olas que chocaban en las costas; *crup* vociferaban los golpes en las puertas de los habitantes retardados; *crup* roncaban las voces de los ébrios en las calles, i *crup, crup,* preludiaban los músicos ambulantes que buscaban un pan i un cobre martirizando sus instrumentos en la noche callada.

*

Cuando todo en la naturaleza hubo dicho *crup,* la madre de Tini dió un grito estridente, desesperado, i saliendo de su cama se paró ríjida en medio de la habitacion.

La casa se puso en movimiento, todos sus habitantes se levantaron i corrian desatinados de un lado a otro. Se mandó en busca del médico ; éste llegó pronto i observó al niño con profunda atencion, con mirada intensa, con imperturbable quietud. La madre buscaba adivinar el semblante del doctor su pensamiento ; pero éste se guardó bien de darle formas por temor de que sus aprensiones fueran traducidas ; su fisonomía no dijo nada, su actitud dijo reserva ; pero los latidos de su corazon se perturbaron mas de un momento en su ritmo vitalicio.

Tini miraba atónito la escena i con cariño i curiosidad a su amigo el doctor.

Habia en la cara del niño algo estraño ; su espresion era entre séria i triste ; no demostraba dolor, pero alejaba la idea de bienestar ; alguna sombra rara, indecisa, alarmante, se paseaba por su rostro pálido.

La noche se pasó en zozobras i cuidados ; el niño dormitaba de tiempo en tiempo ; el médico observaba los progresos del mal i propinaba él mismo sus inciertos remedios. La tos ronca del pequeño enfermo se repetia con mas frecuencia ; sus palabras, antes tan graciosas i sonoras, salian oscuras i veladas de su garganta. «¡Mamá, —decia, estirando sus bracitos redondos,—no me duele nada, no llores! » pero su inquietud mostraba su mal i su respiracion parecia un suspiro continuado. La madre se ahogaba, los sirvientes lloraban, el luto i la tristeza se esparcia por toda la casa.

*

Al otro dia un pequeño alivio se inició.

Tini pidió sus juguetes predilectos : su tambor, su corderito, su polichinela i sus soldados. Pronto se cansó de acariciarlos, sin embargo, i los empujó al borde de la cama, como si le incomodaran: solo el polichinela, con sus platillos levantados, obtuvo el privilejio de acostarse a su lado.

Mas tarde la respiracion se hizo anhelosa, volvió la inquietud ; hubo varios accesos lijeros de sofocacion ; el llanto apareció de nuevo en todos los ojos, varios médicos examinaron a Tini i él soportó con mansedumbre anjelical aquellas molestas investigaciones. Despues, como quien pensara que todo era inútil, al ver acercarse a los médicos armados de cuchara, instrumento al cual ya miraba con horror, se daba vuelta desesperado i gritaba con voz ronca i lastimera: «¡Basta, mamá!»

El corazon de la madre se desgarraba, sus lágrimas corrian a torrentes i con su mano temblorosa apartaba la del médico que iba a martirizar a su hijo.

Nunca mayor dolor penetró en pecho humano, jamás zozobra igual desgarró mas cruelmente las entrañas de mujer alguna.

Se habló de peligro inminente, de remedios heróicos i de operacion ; pero la confianza, esa tabla de salvacion de todos los infortunados de la tierra, habia desaparecido de todos los pechos.

Las conversaciones se pararon, las comunicaciones intelectuales no tuvieron ya mas espresion que la mirada, i los ojos investigadores no hacian mas que preguntas sin esperanza, ni obtenian mas que respuestas dolorosas.

A la noche siguiente, la operacion fué decidida.

*

El cuerpo de la madre, desarticulado i desecho, fué arrancado de la habitacion donde Tini tramitaba sus momentos de vida.

¡Pobre Tini!

Con sus ojos abiertos desmensuradamente i su rostro asombrado, fué colocado sobre una mesa con la cabeza echada hacia atrás i el cuello tendido.

El doctor, sin mirar la cara de su tierno mártir, pues no habria podido mirarla sin vacilar, hizo rápidamente una herida en el sitio elejido.... se oyó un estertor de agonía....—¡Muerto! – gritaron los asistentes.... la sangre corrió mansamente por los lados del cuello del niño.... los médicos silenciosos no se inquietaron; en la herida se colocó una cánula por la que se proyectó con violencia un monton de sangre i de espuma. Tini desesperado se sentó llevándose las manos al cuello: ¡quiso gritar i no pudo! ¡no tenia voz! Su mirada fué, sin embargo, mas intelijente, respiró mejor i su débil cuerpecito se estendió de nuevo sobre su lecho de tortura.

*

Si hubiera palabras en algun idioma para describir el momento en que la madre de Tini volvió a ver a su hijo operado, yo intentaria bosquejar la escena, medir la duracion de los abrazos infinitos, contar las caricias imprudentes, desesperadas i dementes, numerar los besos, recojer los suspiros i mostrar la tension del llanto sujeto tras de los párpados por la intensidad de sentimientos contradictorios.

Pero no hai tales palabras. La naturaleza ha puesto la espresion de los inmensos dolores fuera del alcance del lenguaje articulado, entregándosela a la música i a la pintura. Para sentir no basta entender, es necesario oir i ver.

El padre de Tini se paseaba en las habitaciones sin preguntar, sin hablar, sin escuchar, consumiéndose en el incendio de su tormento interno.

*

Cuando se organizó la asistencia consiguiente a la operacion; cuando los médicos se retiraron; cuando la casa volvió a su monotonía de dolores, las horas continuaron pasando, marcadas por la indiferencia de los relojes i los conflictos de las curaciones.

El sueño habia huido de todos los cerebros; los practicantes que cuidaban al niño, caminaban cautelosamente por la pieza: ¡el menor ruido era una sorpresa, la menor palabra un sobresalto!

La niñera de Tini, sentada a los piés de la cama, ocultaba su rostro entre sus manos i escondia su dolor anónimo i menospreciado como todo pesar de sirviente. ¡Su Tini, su adorado Tini, no la hablaba, no la veia, no le estiraba los brazos como lo hacia siempre!

El dia pasaba silencioso i la noche tristísima. La cabeza de Tini esparcia sus rulos de oro sobre la almohada mojada, i su pobre cerebro, envenenado por la enfermedad, comenzaba ya a enloquecerse i a mostrar a su conciencia desorientada, las fantasías del otro mundo con los detalles de este, mezclados, terjiversados, increibles!

*

Cuando la aurora apuntaba, su luz indecisa, gris primero, blanca despues, pasaba por los postigos entreabiertos, i advirtiendo a la lámpara que su tarea penosa de alumbrar durante la noche habia concluido, iba a herir la pupila del niño con sus caricias cristalinas i sus besos transparentes.



Hacia frio en la alcoba; la luz del dia traia horripilaciones del horizonte, i sus rayos bañados en las aguas de los mares, helaban con su lujo de vida los corazones de cuantos presenciaban aquellos preparativos de trajedia, tras de una noche de desvelo.

¡Qué dias i qué noches tan tristes se pasaba en el lúgubre aposento! ¡qué horas tan largas i tan desiertas! El silencio parecia el acompañamiento solemne del pesar que estendia sus alas sombrias, i los ruidos inciertos, uno que otro crujido de muebles, alguna lijera oscilacion de las puertas sobre sus goznes, el estallido de una burbuja de aceite en la pequeña lámpara o el choque repentino de algun insecto atolondrado contra las paredes, eran interrupciones sin cadencia que tomaban las proporciones atronadoras de una esplosion en las soledades de aquel mar de aflicciones.

Los espejos parecian meditar melancólicamente sobre las imájenes deslustradas que reflejaban; los armarios entre abiertos, dejaban ver en su fondo semi-oscuro, las ropas ajusticiadas, cuyos cadáveres colgaban de las perchas; las cortinas diseñaban en los muros figuras fantásticas, i las molduras i los adornos proyectaban sombras de caras grotescas o de esfinjes estrañas, sobre las cuales se fijaba con tenacidad la imajinacion apesadumbrada de las personas que hacian su guardia a la cabecera de Tini.

*

Una mosca grande, impertinente, exótica, desafiaba a veces las persecuciones mas bien combinadas de los asistentes, i con una insistencia digna de mejor propósito, daba vuelta zumbando alrededor de todas las cabezas, inquietándolas con su aleteo sonoro i musical; de

repente se paraba, luego comenzaba de nuevo su prolija tarea; se alejaba, volvia, se asentaba en un objeto, se levantaba i repetia su paseo circular modulando sus óperas abstrusas, hasta que tomaba rumbo hacia una puerta i se escapaba satisfecha, como si acabara de encantar a su auditorio.

La atmósfera del aposento quedaba cargada con el bordoneo del insecto i parecia mantener en conserva algun mensaje lamentable, dicho por una comadre mal intencionada.

I luego continuaban los silencios i los ruidos, las luces i las sombras, las caras i las esfinjes, aterrorizando la imajinacion i jirando lastimeramente en torno del niño enfermo.

¡Pobre Tini! Entre un letargo i otro letargo él veia cambiarse los personajes de la escena: unos entraban, otros salian, algunos permanecian estáticos i sérios como senadores petrificados, o bailaban contradanzas haciendo figuras al compás de una música que no se oia.

Los ruidos de las calles comenzaban luego a amontonarse en la atmósfera i penetraban poco a poco hasta la cama de Tini, solitarios primero, juntos i en tropel despues, hasta que su número i su mezcla producia un rumor uniforme, monótono, sin articulacion ni timbre.

*

El farol del patio, que habia mirado con su ojo amarillo durante toda la noche a través de las persianas el doliente cuadro, urjido por la economia doméstica i la competencia insostenible de la luz solar, se vió obligado a dejar de pestañear con su gas a medio foco, i sus fajas penumbradas, que desde las paredes del cuarto

acompañaban a los veladores, se borraron de golpe, dejando en ellos la tristeza de una innovacion.

I a la plácida aurora, i al sol naciente i a los nublados de la tarde, sucedian: el crepúsculo, la oscuridad de la noche, la semi-luz de las estrellas o la serena reflexion de la luna que con su cara bruñida se levantaba lentamente hácia los cielos.

Las horas pasaban unas tras otras, con su número de órden a la espalda, en séries por docenas, marcadas como camisas de jente metódica i llevándose al infinito las desgracias que sucedieron en ellas, sin dar vuelta jamás la cara, para mirar la mísera tarea de sus compañeras; las horas pasaban prendidas las unas a los faldones de las otras, con su paso uniforme, como soldados de teatro, sin pararse ni acabarse jamás.

La número seis o siete de la segunda série, que habia visto esconderse el sol tras de los edificios, con su cara roja como la de un enfermo de escarlatina, entraba en el cuarto de Tini envuelta en el crepúsculo, a pedir que encendieran las luces i pusieran un punto brillante en el vaso de aceite, donde iba a navegar toda la noche un disco de porcelana con una mecha microscópica.

Los ojos de Tini, medio empañados ya, veian los círculos difusos de aquella luz clandestina que alargaba i acortaba sus rayos, en un eterno juego sin consecuencia i sin destino.

*

Los ruidos de la calle se hacian cada vez mas raros i se presentaban mas separados. La voz de los vendedores se alejaba; el fragor de los vehículos disminuia i sólo de tiempo en tiempo, un coche apurado atronaba de los aires raspando el pavimento.

Ruidos, luces, olores, todo llegaba a Tini como si viniera de otro mundo, i su cabeza desvanecida poblaba fantasías increibles ese cosmos de sensaciones.

Los médicos entraban, observaban, conversaban, ordenaban i salian silenciosos.

Sólo uno, el de la casa, se quedaba mas tiempo junto a la cama de Tini. Su jovialidad habia desaparecido, su ciencia habia medido el abismo i su corazon de hombre se impresionaba ante aquella desolacion inevitable.

—¡Doctor, mi hijo se muere! —le decia la madre de Tini — «Se muere», repercutia como un eco en el pecho del médico, pero sus labios no proferian una palabra.

*

Tini ya no conocia, su cerebro preparaba voluptuosidades de otro mundo; sus rulos continuaban esparcidos sobre la almohada i sólo la cánula, sujeta a su garganta, daba indicios de vida, roncando flemas i sosteniendo artificialmente una existencia que se estinguia.

Por fin sus manos comenzaron a enfriarse; pequeñas esferitas de sudor helado brotaron en su rostro pálido, un movimiento convulsivo pareció iniciarse; hubo un momento de quietud estrema... Tini hizo un esfuerzo supremo para incorporarse: no pudo, abrió sus grandes ojos, miró fijamente la luz de la lámpara, estiró los brazos hácia su mamá i los dejó caer de nuevo; la cánula dió su último ronquido i...

*

¡Las horas continuaron pasando con su número de órden, marcadas como camisas de jente metódica!.....

*

¡Es una felicidad morirse en la estacion de las flores! El cajon de Tini iba literalmente cubierto de ellas i la mano callosa del sepulturero, deshizo mas de una corona al tratar de llenar su función municipal.

¡I qué bueno es vivir en un pueblo donde hai carruajes de todas clases i de todos precios; empresarios de dilijencias, de ómnibus i de coches fúnebres; de coches fúnebres, sobre todo: para casados, para solteros, para viejos i para niños!

¡Qué gran ventaja poder llevar un buen acompañamiento i que hasta los caballos i los vehículos se vistan de luto o se adornen con penachos blancos! ¡Cómo retrata esto los sentimientos humanos! ¡Un llamador con tules negros, un cuadro de Mefistófeles cubierto de merino, una vela de estearina con corbata oscura, i hasta las teteras con capuchon de duelo, son la espresion mas séria del pesar por la pérdida de un deudo!

Las teteras principalmente, ¡qué té tan amargo hacen cuando están de luto! I si ustedes vieran con qué desgano comen su limosna de pasto averiado los caballos de las cocherías cuando vuelven del cementerio, comprenderían la afliccion que los oprime i se esplicarían el aspecto dolorido que ofrecen cuando cojean su trote de alquiler, balanceando sus penachos por las calles i caminando sin ojos delante de un catafalco con ruedas.

I los cocheros sentimentales de los acompañamientos, que han aprendido a aflijirse por el fallecimiento de todos los desconocidos, o por la tarea monótona de trasportarlos por el mismo camino i con el mismo paso, ¡qué pesar insólito manifiestan en sus sombreros abollados i sus guantes de algodon, miéntras metodizan su marcha, jestionando la última cuenta de su patron, tras del deudor que llevan a enterrar, junto con las coronas de siempre-

vivas, marcadas con una calumnia de terciopelo negro que dice: «¡¡eterno recuerdo!!»

*

Tini, ¿dónde estás? Cuando corre una estrella por los cielos i cae para hundirse en los mares, ¿tú viajas en ella? Cuando las hojas de los árboles de tu casa hablan en voz baja con el viento, ¿dicen algo de tí? Cuando mi corazon se oprime al ver un niño rubio como tú, ¿es tu mano pequeña la que me lo aprieta desde el otro mundo? Cuando se evaporan las lágrimas que tu muerte ha hecho derramar sobre la tierra, ¿el pesar que disuelven llega hasta tí? ¿Dónde estás, dime? ¿Habré de morirme para verte?

*

¡Pobre Tini! Las flores de su cajon se han secado hace tiempo, las letras de su nombre se han carcomido, todo está viejo a su lado, pero el sepulcro que tiene en el seno materno se conserva nuevo i perfumado.

Su pelo está en muchos relicarios, su ropa está guardada cuidadosamente i uno de sus botincitos estraviado que ha sido descubierto en una cómoda antigua, un año despues de no haber ya tal Tini sobre la tierra, ha producido una escena conmovedora i dolorosa; la imajinacion de la madre lo ha llenado con el pié de Tini, i la niñera asegura que, al ver esa reliquia, ha visto al mismo Tini con el botin amoldado, duro i torcido, mostrando su dedo rosado por el agujero de la punta.

Sus juguetes yacen escondidos; el polichinela se ha quedado en el fondo de un mueble con los brazos tiesos i los platillos levantados; el tambor i los soldados están rotos i ya ningun niño jugará con ellos!

1881.

SIN RUMBO

No sé como hacer para reconstruir un artículo que escribí hace tiempo bajo el título de esta pájina, hallándome en la necesidad de dar su testo a un amigo que ejerce sobre mí un imperio análogo al de Mrs. Mac Stringer, interesante personaje de una de las novelas de Dickens, sobre el capitan Cuttle.

Yo tengo una escelente memoria para aprender lo ajeno, pero lo mío se me olvida.

Eso no es raro; uno conoce mui bien la fisonomía de los otros; la propia jamás, i prueba de ello es que siempre se mira uno en el espejo, sin aprenderse nunca definitivamente.

Puede argumentarse que uno se mira por presuncion: sin embargo, el argumento seria falso; ¿cómo podrían mirarse por esa causa los hombres feos i sobre todo las mujeres feas?

Nadie se conoce a sí propio, ha insinuado Sócrates, plajiándonos a todos nosotros, i por eso recomendó en su filosofía esta máxima: conócete a tí mismo, sin calcular la tarea que nos echaba encima.

Lo mas que podemos conseguir es conocernos a medias i de frente, pero si a uno le presentan su retrato de perfil, lo mira con toda la atencion con que miraria a un desconocido digno de ella.

Basta de digresiones, vamos a mi artículo.

Hace tiempo, una señorita, a quien no tengo el honor de conocer, me pidió algo para un almanaque; el pedido me pareció una galantería i accediendo a él, escribí no sé cuántas pájinas.

Qué puse en ellas? No lo recuerdo a punto fijo, pero creo que decia poco mas o menos lo siguiente:

*

Caminando, caminando, me fuí hasta las orillas de la ciudad, cerca de las quintas.

El sol derramaba a torrentes su luz abundante sobre las calles haciendo salidas en las veredas donde faltaban casas; la sombra semejaba una dentadura con portillos; los terrones se secaban pacíficamente aprovechando de la falta de empedrado.

Habia esa soledad perezosa que convida a meditar.

Una que otra persona parada en la puerta de su casa; un almacen de trecho en trecho ostentando a su almacenero gordo i ambicioso, en mangas de camisa, que salia en descubierta a ver si divisaba algun comprador inopinado, fuera de los empecinados del barrio que se arruinaban en libretas o contraian deudas verbales e insolventes.

¡Con qué atencion miraba las figuras de hombres, de mujeres o de neutros que caminaban oscilando a lo léjos! Cada sombra era un proyecto de transaccion mercantil, cada perro el anuncio de un dueño fantástico, comprador clandestino de algun comestible averiado!

Ahí estaba el almacen para servir al público i el almacenero para idénticos fines.

El arroz, los garbanzos, los fideos se apiñaban en bolsas o barricas aburridas de su quietud. Las cajas de sardinas, condecoradas con las imájenes de medallas de

cualquier esposicion, proclamaban mintiendo la falta de espinas de los cadáveres marítimos que contenian i miraban hácia el mostrador con sus rótulos de metal amarillo. El queso de Gruyere fósil, con sus ojos vacíos, parecia quejarse de la ausencia de consumidores; la yerba mate se ofrecia verdosa e inútilmente i la azúcar amarilla perdia su gusto a fuerza de esperar. Las masitas i los cigarrillos encerrados en vidrieras acostadas, se dejaban pasear por las moscas furtivas que habian escapado a un plumero calvo, sirviente antiguo de la casa, que en manos del dueño parecia una disciplina destinada a chicotear los objetos mas que a privarlos del polvo, i por fin, sobresaliendo entre damajuanas, los barriles, las espuelas, los espejos abollados, el pan, las tazas, las bombillas de lata, los confites matizados i eternos, el papel de estraza, las canastas, el hilo emigrado de alguna mercería, los vasitos cónicos, las pantallas de palma, los rosarios i los racimos de velas de baño, se mostraba un cajon de bacalao abierto con sus manjares de cuaresma crucificados, implorando la piedad pública.

*

Los perros flacos trotaban apurados, ladeándose contra las paredes i se paraban de tiempo en tiempo a oler el horizonte o mirar con curiosidad a los paseantes.

A la hora de la tarde, a la caida del sol, las mujeres dejando su labor, se asomaban a la puerta, despues de haber hecho en todo el dia cinco pesos de costura en pantalones rústicos o en camisas de lienzo i podian presentar como prueba de su lucha por la vida, los puntos negros dejados por la aguja en el dedo índice de la mano izquierda.

¡Cuántas caras feas i demacradas se podia ver entón-

ces i cuántas tambien llenas de vida, esperando amores con un corazon caliente i chispeando deleites desconocidos en sus ojos de veinte años!

Mas allá se diseminan las casas pequeñas i los pequeños ranchos, con sus ventanas microscópicas i dislocadas, por las cuales se ve un interior vacío i desposeido, donde una familia sin jenealojía, jestiona el espediente de su vida hambrienta, sin esperanza i sin sosiego.

Delante de las piezas suele hallarse un rudimento de jardin, con plantas de flores plebeyas en el suelo o con alguna mata predilecta en un tarro de lata oxidado ex-continente de tabaco negro.

Los arbustos despeinados, las rosas de todo el año que tienen la propiedad de no brotar en ninguna estacion, razon por la cual llevan ese nombre i las amapolas, el resedá i el cedron, soportan con paciencia el descuido de sus pretendidos cultivadores, en tanto que un clavel desparpajado abandona su maceta para colocarse en el pelo de la muchacha de la casa, adornando su cara redonda i llamando la atencion sobre la frescura de la moza, cuyos brazos duros i torneados son grandes lavadores de ropa i cuyo cuerpo esbelto i convidador se marchita en el trabajo diario, hasta que una fecundacion inesperada viene a deformarlo, aumentando con un producto anónimo el número de la familia.

*

Por los alrededores se vé hombres i mujeres que habitaron antes el centro i que la ciudad en su eterno flujo i reflujo, ha arrojado a las orillas, como hace el mar con los restos de los buques.

Allí las mujeres andan con ropas inconclusas o dema-

siado concluidas, i los hombres con sombreros, levitas i pantalones, fuera de moda, grasientos.

Unos llevan pantalon corto i comido en los talones, chaleco de criatura, sombrero alto i sotana de eclesiástico; otros capa, baston i sombrero de paja; todos tienen la marca de la miseria i del vicio en la cara i ese modo de mirar limosnero que choca i que entristece.

Jeneralmente un perro sigue por costumbre a su amo i sin contar con él para nada, mostrando una afeccion que hace de cada uno de estos séres, de los perros, el modelo de la fidelidad i de la abnegacion!

Lástima grande es que los hombres busquen sus amigos solo cuando la adversidad los arroja a la playa, entre estos dignos cuadrúpedos i no lo hagan mientras se hallan en la opulencia, oyendo los halagos de la jauría humana dizfrazada de leal i consecuente.

En mi paseo encontré a un ex-comerciante que todos conocen i que distribuye sus ócios en escursiones entre las calles centrales i las despobladas de las orillas. Iba como siempre seguido de sus compañeros, canes desiguales en catadura, pelaje i alcurnia i solo parecidos en flacura, resignacion, mansedumbre i sobriedad.

El hombre de los perros miraba con ojos de cocinero unas gallinas que buscaban asíduamente tras de un cerco, cualquier objeto parecido a grano con que engañar su estómago, mientras el viento tomándolas de flanco les levantaba las plumas dejando ver una carne blanca, apetitosa.

Seguramente el vagabundo pensaba en algun guiso con arroz o en otro poema homérico por el estilo, pues dándose vuelta a insinuacion de su mastin mas feo, me abordó pidiéndome algunos centimos para completar, con tres que decia tener, un capital destinado al sustento de ese dia.

Yo habia salido a ver la naturaleza siempre bella i a revolver ideas en mi cabeza, mientras recojía con mis sentidos los variados aspectos. El hombre de los perros me lo descompuso todo, cambiando el curso de mis pensamientos.

Ya no hubo sol espléndido, plantas, flores ni cielo azul; el personaje hacia disonancia con el cuadro i proyectaba sobre él su sombra fatídica.

Pensé en el hospital, en la política, en los conflictos sociales, tanto mas desesperantes cuanto mas íntimos, i con el corazon apretado, volví a marearme en la ciudad, como quien vuelve a bordo de un buque combatido por las olas i en el cual todo cruje, desde las maderas del casco hasta el alma de los tripulantes.

1882.

LITERATURA FAMILIAR

(FRAGMENTO)

....

I miéntras tú meditas alejada del mundo, sobre las incertidumbres de la vida, yo tengo lástima de mí mismo por el tiempo que pasa perdido sin contemplar tu belleza ni oir los secretos de tu alma. Oigo la lluvia que comienza i que ha venido a despertarme tocando con sus dedos de cristal los cristales de mi ventana.

Las gotas han viajado por los cielos i vienen a deshacer sus esferas aplanándose sobre los vidrios i corriendo sijilosamente en surcos tortuosos, deteniéndose, amontonándose en un obstáculo invisible i apresurándose despues, para ganar el tiempo perdido en su caida.

Oigo el viento que silba i los gritos que lanzan las veletas de los edificios vecinos; ¿seran lamentos de almas torturadas por el ciego poder que las impele? Su quejido es lastimero, uniforme, entrecortado, sin tregua ni reposo, durante el dia i durante la noche.

Se quejan al sur, al norte, al este, a todos los rumbos, oscilando sin objeto i rechinando en sus articulaciones con sus voces metálicas martirizadas.

Ahí están llamando desde los altos tejados sin variar su tono, conversando entre ellas con sus notas chillonas i melancólicas. Imájenes de las tribulaciones de la vida, sólo encontrarán quietud i guardarán silencio cuando

sus alas se inutilicen gastadas por el agua, el sol i el viento.

Pero miéntras tanto ¡cómo llegan sus ecos tristísimos a mi oido i cuántas aflicciones cuentan a mi alma!

Ellas relatan la historia de los padecimientos humanos, i mi pensamiento pone en las vibraciones de sus láminas encorvadas, la traduccion de tus martirios i las secretas palabras misteriosas con que tu boca me llama en el silencio de la noche.

La esencia de mi ser vuela por los aires, a la par de los ruidos que ellos propagan, busca el camino de tu morada i transformada en esas resonancias vagas que pueblan el espacio en la noche dormida, vá temblorosa a reposar en tu oido anidándose allí tiernamente.

La lluvia continua cayendo i sus esferas de cristal se laminan al tocar los vidrios para comenzar en seguida su camino incierto, como lágrimas que ruedan por las mejillas. Las veletas enferman con sus gritos estridentes, inacababl es, lastimeros como los de un niño castigado, i se quejan del viento que las tiene noche i dia mirando al sur, mirando al norte, sin tregua i sin reposo.

1882.

ALMA CALLEJERA

No puedo dormir; mi alma se sale de mi cuerpo i se vá a la calle semi-oscura i húmeda, donde los faroles de gas parecen jaulas aburridas, que encierran canarios moribundos ardiendo.

Mi alma vá topando las paredes de trecho en trecho o cayendo en su vuelo incierto, sobre las veredas, como la sombra de un pájaro ciego.

Mi alma huida marcha escondiéndose como si tuviera un paquete de intenciones ocultas debajo del brazo, o como si fuera una criada mercenaria que llevara un niño recien nacido a dejarlo clandestinamente en una puerta.

Mi alma avanza, avanza, a pesar de sus caidas i revoloteos, como una mancha que está dentro de los ojos, siguiendo en una direccion resultante, su ruta a través de las penumbras fantásticas que obstruyen la vía pública.

Mi alma viaja a favor de la noche i del silencio, su cómplice, como un capullo oscuro que va delante de los ojos i se pega cual sombra a los objetos, alargándo su forma entre los huecos i saltando tanjente en las aristas.

Busca un barrio, una casa, husmea las hendiduras de las puertas, se levanta, se asoma al ojo de la llave, huye como soplada por el viento, trepa por los barrotes de las ventanas, desaparece i su forma se esparce sobre la alfombra de una sala donde ha caido atravesando los vidrios entre dos varillas de persiana.

Un movimiento mas i está como la proyeccion de un cuerpo, a inmensa distancia, sin que se vea el camino recorrido. I luego temblando como un tul carbonizado puesto al estremo de un alambre fino, vuelve a golpearse en las paredes de la casa asediada, enfilando los ángulos, subiendo a las cornisas i elevándose sobre los muros para estampar su luto en el horizonte a través del vacío i volver fatigada del salto, a buscar pacientemente su entrada.

Como un núcleo flotante de humo negro, mi alma merodea sobre las azoteas, desciende a los patios, jira alrededor de las plantas i de repente se lanza a las habitaciones por los postigos entre-abiertos.

Un ruido leve la estremece; es un suspiro que se escapa de entre las cortinas del lecho donde duerme una mujer. Mi alma se difunde sobre aquel cuerpo adorado, visita sus formas, se arrastra sobre ellas diseñadas bajo las finas telas, sigue las curvas de su busto, rodea el óvalo de su cara, enfila sus labios... la respiracion la rechaza... un perfume la penetra... se aproxima de nuevo... una aspiracion la absorbe i la instala dentro del seno mas querido...

De allí no se moverá nunca; allí estará mezclada con la sangre de la mujer amada, recorriendo sus nervios i viajando de su corazon a su cabeza.

Allí vivirá siempre, alimentando su propia pasion, i yo, sin alma, me levantaré mañana para pasear mis ojos muertos sobre las indiferencias de la vida, viviendo de prestado i jestionando mi bocado de pan con mi cuerpo vacío, sin otra aspiracion en la tierra que amarla i que me ame.

1882.

UTILIDAD DE LA DESGRACIA

Abril casi 29 de 1884; cielo gris, lluvia, luz difusa, variable, con penumbras, parece enmohecida, pegajosa i aburrida de haber dejado el sol para caer sobre la tierra a través de una atmósfera hipocondriaca i tormentosa.

Nó es luz precisamente lo que entra por mis ventanas filtrándose por los vidrios en que la lluvia desliza sus lágrimas en gotas apuradas; es una sofisticacion de la oscuridad; un billete falsificado de la lotería solar.

De repente se oscurece i creo notar que mis ventanas pestañean..... nada; es una gruesa nebulosa de agua que se interpone, o alguna nube mas densa vestida de medio luto que arrastra su cola en el espacio.

Qué bien sienta un dia así cuando uno es desgraciado! I con qué íntimo placer suelta uno su alma a la desolacion para que esperimente la dulzura de su tristeza en medio de la bruma moral de sentimientos! — ¡Oh! la desgracia tiene algo de sublime i de atractivo, de clásico i distinguido!

¡Hai, en sufrir, una sensacion voluptuosa i delicada que convida a morir!

Al fin i al cabo todo es lo mismo!

Los placeres de la vida no son sino transitorios, i dentro de cien años, a contar de cada actualidad, todas las situaciones son iguales.

La desgracia es como un órgano nuevo cuya existencia no se conoce sino cuando duele; pero hai dolores tan lejítimos, tan naturales i tan lójicos, que uno al esperimentarlos siente una especie de consuelo i se empeña en provocarlos con el recuerdo, en removerlos i ensangrentarlos con una delicia inefable!

¡Qué sensacion agradable la de una amargura pasiva!

La tristeza es culta, civilizada, suave, simpática como la luz penumbrada.

La felicidad i la alegría tienen algo de grotesco i de campesino que no se aviene con los sentimientos delicados.

I luego ¡cuándo hai motivo para estar alegre si nada dura!

Tras de los grandes contentamientos de la vida, está una tumba, i mas tarde, los detritus de los cuerpos en que se encerraron tan grandes pasiones, tanta gloria o renombre, tanta juventud i tan celebradas bellezas, flotan por el aire en grumos gaseosos o caminan ocultamente por los intersticios de la tierra, arrastrados en silencio por las gotas de agua que los recojieron i que filtrándose van a perderse en el mar.

Los hombres que no tienen estas melancolías, propias de un carácter enfermo, no conocen las dulzuras que existen fuera de los límites a que la felicidad alcanza.

¡A decir verdad, en este momento en que la naturaleza parece dolorida, no sé qué es mejor, si ser feliz o desgraciado!

1884.

AUTÓGRAFO

A la señora representante de la asociacion de maestros.—Señora: Me pide usted un autógrafo en nombre de la sociedad de maestros que representa. No encuentro entre mis ideas ninguna digna de satisfacer el propósito que ha dictado su pedido, pero no quiero desatenderlo i le escribo esta carta que es sin duda un autógrafo.

Quiero consignar en él una confesion que tal vez le sorprenda: he respetado siempre a mis maestros i les tengo cariño. Muchos de ellos han muerto; los que viven i han tenido ocasion de seguirme, llevado por la suerte a la posicion que ocupo, pueden dar testimonio de mi afecto no desmentido en circunstancia alguna. Recuerdo la fisonomía de todos ellos siempre blanda para mí; su voz i actitudes i hasta sus defectos, que ahora, a la distancia, me parecen altas calidades. Si fuera pintor los podria retratar. Yo nací en una aldea, en Bolivia; mi padre estaba emigrado, siempre emigrado; emigrado de todas partes.

Mi maestro de primeras letras me tenia gratuitamente en la escuela. Otros niños pagaban la educacion que recibian. Yo recompensé alguna vez, sin saberlo, tanta jenerosidad, entreteniéndolo.

El pobre señor no habia leido nunca mas que la vida de los santos. No sé qué viajero llevó un ejemplar trunco del « Judío Errante » que cayó en mis manos. Un

dia, cuando me tocó en la escuela mi turno, me acerqué temblando de frio al maestro, aburrido ya de tomar lecciones de lectura, en cartas, en catones, en silabarios, i hasta en cuentas de tienda; me acuerdo de todo como si fuera recien pasado. Todavía me veo las manos amoratadas, redondas i arrugadas, con tinta en los dedos i los puños desnudos, porque las mangas eran cortas como las piernas de mis pantalones que aspiraban a sublimarse.

Comencé la lectura de un capítulo; era aquel en que se cuenta la visita de Rosa i Blanca al hospital de coléricos; (aún leia yo con puntero; este era una pluma de cuervo pelada); la medida normal de la leccion era una pájina; yo llegué a ese término, pero el maestro no me dijo «basta». Seguí leyendo. Era un dia de lluvia de los que a mí me gustan. El murmullo de la escuela habia cesado. La distraccion del maestro dejó en libertad a los niños de mirar a donde quisieran; miraban afuera; otros dormian sobre sus brazos, apoyados en los bancos; dormian apaciblemente mientras Rosa i Blanca corrian el mayor peligro!

El maestro no chistaba; yo seguí leyendo i tiritando de frio i de emocion; — ¡ pobres Rosa i Blanca! ¿Y Dagoberto? ¡Qué mala madama de Saint no sé cómo!

Los minutos pasaban; la lluvia caia con diapasones variados; el número de dormidos aumentaba; los niños despiertos de los bancos próximos comenzaban a interesarse por la suerte de las dos muchachas. Algun redoble de la lluvia sobre la tela de un paraguas fósil i raro en aquellas rejiones, interrumpia la agradable monotonía de ese semi-silencio que produce la lectura continuada en el mismo tono.

— ¡Rodin debia estar mui contento! — Qué pícaro!...

Si Nazario pudiera agarrarlo ! ! (Nazario era el caudillo de la escuela; el jefe de la oposicion !)

Las ráfagas de viento metian el agua por la gran puerta i por las ventanas antíguas que tenian una cornisa a modo de ceja; ventanas odiosas que solo estaban cerradas los dias de fiesta !

La verdad es que el maestro parecia estar convencido de que yo habia nacido para leer el Judío Errante i él para oirme !

El dia iba marchando i ya el sol, oculto por un toldo gris de nubes i de agua, deberia andar haciendo sus preparativos para meterse tras de los cerros.

Rosa i Blanca no encuentran a la persona que buscan; creo que era la jorobadita. ¿ Para qué sirve entónces el Anjel de la Guarda ? La lluvia arrecia i una semi-oscuridad comienza a difundirse por la escuela... ¿ Este maestro se habrá dormido ? ¡Qué se iba a dormir ! Atendia !

El capítulo concluyó. Iba ya continuar con otro. El maestro me interrumpió diciendo: « ese libro no deben leer los niños; dámelo acá ! » Se lo dí, pero jamás creí que me lo pedia para que yo no lo leyera, sino para leerlo él.

Señora, la saludo atentamente.

1887.

LA PRIMERA NOCHE DE CEMENTERIO

El enfermo es el señor de la casa, el marido, el padre. La familia está aflijida, desolada. La habitacion en que se halla el paciente, es una pieza grande en la que la luz de dia i de noche es economizada. Todos los que entran tienen la obligacion de caminar en puntas de piés i cumplen relijiosamente el programa. Los guardianes deben asomarse de tiempo en tiempo al lecho que ocupa i mirarle la cara; en seguida deben menear la cabeza i despues estar mui consternados. Razones para ello: el enfermo va cada vez peor; respira con dificultad, abre apenas los ojos, no conoce a los que le hablan sino despues de ser vivamente mortificado; si lo dejan quieto delira, dice con labios secos palabras que parecen con cáscara i que no tienen sentido, ronca mas bien sus frases, diremos; suspira a veces i busca dormirse; está acostado boca arriba con las manos de fuera; por momentos hace que acomoda las ropas murmurando sonidos lúgubres; entre muchas palabras roidas aparece a veces el nombre de la mujer o del hijo predilecto, seguido de una sonrisa moribunda; luego viene un estertor i una opresion; el cuadro es triste!

*

La mesita de noche está cubierta de frascos, de tazas i de cucharas. Cada media hora, un verdugo bajo la

forma de una cuidadora, debe apretarle la nariz al pobre mártir, i derramarle en las fauces una cucharada de líquido corrosivo recetado con gran pompa, perfectamente inútil pero aprobado para el caso, por todas las Facultades del mundo i por la reciente junta de médicos. El de cabecera ha recomendado una puntualidad digna del Santo Oficio, obedeciendo a su deber profesional e inhumano. ¡Ningun médico se permite dejar morir en paz a su enfermo porque eso es contrario a la satisfaccion de las familias!

*

El primer rayo de luz de la aurora acaba de entrar al cuarto del enfermo, escurriéndose por el espacio lineal de dos varillas de persiana.

¡Qué terrible innovacion! ¡Cómo se vé a su favor cuánto se parece el moribundo a un muerto!

*

Murió; un estertor quebrado acaba de anunciar la triste nueva!

Los sollozos i los gritos de dolor resuenan en todas partes. Los sirvientes encuentran inútil que la caldera de agua hirviendo continúe quejando su vapor a ciento i un grados.

El trapo blanco del llamador de la puerta vá a ser sustituido por otro negro mas largo, un trapo lloron de merino, colgante, con dos piernas desiguales como las de un ahorcado cojo.

Gran fiesta para el empresario de pompas fúnebres que prepara sus coches soñolientos i sus caballos nostáljicos.

*

Un amigo de la casa, porque los hai que no son del dueño, de la dueña ni de la familia, sino de la ubicacion, se ha encargado de correr con todo, como se dice.

Este amigo con su cara de afliccion a media asta, que hace compatible un lloriqueo de actualidad con una actividad oportuna é indispensable, ha elejido el cajon, ha alquilado los coches, ha contratado los cirios i los paños mortuarios, ha puesto avisos en los diarios encabezándolos con la cruz de regla seguida de estas fatídicas letras: Q. E. P. D. i ha convidado por fin a los amigos.

Al otro dia, a la hora señalada, los invitados empiezan a llegar. Las señoras entran al sitio donde están las mujeres de la casa invisibles por el exceso de merino negro i por la escasez de luz, llorando a intérvalos como si tuvieran válvulas automáticas en los ojos. Los hombres mas despreocupados o mas guapos, entran al salon donde se halla instalado el muerto, bien sério i pálido, dentro de su cajon exagonal i rodeado de cirios encendidos que ardiendo sobre candelabros jigantescos, precipitan estaláctitas fantásticas, llorando su cera derretida en lágrimas amarillentas i suicidándose metódicamente, en holocausto a una llama enferma con núcleo oscuro de pavesa muerta i con luz fatigada que contempla en silencio, la insolencia brutal del sol intruso.

*

El coche de penachos negros está ya en la puerta, asistido por hombres negros que cumplen con su piel de luto, una tarea habitual e indiferente. Los amigos mas caracterizados toman silenciosamente el cajon cerrado de ante mano por el hojalatero del barrio que ha creido remendar un lebrillo.

Por mas precaucion que se haya tenido, los pasos arrastrados, pesados i acompasados de los que llevan el ataud, se han hecho sentir en la pieza donde están las mujeres. Se oye un redoble de sollozos, de llantos, de gritos i de suspiros!

Los negros del coche se apoderan del cajon i lo hacen rodar metódicamente en los rodillos del vehículo fúnebre.

Los acompañantes toman su puesto en los carruajes. El convoi emprende su marcha elijiendo las calles mas bulliciosas i el camino mas largo. La concurrencia da pruebas del aburrimiento mas consuetudinario, mientras los caballos habituados caminan dormidos hácia el cementerio.

*

Durante el tránsito asoman a las puertas de calle caras curiosas i se traslucen entre las varillas de persiana, pares de ojos femeninos brillantes, como los que se muestran tras de las caretas en carnaval. Esas caras i esos ojos tienen pintada visiblemente esta interrogacion: ¿Soltero o casado? La opinion pública sanciona que es casado o viudo, pues ha visto los penachos negros del terrible carro. Resuelto ese punto que, como se vé, es de grande importancia para los habitantes del trayecto recorrido, a quienes no se les importa nada del muerto, este llega al cementerio en cuya puerta se detiene el acompañamiento.

Los deudos bajan de los coches i se precipitan hácia el fúnebre; los amigos hacen cerco en la vereda. Los negros del empresario estraen el ataud i lo entregan bamboleante a manos enguantadas que lo conducen hácia la capilla.

Aquí sigue una escena estereotipada para casos iguales.

*

La concurrencia rodea el féretro: un sacerdote que se ha puesto la camisa sobre la ropa, abre un pequeño libro que ha leido mil veces i que ya debia saber de memoria, i lee a duras penas, un párrafo literario en latin, sin conseguir que alma viviente lo entienda.

Una atmósfera de antigüedad invade el recinto; la voz del sacerdote es sepulcral, las palabras son de un idioma muerto i hasta la pájina en que están escritas parece un pergamino secular, amarillento, deslustrado, viejo, fósil, comido en el estremo de la hoja por la aplicacion asidua del dedo pulgar del sacerdote, súcio de tabaco, que ha dejado allí su estigma.

Luego cae una lluvia mal distribuida de agua bendita, que el sacerdote arroja con un hisopo sobre las coronas de flores de trapo que cubren el cajon.

¡Fórmulas, fórmulas! fórmulas! ¿Dónde se anida el sentimiento por el muerto?

La capilla está fría, helada, mas glacial que el corazon del difunto: el oficiante que repite su papel treinta veces por dia, parece un hombre mecánico, sin mas sentimiento que una máquina de hierro.

Pero así como la belleza de los objetos se acrecienta si se toma como trasunto de su realidad, su imájen reflejada en un espejo, el sentimiento íntimo, profundo, intenso, rico en dolor agudo, penetrante e insondable, que la muerte de un semejante produce en alguien, siquiera en uno solo de los que continuan viviendo en este mundo, la pesadumbre del drama terrible que se representa en los actos de una inhumacion, se pinta con las sombras mas conmovedoras donde menos se espera.

*

Al lado del sacerdote i medio perdido entre los personajes adultos, se halla un niño de diez años, vestido

como de improviso, con ropa enlutada que no le va al cuerpo.

¿Porqué han dejado venir a ese niño? Se ha escapado quizá de la casa mortuoria, burlando la prevision de la familia para seguir hasta el último momento el cuerpo de su padre!

Ahí está jesticulando para distraer su dolor próximo a estallar en llanto o en gritos estridentes i epilépticos. Cierra sus pequeñas manos heladas, se muerde los labios, se ahoga porque tiene vergüenza de sufrir en público i llorar ante desconocidos, como si debiera ocultar los efectos bochornosos de una reprimenda injusta. Sus ojos buscan en los accidentes del acto, algun refujio para su débil alma atribulada i tratando de estimular su curiosidad para hacerla predominar sobre su sentimiento, vá con su mirada inútilmente, del sacerdote al ataud i del ataud a la concurrencia, sin conseguir su objeto, hasta que perdido ya el dominio sobre sus potencias de disimulo e invadido por la ola de martirio que hincha su corazon, deja estallar su pesadumbre distendiendo i apretando sus labios, en contracciones espasmódicas i desaguando sus ojos en borbotones de lágrimas que brotan como esferas voluminosas i ruedan sobre sus mejillas para caer en la tela negra de su ropa improvisada!

*

No hai pájina sentimental mas bien escrita que la que se lee a través del primer dolor de un niño!

Tú, acompañante indiferente, que viniste a este entierro para cumplir un deber social, si no trajiste un átomo de inquietud en tu alma, no te iras, ¡oh! no, tan dueño de ti mismo si miras á ese niño i adivinas en el espectáculo de sus emociones, la historia de un pasado próximo en

que la ternura paternal, los halagos del dia de fiesta, los cuidados de la noche, la prevision de todos los momentos, los pequeños regalos de cumpleaños, los largos paseos afectuosos i las sencillas i amantes conversaciones, han ido formando una adhesion sin límites i la conciencia de una proteccion sin reemplazo posible.

¡Oh! no por cierto, no te irás tan dueño de ti mismo si piensas que ese llanto de niño es el descuento del recuerdo anticipado de todo el bien perdido para siempre; la emocion actual de una prevision de penas futuras, en virtud de la cual el niño, sin saberlo, se trasporta a la época no lejana en que echará de menos a la hora de dormir, la compañía de su papá, a la hora de levantarse la voz de su papá, á la hora de comer la presencia de su papá en su asiento de costumbre.

No te irás, ¡oh! no, tan dueño de tí mismo, si piensas que el pobre niño, al volver a su casa, encontrará vacio el cuarto de su papá, con las puertas abiertas, la cama desmantelada i los armarios estirando sus hojas como para dar el último abrazo al dueño que se ha ido; que cuando la noche llegue i las costumbres de la casa, esas terribles costumbres que tan singularmente acompañan a la memoria de los muertos, se resientan de un silencio estraño; cuando las luces se enciendan para alumbrar la mesa, a cuyo rededor se sienten personas desganadas i doloridas; cuando las conversaciones indispensables se establezcan para destruir la monotonia del pesar, en virtud de las necesidades de la vida; cuando los sirvientes, menos afectados, hagan ruido con los acomodos de las cosas para concluir el dia i prepararse al sueño; cuando todos parezcan olvidados de que dentro del pecho de aquel niño late un corazon torturado; cuando lo acuesten en su camita fria, queriendo sofocar su llanto con

palabras afectuosas o con reprimendas; cuando lo abandonen creyéndolo dormido i oigan de pronto su voz desesperada que grita papá, papá, pobre papá! i lo miren sentado con los ojos abiertos, enormes i los brazos estendidos en busca de la sombra querida... que cuando todo esto suceda se estará representando en el escenario mas tierno, el escenario del sentimiento inocente, una de aquellas trajedias inicuas e injustificables, que tienen por base una torpe equivocacion de la naturaleza, en virtud de la cual un ser endeble, una criatura, tiene aptitud para esperimentar amarguras!

*

En el cementerio, los concurrentes han tomado el ataud por las manijas, i sin que falte un comedido que diga invariablemente: «primero los piés», el muerto es conducido a la cueva infecta que por irrision se llama «última morada», donde con acompañamiento de discursos, de ruidos, de choques, de pases de correas i de fatigas de los sepultureros, el cadáver es secuestrado i sustraido para siempre a la corriente humana.

*

Los acompañantes se retiran a trote largo por esas calles de Dios, en coche propio o de alquiler, huyendo de la famosa última morada que los reclamará uno a uno, por turno, pero forzosa e indefectiblemente.

*

Mientras tanto, durante el dia, el cementerio presenta un aspecto relativamente alegre, debido a la presencia del sol que derrama su luz viva sobre las lápidas, al movimiento de las jentes que concurren a otros entierros

i al ruido de los constructores de nuevos sepulcros para los ricos que tienen la estúpida ocurrencia de mandar erijir sus propias tumbas.

Yo no incurriré jamás en el error de adquirir un sepulcro; cuando me muera, que me pongan donde les parezca; de todos modos yo sé que no me han de dejar entre los vivos, pues las ordenanzas municipales se han de oponer. Si hubiera de consultarse mi parecer a este respecto, yo querria, a mas no poder, que algun médico amigo me disecara i guardara mi esqueleto en un armario, para mirar con las cuencas vacías de mis ojos, cómo se componia el colega en esto de despachar a sus clientes al otro mundo i para tocarle alguna vez en los vidrios, con mis falanjes desnudas, un redoble fúnebre.

Me horroriza la idea de que me dejen en el cementerio, en medio de jentes que no hablan i acomodado entre siniestras cajas como un bulto cualquiera de almacen.

Por fin, durante el dia, la instalacion en el cementerio no parece tan desagradable; pero cuando comienza a retirarse la luz, cuando los ruidos cesan, cuando las puerta se cierra i el administrador se vá a su casa, cuando ya en el recinto no queda alma viviente... ¡oh, qué espanto!

*

Me imajino por una fantasia, un muerto vivo, que tiene percepciones i sensaciones i que asiste a la descomposicion de su propio cuerpo i a las escenas del local!

El muerto que acabamos de dejar se ha despedido con un saludo cortés, de la concurrencia; ha querido hablar, pero la cal que le han echado encima se le introduce en la boca; ha querido mirar pero la misma cal le cierra los párpados; ha tratado de darse vuelta, pero el cajon es mui estrecho; tiene que permanecer de espaldas, mui

sério, reflexionando boca arriba, sobre las cosas que deja en este mundo. Quiere mover los brazos, pero sus músculos han comenzado a ablandarse por la descomposicion; luego, el vientre se le ha hinchado enormemente; la hinchazon invade el pecho, el volúmen de sus entrañas, aumentado desmesuradamente, no cabe ya dentro de la piel; el gas comienza a escaparse por la nariz i la boca, en cuyas aberturas se acumula un monton de espuma, como si el muerto hubiera querido comerse una piedra pomes. Su cuerpo está lleno de manchas verdosas. La transformacion sigue sus trámites legales.

*

El muerto se representa su casa desolada: recuerda a su hijo predilecto, a sus amigos, a su mujer viuda, jóven i linda... viuda, jóven i linda! Linda, fresca, lozana, nueva, llena de vida, apasionada, tierna i deliciosa como el primer amor. Rubia, blanca, esbelta, airosa, casta, provocadora i sublime: sus ojos azules hacen hervir deleites celestiales en su pupila; su rostro es una idealizacion de forma; su carne suave, tibia, tiene el perfume humano de la juventud cuidada, limpia, incitante i sabrosa. El luto le sienta admirablemente i las hebras doradas de su cabello, al derramarse sobre su manto negro, enloquecen con sus ondulaciones de oro en madeja, la mirada menos atrevida... Todo eso queda en la tierra quizá para otro, seguramente para otro!... El muerto se estremece de celos dentro de su cajon forrado de plomo i a través de los gases pestilentos que exhala su cuerpo reblandecido, parece sentir el aroma del adorado seno femenino que deja en la tierra...

Oh! recuerdo terrible e importuno! por la mente del muerto atraviesa la figura de su esposa al otro dia del

matrimonio, cubierta con su peinador blanco, ceñido en el talle por una cinta color rosa ténue, a la luz alegre de una mañana de primavera. ¡Qué vale la vision de la vida eterna ante ese recuerdo de la Eva terrenal que se abandona! Los ojos del cadáver se llenan de lágrimas amoniacales i un sollozo con olor sulfídrico se escapa por sus fauces hinchadas.

El cuerpo continúa fundiéndose i macerándose en sus líquidos nauseabundos i hasta las flores artificiales que lo rodean comienzan a ennegrecerse con las emanaciones sepulcrales.

*

El silencio mas grande reina en el cementerio, i la noche mas densa ha estendido sus tintes en el interior de las fosas.

Una que otra ráfaga de aire trae en sus alas los jemidos de los árboles i las lamentaciones de las cruces herrumbradas, que sacudidas por el viento, rechinan en sus hierros desvencijados.

La lluvia fina cae mansamente sobre las tumbas i se desliza a lo largo de los muros buscando silenciosamente su camino hácia el fondo del sepulcro.

Las gotas engordan nutridas por el relámpago i los remolinos de viento; la lluvia arrecia i una orjia cristalina de agua loca, se establece al rededor de cada sepulcro haciendo saltar en baile precipitado candelabros en miniatura, que la corriente arrastra por las sinuosidades del piso. La tempestad hace una orquesta cuyas notas resuenan en las bóvedas; gruesos chaparrones azotan sus puertas i las gotas robustas caen sobre los cajones, golpeando — tac, tac, tac, tac, — en su tapa sonora, como quien llama a la puerta de una casa cuyos habitantes duermen profundamente.

Mas tarde, la noche se despeja i un cielo estrellado se pone a mirar el cementerio, pestañeando con sus millones de estrellas, sin conseguir alumbrar los sótanos donde yacen los cadáveres acomodados por órden, en sus paquetes de factura; i mas tarde aun la luna en menguante, con su luz de agonía, cae sobre la quieta metrópoli proyectando en el suelo la sombra de los monumentos, de las columnas, de las estátuas i de las cruces con sus brazos desiguales; o bien llegan las horas tempestuosas en que el viento silba en todos los tonos de su orquesta, quebrándose en los barrotes herrumbrados de las rejas que guarnecen las tumbas indiferentes, cuyas lápidas ladeadas de mármol leproso, ostentan carcomido el nombre oscuro de un infeliz que se ha disuelto en la tierra; el viento húmedo i rujiente que revuelve con su soplo sin diapason, las nubes negras amontonadas en los cielos, separándolas en vetas, por secciones o agrupándolas en promontorios montañosos, para cambiar la decoracion a cada instante; el viento aventurero que riñe con la veleta de la iglesia vecina, en que una flecha secular, oscilando sobre su eje contemporáneo, alarma con sus gritos estridentes como los de una lechuza perseguida.

*

Cada bóveda abierta se traga su bocanada de aire aturdido para mezclarlo con las emanaciones pútridas de sus horribles huéspedes i exhalarlo dijerido, a lo largo de las calles de cipreses macizos, inflexibles i tercos, negros de puro verdes e impenetrables en la frondosidad de sus ramas compactas, incrustadas de nueces citrinas que parecen semillas de algun árbol maldito.

Dentro del sótano, cerca del cajon recien depositado,

se hallan estivados varios ataudes de diferente época i tamaño, cuya superficie denuncia las injurias de los vapores corrosivos i cuyas grietas reventadas, revelan los empujones internos de los gases producidos por los cuerpos encerrados, en contravencion a los rudimentos mas elementales del sentido comun.

Allí están consumiéndose lentamente los miembros de toda una familia, mezclados con individuos estraños, que, sin pagar alquiler, reciben el beneficio del último hospedaje, libres de la persecucion por deudas i de los mandatos de desalojo emanados de algun juez de paz sin alma, hasta tanto que el dueño de la casa no resuelva desterrarlos, como si no fuera bastante destierro el otro mundo, i no decrete la espulsion, publicando en los diarios un aviso que diga:

« Se previene a los deudos de los individuos cuyos restos se hallan depositados en el sepulcro tal, que en el término de ocho dias deberán proceder a estraerlos, i que, si no lo verifican, vencido el plazo, los dichos restos serán trasladados a la fosa comun ».

Allí están los viejos, los jóvenes, los adolescentes i los niños; los hombres i las mujeres; las viudas; las casadas i las solteras; las vírjenes por edad o por falta de ocasion; los libertinos i los virtuosos; todos afanados en transformar los átomos de su cuerpo para los fines de nuestras apreciables e insondables amigas las leyes naturales.

*

Al muerto reciente le parece oir un jemido en el cajon vecino; su espíritu sutil se levanta i con aquella curiosidad masculina que, a juzgar por su grandor en esta vida, debe durar aun en la otra, penetra por las rendijas del ataud sospechoso.

El cuerpo de una jóven yace allí en plena fermentacion. Una corona de trapo ex-blanco, con sus botones de azahar amarillentos, envuelve una cabeza mutilada, de la que el pelo, un largo pelo deslustrado, se ha desprendido por placas, llevándose en partes pedazos de la piel. Mas abajo hai dos hoyos llenos de una jelatina negruzca que desborda por los ángulos: son los ojos. La nariz está destruida. Los labios comidos dejan ver los dientes sin encías, de una boca que rie horriblemente i sin motivo. El vestido se halla acomodado a lo largo del cuerpo, pegado en el pecho, estirado sobre los muslos, desgarrado en los bordes; mojado, flácido, hundido en algunas partes, siguiendo las anfractuosidades del repugnante monton de detritus que cubre. Sobre el estómago están cruzados los brazos descarnados; las manos conservan entre los dedos un crucifijo de marfil amarillo, que parece continuar esperando la resurreccion de los muertos en la posicion menos adecuada para tener paciencia. El vientre del cadáver es una pulpa informe, movediza, en que entran i salen lejiones vivientes ocupadas al parecer en una negociacion mui urjente. Las ropas han caido entre los muslos formando canaletas por las que corre un líquido ocre i espeso.

De la atractiva belleza presumible de esta jóven en vida, sólo quedan como muestra dos piés diminutos, altos de empeine, delgados, lijeros, cuya planta se ha posado mui poco sobre el suelo, calzados con botines de raso blanco que la niña estrenó despues de muerta.

*

Una ráfaga loca de sensualismo cadavérico pasó por la cabeza del visitante, vanguardia de la primer infidelidad de ultra-tumba que le hacia a su compañera

de esta vida, a aquella rubia linda, fresca, blanca, sabrosa, cuyas ternuras al fin seran para otro, i vistiendo de carne con su imajinacion los huesos desnudos, poniendo ojos brillantes en la cara monstruosa, labios con calor en la boca destruida i estremecimientos libertinos en los senos ausentes, abrazó en su parosismo póstumo el espantoso envoltorio que tenia delante, i en un beso eterno, vibrante i tembloroso, lleno de todas las delicias de la tierra, condensó la última voluptuosidad de sus sensaciones, difundiéndose despues como la masa nebulosa de una nube flotante, sobre el cuerpo descompuesto.

*

Vuelto de su escursion al ataud vecino, envolvióse de nuevo en su manto de cal, dejó caer los brazos con aquella laxitud de un hombre que ha llevado a feliz término una aventura estraordinaria i meneó la cabeza con la espresion propia del disgusto por las cosas conseguidas. Al fin hombre hasta en la muerte !

*

La noche sigue su viaje acompañada por un séquito de estrellas, resbalando en la esfera de nuestro planeta, como quien pasa la mano sobre una cabeza calva. Los cielos se van en tropel del Este al Oeste i cada segundo marca el pasaje de un astro por el meridiano de la tumba silenciosa.

La cúpula del cielo con sus chispas brillantes continúa su marcha eterna por los espacios siderales, con aquella indiferencia que los fenómenos naturales ostentan ante los dolores humanos.

*

No sé si todos esperimentan el sentimiento de repulsion i de tristeza que a mí me invade, cuando en medio

de algun pesar ¡quién no los tiene! veo que sale el sol como todos los dias, que llueve como en cualquier ocasion, que las cosas conservan su aspecto habitual, que las jentes van i vienen, que todo sucede, en fin, como si yo no estuviera aflijido. La quietud, monotonia i regularidad de la naturaleza ante el dolor humano, parece una burla. No hai madre que habiendo perdido un hijo, no se sienta humillada, ofendida, herida, al considerar la imperturbabilidad de las estaciones, de las horas, de los accidentes meteorolójicos i del almanaque.

*

La noche avanza hácia el oeste comiéndose las horas i va a perderse en el horizonte arrastrando su manto salpicado de lágrimas brillantes. El cementerio continúa murmurando los ruidos propios del silencio absoluto; el rumor sordo, indeciso, como de olas, como de viento o como de cualquier cosa desconocida, sólo se interrumpe por algun estallido inopinado, indebido, anómalo, sin motivo, pero alarmante como los tonos ininterpretables que se oye en los bosques.

*

Al otro dia, último i único alivio, ya hai algo de usual, de acostumbrado, de conocido en la cueva recien ocupada i el hábito, esa forma del dolor crónico que degrada al hombre hasta hacerle resignarse a todo en cualquier situacion, ha hecho que el muerto se acomode a su suerte i se convierta en su auto-espectador. El cementerio le parece su ciudad natal, la tumba su casa, los muertos sus conciudadanos i la insondable eternidad su patria.

1888.

VIDA MODERNA

Rio IV, &., &.

Mi querido amigo:

Por fin me encuentro solo con mi sirviente i la cocinera, una señora cuadrada de este pueblo, mui entendida en política i en pasteles criollos.

Ocupo una casa vacia que tiene ocho habitaciones, un gran patio enladrillado i un fondo con árboles i con barro. Tengo dos caballos de montar i uno de tiro. Mi dotacion de amigos es reducida; total: dos viejos maldicientes. He traido libros i paso mi vida leyendo, paseando, comiendo i durmiendo. Esto por sí solo constituye una buena parte de la felicidad; el complemento ¡quién lo creyera! se encuentra tambien a mi alcance, aquí, en este pueblo solitario i en esta casa medio arruinada i desierta.

*

Soi completamente feliz! Básteme decirte que nadie me invita a nada, que no hai banquetes, ni óperas, ni bailes i, lo que parece mitolójico en materia de suerte, no tengo ni un bronce, ni un mármol, ni un cuadro antiguo ni moderno; no tengo vajilla ni cubiertos especiales para pescado, para espárragos, para ostras, para ensalada i para postre; ni centros de mesa que me impidan ver a los de enfrente; ni vasos de diferentes colores; ni sala, ni antesala, ni escritorio, ni alcoba, ni cuarto de espera; todo es todo; duermo i como en cualquier parte;

el caballo de montar entra a saciar su sed al cuarto de baño, en la tina, antes que yo me bañe, con recomendacion especial de no beber de a poquitos, ni dejar gotear en la bañadera el sobrante del agua que le queda en el hocico.

*

Recuerdo que cuando era niño conocí un señor viejo, hombre importante, acomodado, instruido i mui culto. Pues el viejo no tenia en su cuarto de recibo sinó seis sillas, una mesa grande con piés torneados, gruesos i groseros, cubierta con una colcha usada, sobre la que estaba el tintero de plomo con tres agujeros en que per manecian a pique tres plumas de pato o ganso. Habia además papeles, libros, tabaqueras, anteojos i naipes. De noche se reunian allí los hombres mas notables del pueblo: el cura, el correjidor, el juez de letras, el tendero i otros ilustres habitantes. Allí se hablaba de la política, de la patria, de la moral i de filosofía, tópicos que ya no se usa. Concluida la tertulia el viejo se retiraba a su dormitorio en el que no habia sinó una cama pobre, una mesita ética, una silla de baqueta, un candelero de bronce con vela de sebo, una percha inclinada como la torre de Pisa, que se ladeaba mas cuando cogalban en ella la capa de su dueño i por todo adorno en las paredes, una imájen de san Roque abogado de los perros. A pesar de esta ausencia de mobiliario que escandalizaria hoi al mas pobre estudiante, el viejo era mui considerado, mui respetado i vivia mui feliz; nada le faltaba.

Dime ahora lo que seria de cualquiera de nuestros contemporáneos en tal desnudez! Cuando me doi cuenta de lo estúpidos que somos, me da gana de matarme.

*

Por eso me gusta el poeta Guido Spano.

La semana pasada lo encuentro en la calle i le digo: —¿Cómo le vá? tanto tiempo que no lo veo; usted habrá hecho tambien negocios! —Nó, me contesto, soi el hombre mas feliz de la tierra; me sobra casa, me sobra cama, me sobra ropa, me sobra comida i me sobra tiempo; no tengo reloj i no se me importa un comino de las horas!

Con tamaña filosofía ¡cómo no habia de estar ese hombre contento!

En una ocasion me acuerdo haberlo visto en cama enfermo de reumatismo i tocando la flauta con un pequeño atril i un papel de música por delante. Nunca he sentido mayor envidia por el carácter de hombre alguno.

*

A mí tambien aquí en Río IV me sobra todo, pero no tengo flauta, ni atril, ni sé música.

¿Sabes por qué me he venido? Por huir de mi casa donde no podia dar un paso sin romperme la crisma contra algun objeto de arte. La sala parecia un bazar, la antesala idem, el escritorio ¡no se diga! el dormitorio o los veinte dormitorios, la despensa, los pasadizos i hasta la cocina estaban repletos de cuanto Dios crió. No habia número de sirvientes que diera abasto; la luz no entraba en las piezas por causa de las cortinas; yo no podia sentarme en un sillon sin hundirme hasta el pescuezo en los elásticos; el aire no circulaba por culpa de los biombos, de las estátuas, de los jarrones i de la grandísima madre que los dió a luz. No podia comer; la comida duraba dos horas por que el sirviente no me dejaba usar los cubiertos que tenia a la mano sinó los especiales para cada plato. Aquí como aceitunas con

cuchara, porque me da la gana i nadie me dice nada ni me creo deshonrado.

*

Mira, no sabes la delicia que es vivir sin bronces! No te puedes imajinar como los aborrezco. Me han amargado la vida i me han hecho tomarle odio. Cuando era pobre, admiraba a Gladstone; me estasiaba ante la Vénus de Milo; me entusiasmaba contemplando las nueve Musas; tenia adoracion por Apolo i me pasaba las horas mirando el cuadro de la Vírjen de la Silla.

Ahora no puedo pensar en tales personajes sin encolerizarme. ¡Cómo nó! Casi me saqué un ojo una noche que entré a oscuras a mi escritorio contra el busto de Gladstone; otro dia la Vénus de Milo me hizo un moreton que todavía me duele; me alegré de que tuviera el brazo roto. Despues, por impedir que se cayera la Mascota, me disloqué un dedo en la silla de Napoleon en Santa Elena, un bronce pesadísimo, i casi me caí enredado en un tapiz del Japon.

Luego, todos los dias tenia disgustos con los sirvientes.

Cada dia habia alguna escena entre ellos i los adornos de la casa.

—Señora, decia la mucama, Francisco le ha roto un dedo a Fidias.

— Cómo ha hecho usted eso Francisco?

—Señora, si ese Fidias es mui malo de sacudir.

—Otra vez dejaba Fidias de ser maltratado i aparecia el busto de Praxíteles sin nariz. Francisco se la habia echado abajo de un plumerazo; o bien le tocaba el turno a Mercurio que se quedaba cojo de algun porrazo; ya sabes que Mercurio tiene un pié en el aire.

Bismarck, el rei Guillermo i Moltke en barro pintado, se han escapado hasta ahora casi ilesos, gracias á que su pequeña estatura les permite esconderse tras del reloj de la sala. Pero un gran elefante de porcelana cargado de una torre, pierde cada ocho dias la trompa que le vuelven a pegar con goma.

Otro dia, se le ocurre al mismo Francisco, limpiar con kerosene el cuadro del Descendimiento.

En fin, he pasado estos últimos años en cuidar jarrones, cortinas, cuadros, relojes, candelabros, arañas, bronces i mármoles i en echar gallegos a la calle con plumero i todo para que vayan a romperle las narices a su abuela.

*

No te puedes imaginar los tormentos que he sufrido con mis objetos de arte; básteme decirte que muchas veces al volver a mi casa he deseado en el fondo de mi alma, encontrarla quemada i hallar fundidos en un solo lingote a Cavour, a la casta Susana, al Papa Pio nono, a madama Recamier i otros bronces notables de mi terrible coleccion.

¿I las flores, las macetas, los ramos, los árboles enteros que mandan a casa i que la señora coloca en mi estudio como si tal cosa? El patio es un bosque; creo que hai en él toda la flora i fauna arjentina: leones, tigres i millones de sabandijas. Los cactus no me dejan ir a mi cuarto, me enredo en los helechos i unos malditos arbustos que hai con puntas i que están ahora de moda, tienen obstruida la puerta del comedor al cual no se puede entrar sin careta, a menos de esponerse a perder un ojo. Ya estuve a punto de quedarme tuerto, a causa de un alisum espinosum.

—Mire Juan, le dije un dia al portero: al primero que venga aquí con árboles, con bronces o con vasijas de loza, péguele un balazo. Ya no hai donde poner nada; para pasar de una pieza a otra es necesario volar. Uno de mis amigos mui aficionado a los adornos, ha tenido que alquilar una barraca para depositar sus estátuas i sus cuadros. Yo tengo una estátua de la caridad que es el terror de cuantos me visitan; no sé qué arte tiene para hacer que tropiecen con ella. En casa de otro amigo se perdió hace poco una criatura que habia ido con su mamá. Cuando esta quiso retirarse se buscó al niño en todas partes sin hallarlo; al fin se oyó un llanto lastimero que parecia venir del techo i voces que decian ¡aquí estoi, aquí estoi! El pobre niño se habia metido en un rincon del que no podia salir porque le cerraban el paso un chifonier, dos biombos, una ánfora de no sé donde, los doce Pares de Francia, ocho caballeros cruzados, un camello i Demóstenes de tamaño natural en zinc bronceado.

¡Vaya usted a limpiar una casa así! Lo primero que se me ocurre al entrar a un salon moderno es pensar en un buen remate o en un terremoto que simplifique la vida.

*

Tengo intencion de pasar aquí una temporada, i estaria del todo contento si no fuera la espantosa espectativa de volver a mi bazar. Algunas noches sueño con mis estátuas i creo que sabiendo ellas el odio que les tengo, me pagan en la misma moneda i me atacan en mi cama. Hasta he pensado alguna vez en finjirme loco i arrojar a la calle por la ventana los bustos de los hombres mas célebres, los cuadros, las macetas, las arañas

i los espejos. En fin, tengo un consuelo: no ocurre casamiento, cumpleaños o bautismo en casa de amigos, que no me proporcione el placer de soltarle al beneficiado algun leon de alabastro, un oso de bronce o los gladiadores de hierro antiguo. ¡A incomodar a otra parte i allá se las avenga el novio, el bautizado o el que festeja un aniversario!

Escuso decirte, que cuando un sirviente torpe echa abajo un armario lleno de loza i cristales, no quepo en mí de contento.

Escríbeme pronto i no te olvides de comunicarme en el acto, si por acaso quiebra la casa de Lacoste o la de algun otro bandolero de su estirpe.

Te recomiendo además, que si puedes hacerme robar durante mi ausencia, algunos pedestales con sus correspondientes bustos, varios cuadros i todos los muebles de mi escritorio, no dejes de hacerlo.

Sobre todo, por favor, hazme sustraer las palmeras que obstruyen los pasadizos i el alisum espinosum que esta en la puerta del comedor i al cual profeso la mas corrosiva ojeriza.

En el último caso puedes recurrir al incendio; te autorizo!

Tu amigo—

BALDOMERO TAPIOCA.

P. D.—Si el dia Iº de año me mandan tarjetas de felicitacion, cartas o telegramas, toma todo ello del escritorio, haz un paquete i mándalo a Francia, dirijido al

presidente Carnot, con una carta insultante, diciéndole que su nacion tiene la culpa de que, a mas de todas las mortificaciones criollas que soportamos, tengamos todavía que aguantar la moda francesa de las felicitaciones de año nuevo.

VALE.

1888.

MAR AFUERA

(EL VIAJERO SE DESPIDE I SE VA)

Es incalculable la cantidad de tontos que hai en el mundo a juzgar pos los que yo he encontrado en el camino i entre cuyo número me cuento; viajeros como yo por gusto i sin maldita la razón que los obligue a viajar, en vez de estarse metidos en su cuarto, en su tierra, tranquilos i descansados.

Cuando oiga usted decir que los viajes son tan buenos, no crea una palabra, a menos que usted sea dueño de algun hotel, de algun buque, ferro-carril o almacen de maletas i necesarios con navajas de barba para los que no se afeitan i cepillos empedernidos que no salen de su estuche a dos tirones.

Tanto vale decir que es bueno sufrir, incomodarse, marearse, asolearse i esponerse uno a que lo estrujen, lo alcen, lo bajen, lo acomoden, lo apuren i lo reglamenten.

Comience si quiere convencerse de la verdad de mi juicio, por recordar que apenas anuncia usted en su pueblo su intención de viajar, divide a sus relaciones en dos bandos: uno que aprueba el viaje i otro que lo condena; llegando con tal motivo, a hacerlo tema de conver-

sacion, punto del cual no sale usted sin dejar un buen pedazo de la piel.

Por fin los bandos se uniforman i declaran indispensable el viaje proyectado, respondiendo a esta idea: cuanto menos bulto, mas claridad; i desgraciado de usted si no se va pronto o si resuelve quedarse, porque entonces verá pintada en el rostro aun de sus mejores amigos, la desazon que les causa su demora o su cambio de idea.

—¿Cómo?—no se va? i para qué dijo que se iba? — pues hombre, vaya una ocurrencia!

Así, el que anuncia un viaje debe irse, pues sus conciudadanos hechos ya a la idea de verlo marcharse, son capaces de armarse para echarlo a palos si no se va de motu propio.

*

Sucede en estos casos lo que con los enfermos graves que duran mucho tiempo, si no se mueren causan un sério disgusto a los amigos, a los relacionados i a una parte de la familia, pues era ya cosa recibida que el enfermo se moria i todos se hallaban ya resignados a soportar tan irreparable desgracia. Los empresarios de pompas fúnebres, los vendedores de cajones de difunto, los dueños de caballerizas i los tenderos de «La Cruz», especialidad en jéneros de luto, se ven afectados en sus intereses i tienen razon de irritarse contra el enfermo que no se ha muerto; i lo mismo les sucede a los herederos, salvo error u omision; pero lo que difícilmente se comprende, si no se escudriña bien cuánto hay de insólito, de complicado i de misterioso en la composicion de los sentimientos humanos, es el furor de los amigos, por el chasco que reciben, ellos, que ya se habian compuesto

una cara dolorida, para la circunstancia i habian mandado limpiar sus levitas cruzadas de paño negro.

*

Las impresiones de despedida al emprender un viaje por mar, se han modificado mucho en los países en que es necesario ir a tomar el gran buque a los quintos infiernos, gracias a las incomodidades que los acompañantes i el acompañado esperimentan en la travesía. La lucha entre el corazon i el estómago se establece i el último vence. Mejor, así se diluye el sentimiento i los los viajeros ahogan sus lágrimas para ajitar sus pañuelos saludando a los parientes que vuelven a tierra.

¡Solo en el buque! ¡Fenómeno curioso! la sensacion que invade a cada viajero es la del abandono al entrar en su camarote, aun cuando sepa que va a tener por amigos a las pocas horas, a los quinientos o mil pasajeros que se hallan a bordo.

La casa flotante, desconocida, llena de olores estraños, el movimiento de bagajes, la confusion de voces, los pedazos de frases que uno oye a los que se despiden de prisa i encargan algo a sus acompañantes, el afan de cada uno por acomodar sus maletas, la imposibilidad de ocuparse metódicamente de cosa alguna, el ansia porque todo concluya i comience a caminar el buque, la distraccion con que uno contesta a los que le hablan, la falta de coordinacion de las ideas, cierto malestar intranquilo que se sufre por no saber lo que uno ha olvidado, pero calculando que es mucho i lo mas importante; el espectáculo que ofrecen todos los que se embarcan, medio atontados i egoistamente ocupados de sí mismos, sin miramiento para los otros i sin la cortesía i buena educacion de tierra; los gritos de las criaturas que protestan contra la

estrechez i los de las gallinas, patos i gansos izados en proporciones colosales para ser comidos a bordo; la mezcla de visiones, ruidos i olores.... todo el conjunto en fin, de escenas nuevas, produce esa sensacion de soledad, de abandono, de angustia i de temor que es necesario esperimentar para conocer.

*

Allá a lo lejos se ve los buques a vapor o de vela pequeños que se llevan a tierra a los amigos, mientras uno va temeroso a reconocer el *ojo de buey* de su camarote que miró como una amenaza al acercarse al jigantesco navío, ojo de buey que no sé por qué se llama así, siendo una simple ventana que da al río o al mar, destinada a meter la luz i la fotografía del horizonte i de las olas a la celda pequeña del pasajero mareado que en la travesía pierde desde el deseo de la propia conservacion, hasta el pudor y la dignidad, cuando el buque se mueve mucho, cabeceando o rolando sobre la onda.

Llega la hora de comer (todos quieren comer haciéndose los guapos) se sientan a la mesa guardando un aflijente aplomo; la conversacion se anima entre los habituados, una que otra palabra sale tambien de los labios de los novicios, pero poco a poco una seriedad náutica va estendiéndose sobre los rostros, el bullicio se apaga, solo continúa el ruido de los platos i cada uno de los comensales, comienza a ver entre nubes i celajes a sus compañeros; ve subir i bajar al de enfrente, ponerse pálido al del lado, levantarse al de mas allá i salir tambaleando como un cadáver ambulante, en busca del aire de cubierta, para librarse de lo que no se librará en todo el viaje, de su estómago, de su cabeza, de esa enfermedad infinita que se llama mareo, jénero morboso que absorbe,

oprime, remueve i lascera como todas las dolencias juntas, como todos los pesares, como la suprema fórmula de todas las ansiedades humanas.

La conciencia de la personalidad se pierde, la vista se oscurece, los ojos miran al infinito mil vaguedades sin forma i a cada hundimiento, levantamiento o inclinacion de la casa flotante, siente uno que el universo se confunde, las estrellas bambolean, el firmamento se viene abajo i cae como una mole para aniquilar las percepciones del viajero miserable que haria de buena gana un contrato para que el diablo se llevara su alma, con tal que el buque se fuera a fondo en el abismo.

*

I luego vienen los consoladores de a bordo, los que no se marean, con sus consejos irritantes, con sus ofertas de comida, con su presencia satisfecha que parece una burla, con su pié marino, odioso para el que no puede moverse, en tanto que sobre cubierta aumenta el tendal de enfermos olvidados de sí mismos, maldiciendo la hora en que nacieron i esperando en vano un momento de quietud, por misericordia, una cesacion del vaiven eterno que el barco ejecuta sin piedad, sin conmiseracion, sin tregua ni reposo, como un enemigo sarcástico i cruel que se complace en el tormento de sus víctimas.

Con qué placer renunciaria uno a su estómago, a su cabeza, a su existencia misma, a su presente i a su porvenir, en aquel mar de sufrimientos en que se ahogan hasta los recuerdos mas queridos i las mas tiernas ilusiones.

Todo parece cambiado, cada cosa tiene gusto a otra desagradable; las sensaciones están como forradas en algodon; uno tiene el alma colchada, obtusa, negra,

oscura; el pobre cuerpo está demás; los brazos incomodan, las piernas deberian estar en otra parte, la nuca atormenta, no tiene uno frente i la lengua es un trapo espeso, pastoso, impropio para la articulacion. Si alguien viniera i recojiéndolo a uno con una pala lo echara al mar, haria una obra buena que el mareado agradeceria i encontraria natural.

El horizonte sube i baja, se ladea i simula buscar un acomodo que no encuentra i el golpe de las olas, metódicamente desordenado, sobre los flancos de la insoportable embarcacion, marca los compases del sufrimiento mas intenso, minuto inacabable, que parece una agonia sin principio ni fin, en medio de un baile de todas las cosas, atolondrada i tontamente ejecutado, dentro de una atmósfera de embriaguez envenenada.

* * *

DONDE EL VIAJERO CONTINÚA ESPERIMENTANDO LAS DELICIAS DE LA TRAVESÍA I LOS ENCANTOS DE A BORDO

Los personajes del buque desfilan como los del teatro, metamorfoseados: los que vinieron con sombrero alto i levita, tienen ahora gorro i saco.

Jamás he visto mayor colección de gorros, con orejas i sin orejas: negros, blancos, grises, azules, con visera o sin ella! Las mujeres, retiro la palabra, las señoras casadas i las niñas solteras, han cambiado esos increibles aparatos que se plantan en la cabeza, por casquetes i otros adornos que les sientan jeneralmente mal, contra su opinion! En un abrir i cerrar de ojos todas las personas que uno ha conocido en tierra o ha visto i tenido como sujetos cuerdos, aparecen con un traje que

jamás usaron i que les da el aspecto mas estraño, un poco grotesco i ridículo.

Esta trivialidad de vestirse especialmente para estar en un buque, no se esplica ni se entiende, pero es una necesidad. No le creen a uno que se ha embarcado, si no lleva la librea de a bordo i lo raro del caso es que todos, viejos i jóvenes, mujeres i niños, creen que están adorables con su nuevo traje.

Pero el primer dia no tiene uno tiempo de fijarse en estas menudencias; apenas si se da cuenta de cuántos conocidos hacen el viaje. El camarote atrae; la cama, a pesar de su estrechez i de sus almohadas cilíndricas, no sé por qué! i duras como almas de jueces, convida al reposo i uno se acuesta en ella con el cuerpo molido, el alma molida i la cabeza en torbellino, a rumiar sus recuerdos, a dejar pasar como visiones las escenas de los últimos momentos, las despedidas, los llantos, los apretones de manos mecánicos, los sentimientos sinceros, el panorama de la dársena, el pasaje de los coches que lo trajeron a ella, algun accidente insignificante que se ha grabado en la memoria porque le ha dado la gana, tal como la capa de goma del cochero con un ojal roto o un vendedor de lámparas que se encontró al paso, i sobre todo, sobre todo, bien sobre todo, a masticar con una especie de tristeza apurada, la incertidumbre del porvenir oscuro, vacilante, medio amenazador por lo desconocido i presentando como hechos hostiles, todos los que van a ocurrir en las ciudades i comarcas a las que uno se dirije i en las que las jentes estrañas que será forzoso tratar, se perfilan con una silueta enemiga, interesada, agresiva contra el estranjero sin defensa.

*

Una impresion de la mente humana innata en ella, nos hace perder el aplomo entre estraños i calcularles sobre nosotros mayores derechos que los nuestros sobre ellos. Así, la ignorancia de las costumbres nos hace suponer que toda exijencia es lejítima i toda resistencia de nuestra parte un atentado; ese falso concepto es la base de la esplotacion universal del indíjena sobre el viajero, a menos que el último sea un cumplido caballero de industria.

Todas estas ideas, cálculos, juicios, recuerdos e indiferencias, bullen en la cabeza sobre el cilindro duro que está debajo, martirizándole a uno la oreja, mientras el camarote, siguiendo las oscilaciones del buque, cabecea o rola alrededor de un eje desconocido. La onda amarga, nombre poético de esos seres fujitivos i desagradables que se llaman olas, ha comenzado a golpear los flancos del barco, produciendo un ruido de flajelacion con trapo mojado, ruido isócrono que incita al sueño pero que no deja dormir.

Las visiones, los recuerdos i las inferencias continuan pasando a compás de las olas bulliciosas; la monotonia del movimiento i de los tonos líquidos, sólo se altera por alguna voz que llega de los que aún no se han acostado o algun estremecimiento causado por cadenas que se arrastran o por la salida del hélice en una inmersion desatinada de la proa que ha metido demasiado las narices en el océano.

Los pasos cadenciosos de los guardianes sobre cu bierta, traen la noticia de que alguien vigila sufriendo las ráfagas de viento, en el silencio de la noche, mirando el horizonte oscuro o contemplando las estrellas del firmamento que caminan pestañeando su luz al menudeo, con la imperturbabilidad de los astros lejanos a quienes no

les ha llegado aún la noticia de que uno se ha embarcado i que está bien i debidamente estivado, junto con sus recuerdos, en una célula flotante i sobre una cama con costillas.

*

La noche va haciendo su camino arrullada por las olas; cada uno en su camarote pasa revista a sus impresiones, las cuenta, las clasifica i elije, como tema de sus meditaciones náuticas, las mas importantes o las que mas le muerden el corazon; regularmente las reminiscencias tiernas, las amistades masculinas o femeninas que deja, las esperanzas, las desolaciones i las dudas melancólicas que le aprietan las hojas del alma, como si fueran papeles puestos sobre una mesa, para que no se vuelen, bajo la presion de un objeto pesado.

I haciendo coro a esta falanje de imájenes, se hacen sentir inquietantes las pulsaciones de la máquina, corazon del trasatlántico, que durante cientos de horas, canta constantemente su romanza monótona: pom, pom; pom, pom; con sonidos de aire metálico, inspirando lástima, estremeciendo, deleitando i aflijiendo a los que a través del ruido cadencioso, ven el trabajo titánico de los foguistas, metidos en el infierno, acarreando carbón, arrojándolo con las palas en las bocas de las hogueras insaciables, hambrientas; i todo para que cada émbolo entre i salga como un loco envuelto en aceite, en el cuerpo de bomba i haga disparar desatinado un juego completo de manubrios que como músculos jigantescos i lucientes, dan vueltas vertijinosas, recibiendo por dósis homeopáticas, la estremauncion que una mecha embebida les suministra al paso, para traducirse al esterior, en un aleteo formidable de los hélices.

*

No sé si se duerme o se está despierto en las noches de a bordo; la vijilia parece un entresueño i el sueño una inconciencia durante la cual se percibe por fajas i a retazos los acontecimientos cerebrales. Lo cierto es que a la hora en que uno se cree despierto, lo primero que oye es el rumor del sístole i diástole de la máquina; única noticia con que uno cuenta por el momento para saber que no está en su casa. Luego el viajero, si es avisado, se incorpora i ve por la ventana el mar, igual exactamente al que dejó la víspera en el mismo sitio, salvo una que otra variacion de color que depende del cielo, de la profundidad del agua o de lo que Dios quiera.

*

Todas cuantas descripciones he oido o he leido del mar, son mentira.

El mar no tiene color ni forma determinada; alterado, tranquilo, tormentoso, con olas chicas o colosales, azul, plomizo, celeste, parduzco, verde claro u oscuro, con o sin espuma, el mar segun mi esperiencia es una grande estension de agua caprichosa, caracterizada especialmente por la ausencia de toda variacion i de toda monotonia i por la falta absoluta de pescados.

¡Qué barbaridad! van a decir los lectores, si los tengo, pero yo los pondria en mi caso i les preguntaria su opinion, despues de veinte dias de navegacion en que ni por asomo, hubieran visto alma viviente en tres mil leguas de agua, alma de pescado, se entiende.

Los que cuentan sus viajes, dicen:

«El buque es seguido constantemente por innumerables tiburones», mentira; no he visto un solo tiburon, i si no contara con mas que mi viaje para conocer a esos caballeros, no sabria de ellos una palabra.

« Se vé a los léjos las columnas de agua que arrojan las ballenas i muchas veces acompañan ellas por leguas i leguas a las embarcaciones», mentira; no hai tales ballenas; estos estimables cetáceos se han hecho notables por su ausencia, durante nuestra travesía.

« Enjambres de toninas i mil variedades de pescado acuden al costado del navío», mentira; no hai tales enjambres ni tales toninas, ni mas variedad de peces que los que uno se imajina, recordando los libros de historia natural en que estudió.

Un pasajero dijo que habia visto un tiburon, o una ballena i todos lo tomaron por loco.

A mí me pareció ridículo estar en el mar, hacer una travesía de veinte dias, detenerme en los puertos, recorrer las bahías i no ver un solo pescado, pero ni uno solo, apelo al testimonio de los pasajeros todos, cuya nómina pueden ustedes ver en la agencia de mensajerías marítimas calle Reconquista. Digo, pues, que me pareció ridículo vivir un mes casi en el mar sin ver pescados i no queriendo tener que contar tan estraordinario e increible acontecimiento, allá a la altura del dia número 19 de navegacion, pedí una caja de sardinas, llamé a todos los pasajeros, procedimos a abrirla con toda solemnidad i fueron esas exelentes i populares conservas, los únicos pescados que vimos en el océano Atlántico.

*

En cambio el mar inmenso, infinito, asombraba i entristecia con su inacabable estension; el mar siniestro durante la noche, alegre i chispeante en las horas del día, luminoso i fresco a la madrugada, amontonaba sus olas alrededor del buque, dejándose hender por la quilla en el rumbo elejido hacia el horizonte que hilvanado al

cielo i haciendo causa comun con él, no daba señas de concluirse jamás.

De tiempo en tiempo una onda mal humorada se quebraba en la borda i salpicaba con su cabellera desmenuzada la base de los mástiles, rociando la cara de los paseantes de cubierta, algunos de los cuales llegaron a probarla, encontrándola salada, lo que no es raro. Pero si lo es, que a la Divina Providencia se le haya ocurrido disolver tanta sal en uno solo de los elementos de la naturaleza i se le haya olvidado enteramente echar un poco siquiera en ciertos comestibles, que bien lo han menester, tales como los huevos, por ejemplo, a los cuales yo a ser Dios, les habria puesto una buena cantidad, con gran solaz i contentamiento de los hombres afectos a comerlos fritos, escalfados o pasados por agua.

Demás está el decir que con tal comportamiento habria quizá podido dejar potables las aguas de algunos mares, vista la enorme cifra de huevos que hoi consume la humauidad.

Algun defensor de estas irregularidades o estravagancias de la naturaleza, podria tal vez objetar que la sal en los huevos seria perjudicial a los futuros pollos, pero esa objecion se contesta con esta observacion admitida por todas las academias del mundo: que a los pollos, para comerlos, tambien hai que echarles sal.

Nadie tomará a mal, supongo, esta pequeña disidencia entre el autor de los mundos i yo, viviendo en un país demócrata que consagra la libertad de conciencia, el voto popular i otras yerbas. Debo confesar, sin embargo, i por via de disculpa, que a nadie se le puede juzgar por un detalle i que si el Creador del Universo fué poco previsor al hacer la distribucion del cloruro de sodio i cometió otros errores, tales como no ponernos

uno o dos ojos en la nuca que tan útiles nos serian, i hacer llover en el mar, lo que es realmente una tontera, en cambio ha hecho otras cosas que son mui agradables i mui buenas; la relijion, por ejemplo, i las ostras frescas!

*

Bien visto, embarcarse es una temeridad, pero una vez a bordo nadie piensa en el peligro que corre, quizá porque ese peligro es de cada momento, de cada segundo. El buque puede hundirse por mil causas, incendiarse, perder sus velas o su máquina. El comandante, jefe absoluto, puede volverse loco, el piloto equivocarse i estrellarnos contra las rocas, la tripulacion rebelarse i emprenderla con los pasajeros. No sé como no se muere uno de miedo, al calcular que si cae al mar es irremediablemente perdido, ya sea porque se ahogue, pues de nada le serviria nadar aunque pudiera, una, dos o mas leguas, que no son distancias apreciables en la inmensa estension, ya porque se lo coman los voraces carnívoros que habitan, segun dicen, el líquido elemento, caso en el cual seguro está cualquiera de pasar un mal rato, visto que ni la esperanza le quedaria de ser conservado como San Jonas en el vientre de una ballena, pues por los tiempos que corren las ballenas calvinistas, luteranas, o simplemente librepensadoras al parecer, no prestan el menor concurso a la confeccion de milagros.

Ya me veia yo a brazo partido con un cetáceo colosal por esas olas de Dios, cuando me imajinaba que caia en el mar.

*

Una noche sobre todo ¡qué espanto!

El viento habia comenzado a soplar fuertemente desde

por la tarde. « Ha refrescado un poco » dijo el comandante. ¡Maldito vocabulario de estos marinos! llaman refrescar un poco cuando el buque anda dando tumbos, sacudido por las olas i los pasajeros como pelotas, de banda a banda, renegando contra los fenicios que inventaron la navegacion i contra el sandio que aplicó el vapor a la tortura del mareo.

Durante las primeras horas de la noche continuó *refrescando* i a eso de las doce el refrescamiento llegó a tal grado que no habia a bordo cosa con cosa. Bien acuñado por varias pilas de almohadas, tramitaba yo el escaso pedacito de sueño que las circunstancias me permitian, cuando llegaron a mis oidos los clamores de los pasajeros, los llantos de las criaturas i los juramentos de los marineros.

El buque estaba domando un caballo salvaje; el mar hecho una furia lo alzaba en la montaña de sus olas i lo hundia repentinamente en el abismo. El cielo estaba negro como una casa mortuoria, el huracan silbaba en las cuerdas, la armazon del casco crujia i se quejaba como un agonizante martirizado.

Las aguas trepaban sobre cubierta i se estrellaban en las ventanas circulares de los camarotes que con sus gruesos vidrios i sus formidables cerrojos, apenas resistian al empuje desenfrenado. Un combate violento se empeñó entre el barco i el mar; la punta de los mástiles parecia a veces prepararse a ensartar las masas líquidas que los atropellaban; mil trombas juntas semejaban haberse dado cita para destrozarlo todo; el hélice jiraba en el vacío fuera del lugar de su trabajo, modulando tonos ásperos i huecos; los fuegos de las hornallas amenazaban apagarse; las olas convertidas en arietes atronaban con sus golpes furibundos i tre-

pando sobre la borda, parecian asomarse a mirar por todos los resquicios cuánto pasaba en los compartimentos.

Los animales en sus jaulas lanzaban gritos aflijentes anunciando el fin de sus dias. El terror estaba pintado en todos los semblantes; el comandante i los oficiales permanecian mudos i sordos ante las preguntas de los pasajeros.

*

La bodega estaba casi llena de agua, las bombas de vapor i de mano hacian un trabajo estéril; la tormenta habia venido de sorpresa i no dió tiempo a cerrar las bocas de carga; el agua entraba hasta por los ventiladores de las máquinas; dos o tres hombres habian sido barridos a la mar. Todo rujia, golpeaba, crujia, silbaba, tronaba en tanto que el barco bailaba una danza espantosa en medio de la triste i repentina trajedia. Ni un átomo de luz en el horizonte, ni un segundo de reposo en el mar que parecia recibir refuerzos por momentos, al mismo tiempo que cada soplo nuevo del huracan anunciaba que el grueso de la tormenta venia en marcha.

Ni una chispa luminosa en el firmamento, ni el pretesto de una esperanza en el alma.

*

Contra la borda los marineros en medio de la borrasca que los entorpecia i los cegaba, se afanaban en preparar los botes i aparatos salvavida; la oscuridad era intensa, las linternas a pesar de sus reflectores, no alcanzaban a disiparla; sus rayos penetraban apenas algunos centímetros, disolviéndose en seguida en la compacta espesura; la noche densa se los tragaba sin dejar ni la penumbra. Todo se hundia, vacilaba, claudicaba

en un ambiente helado, negro i fantástico. Los preparativos, los ruidos, los sacudimientos, los esfuerzos de la máquina i la lucha del pobre timon estropeado, los jemidos de los cables i el aleteo de los jirones de velas; todo en fin aterrorizaba en aquel lamentable escenario.

Las horas pasaban en mortal zozobra i todo continuaba golpeando, tronando, silbando, rujiendo como mil fieras enjauladas i celosas.

Todo estaba roto, descompuesto, inobediente, comenzando por el timon i concluyendo por la brújula.

*

A alguien se le ocurrió rezar, i a la luz de una lámpara ahorcada como un ajusticiado i columpiándose en estensas oscilaciones, se arrodillaron los pasajeros i encomendaron su alma a Dios.

Al levantarse, un terrible estallido, semejante a la esplosion de una granada colosal los dejó estáticos, un grito de espanto se oyó en seguida, las mujeres comenzaron a llorar abrazadas de sus hijos, hermanos i parientes.

La lámpara dió su último columpio i haciéndose pedazos en su caida dejó de alumbrar el recinto; todo quedó en tinieblas.

....
....
....

El comandante, un agradable caballero instruido, que conoce los mares como la palma de sus manos, porque ha viajado en todo el mundo, hombre sereno i contenido, bajó al recinto donde estaban reunidos los pasajeros. Su aparicion nos alarmó aun mas; se le notaba conmovido i a pesar de sus esfuerzos; la inquietud estaba pintada en

su rostro. Con voz un tanto temblorosa nos dijo: «Es necesario que cada uno tome en su camarote los objetos de mas valor o que quiera conservar i los asegure contra su cuerpo, bien atados; vamos a embarcarnos en los botes, porque el Orenoque está en peligro»..... Nadie puede imajinarse el efecto de semejante noticia. Los pasajeros obedecieron la indicacion silenciosamente, el recinto quedó desierto; afuera el rumor de la tempestad continuaba, uniéndosele el ruido de los preparativos para echar los botes al agua. Pronto todo estuvo listo, fuimos llamados a la cubierta para pasar a los botes como pudiéramos. Las pequeñas embarcaciones subian i bajaban al costado del buque golpeando sus flancos i tironeando las amarras; era imposible trasbordarse sin riesgo de la vida. Los marineros comenzaron a tirar a los botes los pasajeros como si fueran objetos; primero las mujeres, despues los niños, que eran barajados por sus madres.

*

En los momentos de grande peligro una especie de inconciencia estoica se apodera de uno, de lo que resulta un semi aplomo salvador con que nos dota la divina Providencia, que para algo ha de servir. Cada padre, madre, marido, hermano o pariente veia pasar volando a su hijo, su mujer, su hermana o su amigo, del buque al bote, arrojado por un marino i recibido por otro, sin aparente conmocion. Los ojos estaban secos, el pecho oprimido, los semblantes pálidos, la sangre parecia haberse retirado de los capilares para buscar refujio en el interior de las entrañas. Una orquesta de rumores sordos, de golpes i de estremecimientos acompañaba las angustias estremas en el confin de la vida. La trajedia era interesante, cada uno habíase convertido en el espectador de su pro-

pio desastre i del de sus compañeros. La imajinacion que siempre está fotografiando, aun en la cabeza del que sube al cadalso, recojía las escenas fantásticas de ese embarque temerario, en el que se veia a los que ya estaban en los botes, tan pronto a la altura de los mástiles como al nivel de la quilla del navío.

*

Cuando me tocó mi turno quise pasar aprovechando un momento en que el bote se ponia cerca de la borda; no acerté a hacerlo, mi pié encontró el vacío i luego sentí una presion espantosa en la rodilla que habia sido tomada entre las dos embarcaciones.... despues, como entre sueños, sentí el ruido de un cuerpo que caia en el agua, mis ojos no vieron mas que sombras, me helaba, me moria.... me ahogaba. Probablemente me desmayé.... Un terrible campanilleo resonó en mis oidos! El timbre me pareció conocido!.... ¡Llamaba a tomar el te un mozo del comedor, campanero mas diestro que Cuasimodo!

¡Cómo! me dije ¿tambien dan te en el otro mundo? pues no podia comprender que las escenas tan vivas de la tormenta no fueran reales.

*

La máquina seguia con su mónótono compas, cantando por lo bajo su ópera eterna i anunciando que no habia cesado de andar en toda la noche. Una brisa lijera entraba por la ventana, el mar continuaba cosido al horizonte; ningun buque estaba a la vista i un mundo de almohadas comenzó a llover de mi camarote.

Al fin i al cabo habia visto una tempestad siquiera en sueños, para que la uniformidad del viaje, con menos accidentes que haya habido, fuera destruida.

1889.

CHAICA I CIKAIA

Del cómo y del porqué escribí yo en mi tesis sobre el Hipo cierto párrafo acerca de las rubias, i la conexion de este asunto con las carreras de Moscow.

....

El caballo de nuestro conocido se llamaba Chaica, que quiere decir cigüeña u otro pájaro canilludo de esos de laguna, con pico largo i aire melancólico. Item mas, Chaica no era caballo, sino yegua, una yegua de cabeza chica i descarnada, patas i manos finas como las de una dama distinguida, ojos vivos, delgada de cuerpo, esbelta i aire entre resuelto i modesto. Chaica era un animal simpático; así nos pareció a lo menos al verla aparecer en la pista yendo i viniendo, en esos preparativos interminables de las carreras, mui esplicables para los entendidos e interesados, pero mui aburridos para el público.

La pobre Chaica tenia que saltar mas de veinte obstáculos en tres vueltas del circo; era un exeso. Cada dia los aficionados a las carreras se hacen mas salvajes. En Béljica hacia pocos dias que dos oficiales de los mas distinguidos se habian roto el pescuezo, quedando muertos en el hipódromo; sus cuerpos fueron levantados i las carreras continuaron ante los diez mil espectadores, como si nada hubiera sucedido.

Felizmente para la moral i la cultura, el gobierno belga ha prohibido las carreras ultrapeligrosas. Entre tanto, en otras partes se intenta, dicen, hacerlas todavía

peores, llegando en el camino de las locuras, hasta pensar en esparcir hojas de col en la pista tras de cada obstáculo para que los caballos resbalen i manden al diablo a sus jinetes, yendo ellos mismos a parar al otro mundo, con permiso del padre Astete, quien no admite la inmortalidad para los brutos.

Sin embargo, en este caso, difícil le seria al Padre Eterno saber cuáles eran los brutos, si los caballos, forzados a descuartizarse, o los hombres, inventores de tales atrocidades.

La carrera de Moscow no era mui peligrosa; los obstáculos, si bien numerosos, no ofrecian nada de estraordinario, sin ser por eso un juguete.

De quince competidores apuntados, sólo cinco se presentaron; animales de raza tambien, i dignos de luchar con Chaica. La carrera comenzó bien para la yegua de nuestro amigo; pero a la mitad un caballo negro pasó adelante. Antes de concluirse, cayó uno de los jinetes, sin saberse porqué, en el espacio entre dos obstáculos. Chaica entró segunda despues de haber saltado sin dificultad las barreras.

Grandes aplausos en el palco. El caballo vencedor, segun la costumbre rusa, debe ser paseado por su dueño a lo largo de la línea de espectadores. Así se hizo en todas las carreras.

Los dueños, con un aire modesto, sombrero en mano, para contestar los saludos, i llevando a su caballo de la brida, caminaron de ida i vuelta por delante de la tribuna.

No fué mui bullicioso el entusiasmo, pero sí mui verdadero; las niñas i señoras no economizaron sus aplausos.

*

Una jóven que con otras ocupaba un palco, junto al nuestro, mostraba tener sumo interés, por los caballos creo, no por los jinetes; aplaudia a veces vigorosamente o dejaba caer los brazos con desgano, segun los accidentes de la carrera. Yo me entretuve en mirarla i veia las escenas del hipódromo a través de las impresiones de la niña, embellecidas como las imájenes de un espejo.

De pronto me asaltó un recuerdo: «Yo he visto antes esa cara—pensé;—¿pero dónde? Ya caigo; en mi tierra, en mi barrio. Es Filomena, la de mi tesis...» I en un instante, con aquella rapidez del pensamiento que concentra diez años de vida en un segundo, sin dejar un detalle, ví una época entera del pasado, que contada pareceria una eterna digresion en este sitio, pero que en mi mente sólo fué un relámpago...

«Eva brota en la tierra con el cielo por techo i la yerba por alfombra. Su larga cabellera, rubia como el oro, cae en ondas sobre sus hombros mórbidos i jugando con el viento, descubre, de tiempo en tiempo, lampos de carne blanca como la nieve i ardiente como el sol.

«Sus besos son sabrosos i sus miradas, de ternura i de pecado; los efluvios de su pasion recien despierta inducen i contajian las ondulaciones de su deleite interno, reflejando sobre su propio seno los estremecimientos de un desmayo.

«Ella es la cuna del linaje humano que se renueva regada por su sangre, i en sus ojos serenos i en sus labios amantes, tiene luz i calor para protejer, en este mundo frio, el cuerpo endeble del recien nacido.»

¿Eran estos los párrafos de mi tesis? No podia ser. ¡Cómo me habria yo aventurado a presentar tales atrevimientos ante académicos provectos, castos i relijiosos!

Mi memoria no me era fiel, sin duda. Yo solia recitar

mis párrafos inoportunos con cierto amor propio de literato novicio i desvergonzado; i ahora los desconozco. Quizá el sentido era el mismo en el orijinal... pero ¿la forma?... Hé ahí los inconvenientes de andar uno sin su tesis (preconizo esta observacion filosófica ante los viajeros).

*

Eva... yo la puse Eva a causa de la Facultad, pero era Filomena... vivia en la calle de... un jeneral cualquiera sud-americano, héroe por lo tanto... cerca del hospital.

Señas particulares: edad, diecisiete años; manos mui grandes, como las de todas las mujeres lindas que yo he conocido; pelo rubio; ojos azules mui oscuros; cejas i pestañas pobladas i de un castaño intenso, casi negro (contraste adorable); boca i todo lo demás como para satisfacer cualquier ambicion. Sólo el nombre me incomodaba un poco; Filomena... ¡Un error irremediable en su bautismo!

Yo tenia por ella una de esas pasiones irracionales de los veinte años, caracterizada por las equivocaciones siguientes:

Ella era una mujer exepcional.

Me adoraba.

Habia fidelidad en este mundo.

Mi amor para ella no tenia límites.

El mismo duraria eternamente.

Si ella faltara se acabaria el universo.

La vida sin ella era incomprensible.

Yo no debia dormir ni comer a causa de ella.

Era justo que yo trotara leguas con ella.

Soñaba con ella, deliraba con ella.

Ella estaba para mí en todas partes, hasta en el anfiteatro.

Si asomaba la cabeza al broquel del pozo de mi casa, la descubria en el fondo; i si miraba al cielo, Canope, Saturno, Júpiter, Cirio, Aldebaran, la Cintura de Orion, Xy-Tucana, Alfa-Centauro i hasta las Osas mayor i menor, me parecian Filomena.

Le dedicaba todos mis pensamientos, i en mi manual de terapéutica puse su nombre entre los modificadores mas eficaces del sistema nervioso.

¡Si estos no son los síntomas seguros de la enfermedad conocida con el nombre de *amor verdadero,* venga Dios i lo diga!

Con tales antecedentes, ¿cómo iba yo a dejar de consignarla en mi tesis?

Era difícil, sin embargo, hacerlo, tratándose del Hipo, accidente respiratorio, i de Filomena, cuya tocaya, la santa de su dia, no murió de semejante afeccion, sino de síncope, en un concierto de aficionados, segun lo llegué a saber en el curso de mis investigaciones para hacerla figurar entre mis casos prácticos.

Por suerte, Eva fué mujer i lo probó suficientemente; i aun cuando segun mis cálculos, por el hecho de vivir a la intemperie, nuestra fecunda madre debió ser una india bastante morena, de cabello negro, duro i ordinario, como yo la necesitaba esquisita i delicada, la hice blanca, rubia, débil, sensible, sujeta a las enfermedades propias de su temperamento i una vez en este camino, poco me costó encontrar antecedentes para suponerla histérica (recuérdese el asunto de la manzana) i el histerismo como se sabe... etc., etc., de ahí el hipo, naturalmente..... i la rubia de mi barrio entró triunfante en mi tesis con todo lo que yo quise inventarle.

*

Mas tarde, ¡pobre Filomena! renunciando a los idealismos de un amor universitario, platónico e intranscendente, se casó con un estanciero del sud, buen hombre, casi analfabeto, exelente por lo tanto, para marido, i ahora tiene once hijos, uno de los cuales debe llamarse Eduardito, si la pérfida conserva en su corazon un átomo de nobleza i de gratitud para el estudiante que le consagró su afecto sincero i el párrafo mas arriesgado de su ultimo exámen.

Su notable semejanza con la jóven rusa, vecina del palco, me hizo evocar su imájen i su pequeño romance. Era ella misma trasmigrada; habia olvidado su idioma i sus amigos, los años no habian pasado i nada mas. Ya no me conocia, i yo, al verla trasplantada i desposeida de su propio ser, sentí una compresion mortificante.

¡Qué encantos tiene una mujer que se parece a otra!

*

Pero dejando a un lado locuras i fantasías, dígolo injénuamente, no esperaba encontrar en el centro de Rusia una criatura tan linda i tan graciosa. Para que nada le faltara, sus hermanas eran feas; hermanas digo, refiriéndome a sus compañeras de palco, por estas razones: por ser parecidas a ella como una criatura a un retrato, por tener las orejas iguales (entre los hombres como entre los perros el parentesco se hace patente en las orejas), porque el timbre de su voz era semejante i en fin, por la similitud de los trajes; las tres estaban vestidas de verde, pero el verde de la bonita era un verde... ¿cómo diré?... era el verde de ella; los colores cambian de color segun la belleza de la mujer que los lleva.

Tenia un vestido alto; no mui alto, sin embargo, pues dejaba ver bien el cuello i unos cuantos centímetros cua-

drados del pecho; un pecho blanco, lleno, duro, sin poros, satinado, como papel de tarjeta.

La angosta cinta de terciopelo que limitaba el corte del vestido en las peligrosas vecindades de su cuello, parecia tener miedo de tocarle la carne i a cada respiracion se levantaba en pequeñas ondas, dejando adivinar una cavidad llena de perfumes; sí, llena de perfumes, porque despues, cuando la cinta bajaba, al acercarse el jénero al busto de la jóven, un efluvio humano, femenino, de vitalidad abrigada, se escapaba del espacio entre el seno i la ropa, viniendo a marear a los vecinos del palco.

Nosotros entre tanto no habiamos ido al hipódromo a mirar a la preciosa criolla, si no a ver las carreras. Ella parecia saber que gustaba i una vez advertida del hecho, por aquella facultad que tienen las mujeres de adivinar cuando son miradas, su amor propio halagado la puso todavía mas linda. Un hoyito, no visible en un lado de su boca mientras estaba seria, se mostró mui acentuado desde que comenzó a sonreirse i como por encanto, unos dientes chiquitos, brotando unidos de las duras encías, iguales, chiquitos, blancos, cubiertos de un brillo acuoso como si hubieran sido bañados en leche, afilados i nuevos, prontos a morder todas las frutas sabrosas de la tierra, se entregaron a la tarea de exibirse al menor pretesto.

¡Qué capricho! Si yo fuera uno de esos dientes, preferiria quedarme escondido dentro de su boca, rogándole que se mantuviera bien cerrada, para no perturbar a los mortales!

Sus labios no eran precisamente unos labios clásicos; eran semialdeanos, pero refinados; algo gruesos, totalmente forrados en una hoja de rosa ténue, con humedad de rocio; bien cortados, eso sí, en curvas voluptuosas de

sensualidad distinguida. No se comprende cómo puede haber tanta seduccion en una línea curva, porque al fin i al cabo la curva que marca el corte de la boca de un maestro de escuela i la de una boca femenina de cualquier mujer hermosa son, en cuanto a curvas, esencialmente iguales: ¿por qué no preferir la del maestro de escuela?

*

No quiero entrar a describir minuciosamente las facciones de la famosa rubia moscovita, porque cada uno de ustedes ha de creer que describo las de su novia, de su amada o de su mujer, i aquí toco los límites de lo inverosímil; pero les ruego se sirvan tratar de representarse una fisonomía de jóven basándose sobre los siguientes datos si quieren tener una buena vision:

Ojos azules enormes, tardan un dia en abrirse para mostrar en el invernáculo de su pupila oscura, un almácigo de ternuras; gallardamente estendidos dos arcos poblados, largos i finos como límite superior de una frente no mui alta, limpia, cubierta con piel suave, blanca, semisonrosada; una frente melancólica (no sé cómo puede haber frentes melancólicas, pero las hai); una boca, no dos, alegre, risueña, un tanto burlona i a partir de la frente, un trigal de cabellos de inconmensurable abundancia, donde podria perderse una manada de elefantes.

Además la muchacha se llamaba Cikaia... Para tener la audacia de llamarse Cikaia se necesita ser realmente linda i Cikaia, lo juro por esta cruz, lo era tan de veras, que su existencia en este mundo constituye un anacronismo, pues a tener buen gusto el Padre Eterno, la habria llevado al cielo en calidad de ama de llaves.

Un tonto, que a mí me pareció mui desagradable, un

primo cualquiera, entró al palco de la jóven i tuvo la osadía de tomarle la mano i besársela allí, delante de todos, a nuestras barbas, so pretesto de ser esa una costumbre rusa. Además, el maldito no dejaba de llamarla Cikaia arriba i Cikaia abajo, como si ese nombre hubiera sido hecho para él solo.

I la mui descocada de Cikaia, bañándolo con su mirada azul i sonriéndole con la mitad izquierda de su boca (un rinconcito delicioso formado por los estremos irritantes de sus labios), emitia a cada momento unas palabras silbadas que debian tener muchas eses o querrian decir probablemente *sí,* a todo cuanto el bandido proponia.

Concluidas las carreras, la misma Cikaia cometió todavía la torpeza de tomar el brazo del joven, apoyarse en él fuertemente, inclinar la cabeza sobre su hombro i ponerse a hablarle al oido, siempre con un monton de eses, i poniendo una cara de querubín que Dios confunda!

Mis compañeros de palco quedaron literalmente *tantalizados;* recomiendo el nuevo verbo a esos dos caballeros que están peleándose en Buenos Aires por saber si los sud-americanos tienen derecho de inventar palabras para enriquecer la lengua castellana.

*

Con la desastrosa retirada de Cikaia, no se habló mas de Chaica, de oficiales rusos, de saltos, ni de carreras. Los cerebros habian quedado poblados de Cikaias rubias i ajenas (llamo la atención sobre esta última calidad).

1889.

SUEÑOS I VISIONES

Para ir de Moscow a San Petersburgo, es mejor tomar el tren de noche porque así se tiene dos ventajas: no ver los letreros inintelijibles de las estaciones i soñar durante el viaje.

¡ Qué deleite dormir a razon de sesenta quilómetros por hora, interrumpiendo el sueño metódicamente, despachándolo por entregas, distribuidas en las estaciones de la via, con derecho de suspender la edicion; despertándose en cada parada, como los molineros cuando cesa de andar el molino, o como los poseedores de relojes mete-bulla, norte-americanos, cuando el péndulo deja de entonar apuradamente su tictac.

Dormir soñando, adormecido a medias por el soplo ruidoso de la máquina i el fragor de los rieles, sorprendidos en su quietud por el brusco atropello de los vagones; dormir vareando las distancias como si uno las recorriera en un desmayo atado al lomo de un caballo furioso; pasar la noche en ese estado de percepcion oscura, no sabiendo quien es uno mismo i viendo desfilar los amigos de la patria lejana i los objetos confusos de los paises recorridos, juntando tiempos separados i ajustando hechos sin posible ensambladura.

Las caras de las jentes aparecen i se borran, risueñas, adustas, enojadas, indiferentes, sin saberse porqué. Unos dan vuelta la espalda i se van sin motivo, otros hablan,

entran, salen, llevan i traen muebles, papeles, bastones, paraguas i el tren se detiene otra vez, la falanje desaparece, se oye pasos i voces en el anden de algun pasajero que sube o baja; uno se da vuelta en su cama jirando sobre su propio eje para no caerse, recoje la frazada roja, transparente e inútil para el abrigo i cuando vuelve el tren a estremecerse, ántes de soltarse como un loco a través de esos campos de Dios, revolcándose en las cintas de hierro interminables, uno se acomoda para emitir otra série de sueño hipotecario.

I vuelven los personajes a pasar con la misma cara de ántes, haciendo las mismas cosas sin motivo, sin razon i sin propósito, como fantasmas que son.

*

Si no fuera por los sueños miéntras duerme i por las fantasías del cerebro miéntras cree estar despierto ¡qué pronto se olvidaria uno de todos! La noticia de las personas queridas no basta para mantenerlas vivas en nuestra mente; es necesario evocarlas, verlas o soñarlas.

La prueba fisiolójica resulta de la observacion siguiente: hace diez años que usted no ha visto a un amigo suyo con quien mantiene correspondencia; las cartas lo instruyen a usted del estado de los negocios, de los asuntos de familia, de los chismes acreditados i de mil otros hechos importantes; le dejan ver tambien la decadencia de las afecciones en la disminucion del testo i la conformidad con su ausencia, en la eleccion de las espresiones, ya mas frias i reglamentarias. Todo esto es noticia, noticia pura, incapaz de darle la sensacion del amigo i en prueba de ello, cuando usted piensa en él, no lo vé a través de los datos tras-

mitidos en diez años, sinó exactamente como lo dejó, de la misma edad, con el mismo vestido i la misma fisonomía.

Por eso no son buenas las ausencias largas; uno conserva en la mente la última vision i miéntras tanto los años han trabajado i el amigo que usted dejó jóven, amable i feliz, es ahora otro hombre, casi un estraño. El primer encuentro de dos personas que no se han visto en mucho tiempo, es siempre agresivo; las dos se encuentran chocantes i desagradables.

Donde se puede ver este fenómeno con vidrio de aumento es en un corral de gallos, pollos i gallinas. Si imitando a los muchachos, uno les pinta la cabeza con carbon a dos pollos hermanos, ántes mui amigos, i los pone en frente así pintados, los dos se acometen i el combate se empeña sembrando plumas inocentes en la arena.

Una vez me detuve en la calle con un médico, jóven todavía i no mal parecido, pero tenia la fisonomía descompuesta i aire huraño.

—¿Qué hai le pregunté?—Ves aquella mujer? me dijo—Sí la veo, pero, no es una mujer; es una vieja gorda, repuse—Pues oye... ¡fué mi novia hace ocho años, i estoi espantado i temblando de miedo retrospectivo, al pensar que si me hubiera casado, eso seria ahora mi mujer... i te juro: era bonita i yo la queria mucho; estuve loco por ella... mira si me caso!

Ahí concluyó la conversacion.

*

Pasó el recuerdo traido por no sé quien a mi cerebro en media Rusia, a las dos de la mañana, rodando en el vagon, abrigado por el calorífero en sustitucion de cobi-

jas; los pollos con la cabeza pintada i la novia del médico, se fueron al horizonte lejano i otras visiones aparecieron, en tanto que el tren corria blasfemando rumores en el camino desierto.

Un caballo bayo, de sobrepaso, flaco i apesadumbrado, en el cual vine de Humahuaca a Tucuman, cuando me mandó mi padre al colejio del Uruguai, hizo de repente emerjéncia en mi fantasía. Me vi a mi mismo en una posta abrazando el pescuezo del pobre animal i en mi inesperiencia de la vida, llorando de pena al verlo cansado; la distancia era larga, los caminos malos i para colmo de desventura, las mulas de los otros eran vigorosas i estóicas. En cambio yo no castigaba a mi caballo nunca, limitándome a hacerle amonestaciones i razonando con él acerca de la necesidad de seguir a par de las mulas, por amor propio, aunque mas no fuera!

*

Otra parada, otro despertar, otra vez los estremecimientos del tren para marcar el compás de sus rumores, i otra somnolencia para tomar el hilo de las caprichosas fantasías.

Ahora no es el caballo sino la aparicion de una criatura, jugando a las muñecas; es una hermanita que tuve allá en el amanecer de mi vida i que murió de fiebre tifoidea. Era mui blanca i mui viva, no bonita, pero sí graciosa; no la vi muerta; me acuerdo sólo haber entrado el dia ántes de la catástrofe en una sala grande sin muebles, haberme acercado a su cama i oyendo un estertor, haber pensado «está durmiendo» Le toqué la frente, con mi mano fria hasta el puño, porque las mangas de mi único saquito eran cortas, todavía las veo; la frente quemaba. No sé qué mal estar indefinible esperi-

menté; pero me distraje mirando una vírjen cataléptica de yeso que habia en la rinconera. Despues me fuí a jugar melancólicamente i como quien desempeña una tarea. El único grande, inmenso, imborrable pesar que he tenido en mi vida, el solo realmente verdadero e innolvidable; el único para el cual no encuentro ni encontraré jamás consuelo, es no haber hecho cuanto se le antojaba a mi hermanita i no haberle dado todos mis juguetes, sin dejar uno, i toda la fruta i todo el pan que me daban a mí. I si alguna vez aspiro a creer en la otra vida, es por ver a mi hermanita i pedirle perdon de haberla contrariado en esta.

La seccion de mis sentimientos relativos a esta criatura, es realmente de una delicadeza morbosa; no puedo conformarme con su muerte, a pesar del tiempo trascurrido, mas de treinta años, i no le perdonaré nunca a la Divina Providencia tan inútil crueldad, con la cual me dió, desde entónces, una triste idea de su justicia.

Todas las demás torpezas del destino me importan poco, no me hacen peso; tengo hombros para levantarlas i un idealismo fatalista i descreido para ponerlas a un lado... pero la muerte de mi hermanita no; eso jamás.

*

Ya debemos estar cerca de San Petersburgo.

El dia, un dia blanco i ruso comienza a filtrar por los vidrios, colándose por los intersticios del tejido de las cortinas. Una afmósfera de madrugada, alba i húmeda, ilumina con su luz fria el cielo metálico de plata deslustrada, sin nubes ni espacios azules.

La yerba amarilla de los campos no quiere levantarse tan temprano, los árboles parecen caballeros de capa i

espada, que han pasado la noche al pié de la ventana de su amada, cantándole serenatas, arrebozados en sus hojas ateridas.

Algunos semejan pájaros de laguna con la cabeza metida debajo del al' i el cuerpo oscilando sobre sus canillas infinitas, mecido por las ráfagas del viento. No se vé todavía ningun *mujic* (paisano ruso) pero los mujic no tardarán en salir con unos sobretodos que les llegan hasta los talones i unas botas que les suben hasta las orejas, a cuidar sus reducidas tropas de caballos, vacas i ovejas familiares.

Ya van tomando aspecto urbano hasta los postes del telégrafo; ya se presentan mas llenos de hilos i de letreros.

«Petersburgo», anuncia por fin el guarda-tren i nosotros esperimentamos esa sensacion penosa propia de toda cosa que concluye, aunque sea una mortificacion.

En cambio comenzamos a esperimentar la delicia de un fresco razonable, que no autoriza por cierto esos vestidos de pieles usados por los rusos, sin motivo, a lo ménos en el mes de Setiembre, época en que nosotros andábamos en cuerpo, quizá gastando el calor absorbido en los veranos; i gozamos con el contacto de un aire blanco, ténue, puro, que parece frotado hasta el bruñido por alguna mano celestial de una doncella rubia enorme, acostumbrada a servir a los dioses; un aire cristalino, si se me permite la espresion, recien nacido en el seno de una alba jóven, bien provista de senos abundantes en fluido etéreo; aire que da gana de beberlo, que refresca la boca al aspirarlo i va con su oxíjeno comprimido, a rejenerar los glóbulos de la sangre, que oprime con su tension suave los tejidos i baña el cuerpo con sus frescuras matinales recojidas en los remotos

horizontes; un aire alegre que convida a vivir i cuyo contacto deja la sensacion de la limpieza, llevándose los efluvios de los cuerpos i esparciendo la vida sobre los rostros, como si con sus alas livianas estendiera en ellos los colores perfumados de la juventud!

Si el aire de San Petersburgo no queda contento, que busque otro apolojista!

1889.

CONSTANTINOPLA

La ciudad en la parte de Pera es una mezcla estraña de civilizacion i de barbárie. Léase sino la lista de lo que se ofrece a la vista de cualquier espectador:

Tiendas lujosas i casas de moderna arquitectura;

Cuevas sucias en que guisa o frie pescado un turco o no turco, sentado sobre sus piernas;

Carruajes ricos tirados por cuatro caballos;

Sillas de mano, llevadas por sirvientes estrafalarios i ocupadas por mujeres cubiertas hasta los ojos;

Trechos con veredas anchas i bien construidas;

Largas distancias, sin el menor rudimento de vereda;

Adoquinado parejo i nuevo;

Escalones en las calles, hechos con piedras esféricas i mal colocadas;

Individuos andrajosos;

Mujeres vestidas de seda, arrastrando sus túnicas por el barro;

Toda la poblacion obliterando las calles;

Millares de perros, metiéndose entre las piernas de los transeuntes o acostados en las puertas;

Grandes i dorados letreros en las paredes i en las vidrieras;

Ausencia total de numeracion en las casas o aparicion de una cifra caprichosa en cualquier parte;

Oscuridad completa en una seccion de calle;

Iluminacion refuljente, con velas i faroles en otra;

Ningun ajente de policía o municipal, en la vía pública;

Confusion de vehículos, hombres i animales en parajes estrechos;

Regular espacio entre vereda i vereda, en una parte de la calle;

Casi conjuncion de las casas situadas frente a frente a los pocos pasos de la estrema anchura, en la misma calle.

Un edificio que se vá hasta las nubes;

Una série de viviendas mal remendadas con puertas de un metro de alto;

Vendedores de todo i compradores de todo, jente apurada, jente inmóvil; la indolencia al lado de la mayor actividad; rusos, turcos, chinos, ingleses, paraguayos, negros; todas las razas juntas con los vestidos de todas las partes de mundo; gritos, ahullidos, golpes, sonajas, relinchos, bueyes, caballos, loros, cabras, gallinas i pavos, criaturas, perros, por todas partes perros; guitarreros i otros músicos ambulantes; arreadores de burros i otra vez perros; perros lanudos, grandes, chicos, sin cola, con cola, corta o larga, galgos, podencos, pelados, de agua, falderos, cabreros, sanos o enfermos; perros cojos, heridos, flacos, gordos, sin orejas, con orejas paradas o caidas; i cada persona, objeto o animal atropellando al vecino para pasar e ir no sé a dónde.

*

¡Qué efecto curioso en el ánimo del recien llegado! no sabe donde fijar su atencion, ni tiene tiempo de observar

nada en su tránsito, pues juzga imprudente pararse donde todo camina sin espacio para moverse !

Una idea se suscita al ver ese enjambre en ebullicion. La muchedumbre que llena literalmente toda la luz de la calle, hace el efecto de una poblacion recien desembarcada en busca de alojamiento.

Aquí no parece haber miseria, sino abandono i descuido ; hai una laboriosidad indolente que se escapa a todo análisis. Al considerar la cantidad de comida espuesta a la vista i preparada para ser consumida en el dia, en todos los barrios, aun en los más ruines i computar al mismo tiempo la poblacion aparente, la sospecha de que alguien carezca de alimento se hace imposible.

I esta idea responde a una realidad seguramente ; a no ser así, no se tendria este hecho tan notorio.

¡ Trescientos cincuenta mil perros, poblacion canina de Constantinopla segun cálculo oficial, se mantienen con los resíduos orgánicos de la ciudad ; 350.000 perros sin dueño, que nadie cuida, encuentran su alimento en la vía pública i parajes vacíos del municipio. Ninguno de estos perros es mantenido en casa ni instituto particular.

Los perros de Constantinopla i demás ciudades orientales, son perros independientes i callejeros. No tienen amo ni casa ; no obedecen a nadie ni están sujetos a réjimen alguno. Son habitantes urbanos, usufructuarios de las calles, plazas i otros sitios abiertos del municipio.

Alguien creerá que hablo de broma ; quien tal piense converse con cualquier viajero i saldrá de su error.

Es prohibido hacer daño a los perros en todo el Oriente sujeto a la dominacion otomana. Aquí, como en el Cairo, como en Smirna i otras capitales, los perros tienen la tolerancia de los habitantes en virtud de princi-

pios dogmáticos; están escudados por la relijión. Esta protección se limita a no maltratarlos ni perseguirlos, pero no llega hasta cuidarlos. Todo perro turco se cuida a sí mismo i favorece a su grémio.

Nadie ha podido hasta ahora esplicarse ciertos hechos; yo me limitaré a referirlos apoyándome en el testimonio de cuántos los han observado.

Los perros de las ciudades mencionadas, forman cofradías o grupos que se establecen en sitios determinados, en una calle por ejemplo i se consideran parece, propietarios de ella. Si un perro estraño a la cofradía entra en sus dominios, es inmediatamente espulsado i muerto en caso de resistencia.

Si escapa i llega a su barrio, perseguido aún, sus compañeros salen en su defensa i se arma batalla. Así, rije segun se vé una lei de jurisdicciones o de límites, reconocida i respetada. — ¿Quién la ha impuesto? — El instinto de propia conservacion.

Durante el dia los gritos, lamentos o ladridos de los perros no son percibidos, pero en las altas horas de la noche, sobre todo cuando hai luna, un inmenso i lúgubre clamoreo se oye como si viniera de los confines de la tierra.

I entristece en verdad ese uniforme i melancólico rumor compuesto de gritos doloridos; de ahullidos lastimeros, de profundas lamentaciones, no sólo por la nota sentimental que deja en los oidos, sino porque trae a la mente reflexiones amargas i aflijentes, pues nadie sin ser cruel e insensible, dejará de calcular las miserias, penurias i sufrimientos de esos pobres animales, abandonados a sí mismos en tan crecido número. ¡Cuántos habrá enfermos, heridos, locos, apasionados, ambiciosos, histéricos, celosos, víctimas de la desleal traicion de alguna

perra hipócrita i coqueta! ¡Cuántos perros chicos, huérfanos recientes de padre i madre, se hallarán sometidos a la tiranía de una perra estraña sin leche en los pechos i mal humorada, o estarán espuestos a los malos tratamientos de un tio desnaturalizado i sin cola!

1890.

EN TIERRA SANTA

JERUSALEM — BURROS I CAMELLOS — UNA OMISION DE LA DIVINA PROVIDENCIA — EL MAR MUERTO — LO QUE HARIA YO SI FUERA DIOS.

Nos hallamos en la segunda mitad de Noviembre.

La noche está clara i helada; la luna comienza a anunciarse iluminando un punto del horizonte; el viento recien llegado de las montañas de Judea, sopla rumorosamente en las calles i en los patios, mandando sus tonos musicales a través de las puertas delgadas i de las ventanas indefensas.

La ciudad de David, de Salomon i de Jesucristo yace enterrada bajo las plantas de la modesta aldea, la moderna Jerusalem, durmiendo el sueño eterno, arrullada por el canto monótono de la historia que repite su nombre en los mas lejanos confines de la tierra.

La escena es triste i desolada. Los judíos en su barrio fangoso i oscuro celebran silenciosamente su sábado. Las campanas de las iglesias católicas están calladas, en tanto que los cristianos se preparan para oir su misa del domingo en el templo del Santo Sepulcro, convertido en posada por unos cuantos peregrinos que duermen acostados en sus escaños o sobre la tumba de los cruzados, esperando la madrugada del nuevo dia para asistir al oficio divino a las cinco de la mañana.

Ni una alma en las calles, ni una luz en las casas, ni una voz que destruya el uniforme silencio. La poblacion recogida guarda el secreto de su existencia.

Uno que otro camello fatigado, estirando el pescuezo, pernocta en la via pública, aplastado en la tierra sobre sus rodillas callosas i balanceando melancólicamente su largo labio pendiente, con el aspecto de una inconsolable afliccion.

No hai rio que corra ni árboles que se muevan, ni aves que vuelen, ni hombres que caminen, ni siquiera perros que ahullen.

Imposible encontrar en el lúgubre espectáculo las impresiones que la historia i la leyenda sembraron en los corazones de todos los viajeros. Los ojos buscan en vano donde saciar la sed de emociones alimentadas durante tantos años, i el oido espia los leves ruidos para darse el pretesto de avivar el recuerdo de la mas fecunda trajedia que la humanidad relata.

El sentimiento de la desproporcion invade i sin querer se compara los innolvidables estremecimientos de la infancia i de la juventud, forjados en la familia o en la escuela, a favor de la sagrada historia, con el efecto actual de un escenario mudo, despojado de toda poesía, pobre de formas que respondan a la esperanza fomentada i envuelto en una vulgaridad estraña compuesta de elementos dislocados e incongruentes.

*

¡Jerusalem! ¡Jerusalem! ¿Dónde está el Jerusalem de los sueños mezclados con el llanto de las vivas amarguras, de los eternos i dolorosos recuerdos? El Jerusalem visto en las noches largas del océano, a través de las bulliciosas ciudades, o sobre los trenes sacudidos

que conducen al viajero de las apartadas tierras a visitar los viejos monumentos i los sitios sagrados de las primeras partes habitadas!

Los siglos han pasado sobre los siglos, dejando como sedimento en los corazones de mil millones de cristianos, la pesadumbre de los grandes trastornos, traida por el relato de las luchas horrendas, de la batalla sin fin, de la crueldad impía, consecuencia del conflicto social suscitado alrededor de la Cruz.

La sangre derramada en toda la superficie de la tierra enrojeceria los mares. Ninguna comarca ni nacion alguna en el largo período de diez i ocho siglos, ha dejado de sufrir la repercusion de la terrible contienda. Cien generaciones han nacido a la vida i han entrado en el sepulcro de los tiempos, miéntras los hombres de todas las creencias i de todas las razas, han mantenido la lucha secular en medio de la perenne matanza.

Los pueblos se han echado sobre los pueblos para despedazarse, los tronos han caido, los imperios se han destruido. Sembrados están los desiertos con los huesos de los misioneros; la atmósfera fué mil veces oscurecida por el humo de las hogueras en que se quemaba a los herejes.

La Europa ha sido un campo de batalla ántes, durante i despues de la Edad Media; el Asia lejendaria se ha despoblado; la América ha sido conquistada en nombre de la Cruz i sus primitivos habitantes fueron ahogados en su propia sangre.

El Africa ha visto sucumbir el colosal poder de los Ejipcios, i de la espantosa trajedia que ha llenado el mundo, enjendrada por los acontecimientos de la pequeña i pobre Judea, sólo quedan como enseña en la cuna del cristianismo, unos cuantos montones de ruinas, dise-

minadas en las soledades de Palestina i encerrada entre murallas ahora irrisorias, una aldea miserable llamada Jerusalem, habitada por grupos destrozados, socialmente inorgánicos, desnudos de ambicion i de esperanzas, estraños los unos a los otros, ajenos al sentimiento de nacionalidad i en la cual cada individuo parece vivir de tránsito, huérfano de todo propósito, sin porvenir ni antecedente.

*

Constantinopla puede llamarse la ciudad de los perros, Jerusalem la de los burros; en ninguna parte he visto juntas asambleas mas numerosas de estos exelentes personajes, ni mas empeñadas en hacer constar su presencia.

¡ Qué modo de lamentarse tienen los burros de Jerusalem !

En la noche callada, miéntras todo tiende al reposo, se llaman i se responden de barrio a barrio, con una voz estentórea, horripilante, destemplada, llena de tonos alternados entre ridículos i doloridos, sin compás, ni medida, ni graduacion de sonidos, mezcla de entonaciones, rechinamientos i ruidos graves, agudos i estridentes, concluyendo por fin sus árias desconcertadas cuando uno ménos espera.

Otra institucion mui digna de respeto es la de los camellos o dromedarios, mas bien, animales útiles, dóciles, pacientes, sobrios, fuertes e incansables, como es de pública notoriedad.

No sé quien les daria por nombre «buques del desierto.»

Al verlos caminar se recuerda en verdad el movimiento de un navío en el mar, cuando tiene las olas de proa a popa.

¡Pobres camellos, representantes de una época muerta! Uno se acuerda mirándolos de los reyes de Ninive i Babilonia, de Cleopatra, una reina *guaranga,* segun me imajino, porque sus retratos se parecen a una de mis amigas de cuando era estudiante en Buenos Aires i visitaba la aristocracia de la calle Garai; de las Pirámides pintadas en las viñetas de los silabarios i por fin de todas las cosas pasadas.

¡Pobres camellos! ¿qué significará esa cabeza desorejada, alta, horizontal, en la historia de las transformaciones animales; esos ojos tristes, huraños, con reflejos agresivos de desierto, de soledad, de hambre, de sed, de desconfianza i de abandono fatalista; ese labio inferior largo, flojo, ondulante, desdeñoso i apesadumbrado; ese enorme cuello de ave de laguna sin utilidad ni objeto; ese cuerpo escuálido, cubierto de pelo que no se sabe si es lana, desnudo en parte, flaco, inopinada i desproporcionalmente; ese promontorio en el lomo, cuyo único fin es hacer difícil la construccion de aparejos; esas patas largas con dos rodillas de aspecto montañoso, i esos piés sin huesos, blandos, colchados i hechos para conducir cautelosamente un volúmen cuya jigantesca armazon aparta la idea de suavidad i de silencio?

¡Pobres camellos! cuando los veo pasar conduciendo sijilosamente su carga o su beduino, balanceando su cuello, jesticulando con su labio, escondiendo las orejas rudimentarias, mirando con sus ojos muertos, fúnebres, oscuros i redondos i batiendo su miserable i apocada cola, se me representa por analojía la silueta de algun amigo desengañado, de algun compañero traicionado, de un amante olvidado o de un filósofo viejo que ha visto las infidencias de mil jeneraciones!

Los camellos son el último resto vivo de la antigua civilizacion. Como la de los mastodontes, megaterios i elefantes, su raza tambien se estinguirá; pasarán con sus épocas como pasaron los reinos, los imperios, las ciudades poderosas que vieron sus mayores, i quien sabe cuántos animales mas listos, mas activos, mas norte-americanos, vendrán a sustituirlos en el comercio humano.

Su aire taciturno i desganado es un signo de muerte, de aquella indiferencia propia de las razas cansadas de luchar por la vida i que buscan las puertas del sepulcro. Por eso ya no existen sinó en los pueblos que se van hundiendo bajo las capas de la historia: en Turquía, en Palestina, en Ejipto!

*

¡Desventurada tierra santa! todo en ella es árido i desolado; no se ve sinó rocas, promontorios i hondonadas sin agua ni verdura i sólo de tiempo en tiempo, un monton de casas formando una aldea que semeja un grupo de ruinas por el color uniforme de tierra de los techos i de los muros.

La razon fundamental de estas tristísimas realidades es la falta de agua, por omision de la Divina Providencia, que condena al pueblo de Judea, es decir, al elejido del Señor, a morirse de sed, soñando desde Abraham con manantiales repentinos como el de la roca tocada por Moisés, con valles fértiles, como la tierra prometida i con pastos abundantes para los ganados hambrientos.

¡El mar muerto! Jamás se ha puesto un nombre mas apropiado. Muerto realmente, i a no ser por el cielo que se mira en sus aguas, no sólo estaría muerto sinó tambien enterrado en la colosal fosa de las montañas. Mar sin olas, sin buques i sin peces, cuya superficie no besan

jamás los vientos; mar aislado, solitario i triste, separado del mundo, escondido entre las rocas, inútil para el bien, insuficiente para dar agua a la comarca, mezquino de sus vapores, aplastado por sí mismo como si fuera su propia lápida, bajo el peso increible de su masa densa.

El mar Muerto no tiene comunicacion con otros mares; ocupa una estension de mas de quince leguas de largo por tres de ancho, término medio, siendo su profundidad media mas de trescientos metros. Su nivel está como a quinientos metros abajo del nivel del Mediterráneo. La densidad de sus aguas es tal, que ningun cuerpo de animal puede sumerjirse en ellas: los caballos pretendiendo nadar sólo consiguen revolcarse en la superficie.

La densidad del agua es debida a la gran cantidad de materias en disolucion o suspension con respecto a la masa líquida, cuyo volúmen disminuye a causa de la evaporacion diaria, en una cifra que no guarda proporcion con el caudal traido a su seno por el rio Jordan, para los fines del peso normal del agua en los mares.

Mirando estos contrastes i calculando las distancias i los desniveles, se me ocurria que si yo fuera Dios haria mas en un dia por la Palestina, que todo cuanto han hecho en muchos siglos sus reyes i gobernantes.

Pondria en comunicacion el mar Mediterráneo con el mar Muerto; llenaria de agua todas las hondonadas comunicantes de la comarca, i tendria en pocos años, un país fértil i rico, en vez del miserable i estéril territorio que estoi mirando. El país se llenaria de lagos i mares internos; el agua evaporada se convertiria en abundante lluvia; con ella nacerian árboles, la tierra se alfombraria de flores i verdura; los bosques darian naci-

miento a rios caudalosos, i la pobre Judea quedaria transformada en un paraiso donde pacerian los ganados i vivirian los hombres en paz i abundancia; no como ahora, hambrientos i en constante zozobra por la sed de cuanto vive.

Realmente, no sé cómo en vez de maná i de agua sacada a palos de las peñas por Moisés, no dió el Señor a su pueblo favorito un poco de la sobrante en otras partes del mundo, cuando nada le costaba.

Un simple conducto al mar Mediterráneo i lo demás se haria solo, con gran contentamiento del mar Muerto, quien no sabe hasta ahora lo que es una ola, ni ha visto jamás un pescado ni un buque mercante.

1890.

A BORDO

LO QUE DICEN LAS OLAS

Adios Norte América ; adios por siempre tal vez !

Adios selvas embalsamadas i frescos valles, como dicen en Aida !

Adios templos de piedra consagrados a la industria; adios ferro-carriles vertijinosos, ascensores volantes, rios encantadores i lagos sin rivales en el globo !

Adios sublime Niágara, estruendosa reliquia de la tierra, joya de América ! No me olvidaré de tí miéntras entre la luz por mis ojos i pueda reproducir tu imájen, miéntras mis oidos no se cierren a los rumores i los sonidos de este mundo, miéntras corra la sangre por mi cerebro, friccionando mi pensamiento, mientras lata mi corazon i no cese mi aliento ! ....

*

Recuerdo los incidentes al embarcarnos.

Ha habido despedidas tiernas, abrazos, lágrimas, palabras cariñosas espresando el deseo de feliz viaje, frases ahogadas por la emocion i variadas escenas en que lo poético i lo doloroso de los últimos momentos prévios a la separacion, se mezclaba con la escitacion apurada del viajero, el transporte de los bagajes i los cuidados de

todos por atender a sus sentimientos, a su paraguas, a sus saludos, a su capa de goma, a sus lágrimas i a sus maletas.

Luego, de lejos, cuando las hélices se han puesto a aletear ya con cierto vigor, hemos visto alzarse en el muelle i en la borda del buque una niebla de pañuelos blancos, como si los viajeros i sus amigos de la costa hubieran puesto a secar la ropa íntima de su tristeza, mojada por el llanto de las despedidas, colgándola al viento, que se lleva, mas tarde o mas temprano, hácia el olvido, todos los dolores i todas las satisfacciones de la vida. El vapor ha tomado vuelo i sigue nadando a razon de 15 millas por hora ; su poblacion ha entrado en calma; los pasajeros se han acomodado i ha comenzado la defensa contra las molestias de la travesía.

*

Los viajeros novicios, se han puesto a escribir sus impresiones como si no tuvieran mas tiempo. Las mujeres se muestran mas apuradas en el desempeño de esta grave tarea i redactan con una letra varonil de escuela norte-americana, en sendos cuadernos u hojas volantes, las ideas penumbradas de su imajinacion flotante.

Nosotros cada dia, cuando el mar no está enteramente desagradable, lo que ocurre pocas veces en esta seccion de sus dominios, nos sentamos a mirar su masa ondulante, encrespada, teñida i rumorosa como el follaje de los árboles movidos por el viento, escuchando *lo que dicen las olas,* segun la inolvidable espresion de Dickens.

*

Lo que dicen las olas !

Ellas tambien cuentan sus penurias i sus angustias : relatan su eterno viaje por los mares, por los rios, por las nubes, por la cumbre de las montañas, por los despeñaderos i los arrecifes.

Ajitadas, anhelantes, enloquecidas, corren como el hombre, buscando su nivel, sin encontrarlo jamás i van desatinadas, un dia al norte, otro al sud o en cualquier rumbo, alzando su cabeza blanca de canas para mirar en el horizonte si la jornada tiene término.

I se atropellan desatadas, trepándose sobre sus vecinas, inútil, estérilmente, hundiéndolas bajo su peso, en tanto que otras se levantan, i otras, i otras, i otras crecen mas adelante, siempre mas adelante en el infinito océano, renovando sus lomos hinchados i huyendo en curvas indolentes o espumosas de cólera, hasta perderse en una confusion inacabable.

Las olas cantan en tono mortificante la leyenda de nuestros pesares, retirando la mente a los lejanos tiempos de la infancia, cuando una madre desvelada mecia nuestra cuna, o a los menos remotos del romance de nuestra vida, cuando la voz temerosa del amor correspondido nos murmuraba sus caricias en los oidos.

Traen los acentos de la patria abandonada, de la amistad insegura, del desengaño inmerecido, i se alejan llevándose nuestros suspiros i dejándonos en el pecho la amargura de sus entrañas saladas.

*

Allá léjos, las esperanzas como las aves blancas de los mares, aparecen en el tul de la espuma ; avanzan, se acercan, i cuando les abrimos los brazos para estrecharlas contra nuestro corazon, las ondas se desvanecen i

las burbujas de su penacho vuelan en invisible atmósfera hácia los cielos.

La historia de nuestra vida, con todos sus recuerdos confusos, anacrónicos, flota en las montañas que el viento levanta, se hunde en los valles fugaces que ellas forman, vuelve a subir en las olas siguientes i envolviéndose en sus ondulaciones, se aparta i se oscurece, enjendrando una vaga sensacion de martirio, de remordimiento i de duda respecto al mérito de nuestros actos pasados o al acierto de nuestra conducta en la sucesion de los años.

—¿ Por qué no fuí mas bueno ? se pregunta el espíritu atribulado — ¿ Por qué no fuiste ? interrogan las olas a su turno, i nadando sobre sus flancos, se escapan palmoteando con sus vértices quebrados, como burlándose de nuestra miseria.

La sensacion del ritmo vital se embota ; las facultades embargadas por la suma de reminiscencias, languidecen, i una melancólica i suave aspiracion a morirse se estiende como un sudario sobre el alma.

¡ Un sepulcro en el mar insondable, la caida sin salvacion, sin amparo, la muerte sin remedio, con el consuelo de la imposibilidad calculada contra la cual toda lucha es una quimera..... son las ideas indecisas, deslustradas, semi-dormidas que el cerebro fomenta mientras las olas pasan, golpean los costados del buque, juegan con su peso i se retiran encargando a otras olas su tarea !

*

¡ Un sepulcro en el mar !

Las olas mecerian mucho tiempo nuestro cuerpo ; sí, mucho tiempo, prolongando el simulacro de la vida, con su eterno movimiento ; i la soledad de la tumba en un cementerio cualquiera, habria desaparecido con todos sus

horrores, reemplazada por el capricho bullicioso de las aguas, en un mundo infinito de atmósfera líquida, verde o azul, con esmeraldas o záfiros disueltos!

I tal vez llevado por la marea hasta la costa, cerca de la patria querida, al alcance de los amigos, de los parientes, de las jentes olvidadizas que alguna vez nos amaron, una lágrima de compasion cayera sobre nuestra frente macerada o sobre nuestros ojos cubiertos por los párpados hinchados.

Un estremecimiento nos despierta en medio de la horrible fantasía; las olas continúan su viaje interminable cantando su solemne romanza con acentos doloridos, i entre sus tonos, el oido sobrescitado percibe los nombres de las personas alojadas en nuestro corazon, las melodías que aprendimos en tal o cual época de la vida, los pedazos de frase cariñosa, los reproches, las discusiones i por fin, el silencio que resulta del ruido uniforme, cuando el cerebro se cansa i el sueño empieza a batir sus alas.

*

El viento silba en el cordaje del buque i arrebatando en la boca de las chimeneas el humo negro, denso, como nube de tormenta, como aliento letal, lo lleva desmenuzándolo entre sus dedos, para dejarlo caer en copos, lenta, perezosamente, disolviéndolo en los confines de la vista, sin conservar ni el fantasma de su existencia.

Así los pesares i los ensueños, dicen entre tanto las olas, negros o teñidos por la luz de las ilusiones, serán llevados por el tiempo i sembrados en el camino de la vida, como migajas de los odios o los amores, cuando la edad marchando sobre el cuerpo, llegue a enfriar el cerebro i a helar el corazon.

El sol descompone, es cierto, de tiempo en tiempo sus rayos en las aristas de las olas encontradas i los colores del arco iris, apareciendo un momento, renuevan la esperanza i vivifican el alma.

Los mares entonan a la vez alegres sonatas, como música de bailes aldeanos, i la aspiracion a vivir renace.

*

Vivir en el bullicio del mundo, allá en las grandes ciudades llenas de intrigas i de conflictos que acortan, disminuyen i destruyen el tiempo, envolviéndolo en los pliegues de su permanente variedad hasta dejarlo invisible. Vivir sintiéndolo todo, como un curioso de las pasiones; dando valor a lo que no lo tiene o quitándolo a las graves i trascendentales cuestiones! Vivir caminando hácia la tumba sin sospechar su proximidad i dejarse sorprender en medio de la despreocupacion atolondrada, sin saber por dónde se vá ni por dónde se ha ido, como las olas, segun el viento o el calor de las corrientes marinas. Vivir sufriendo las torturas como juguetes del infortunio i tomando como hambrientos un pedazo de felicidad descompuesta, para roerla hasta el hueso sin dejarle un átomo de carne!...

*

Las olas pasan por debajo del buque encorvando la espalda i levantándolo en alto para mostrarlo cabeceando o rolando sobre la superficie rugosa del Océano. El mar está áspero segun la espresion de a bordo.

¡ Quién sabe lo que sucederá !

1890.

HOMBRES I TOROS

Yo repudio i detesto las corridas de toros; semejante diversion me parece indigna de la nobleza humana, cruel i salvaje.

No quisiera atentar contra la libertad del gusto, pero ese me subleva. Si los españoles no fueran afectos a tal deleite emigrado de las épocas primitivas de la humanidad en que predominaban los instintos feroces, no habria hombres a quienes yo juzgara mejor.

Confieso que los preparativos de la fiesta son singularmente atractivos: el circo, la concurrencia, el ceremonial, los jinetes i los caballos adornados, la animacion en las caras de los aficionados, la presencia del toro a su salida, hermoso animal lleno de vida i de sangre, su ignorancia del peligro inevitable, su confianza, su orgullosa actitud.... Todo es feérico i fecundo en motivos de entusiasmo! Pero — ¿ despues?

—Despues viene la crueldad mas cobarde aun que la de los combates entre hombres i fieras de los circos romanos.

Allí siquiera habia una sombra de lejitimidad; los combatientes, hombres, eran condenados a muerte. Se establecia cierta equidad en el combate i no existia una superioridad incontrastable de la fiera humana.

Aquí el toro está vencido de antemano, porque se conoce sus instintos, su modo infalible de atropellar, sus ilusiones ópticas, sus procedimientos en línea recta, su

desfallecimiento al encontrar el vacío por toda resistencia a su empuje poderoso; i tras de sus errores, una banderilla con dientes clavada en su carne que le estorbará en adelante para atacar i defenderse.

En tanto el hombre está garantido por su habilidad i por la ignorancia de su antagonista respecto a sus ardides i sanguinarios engaños.

El toreador conoce el circo, los espectadores son animales de su misma especie, no lo asustan, mas bien lo animan; sabe que puede saltar las barreras i ponerse en salvo en caso de apuro; todo para él es viejo, previsto i trillado.

Para el toro, a la inversa, todo es ignorado, asombroso e inquietante; el recinto es nuevo, el conjunto de objetos, estraño; alarmante la gritería i nunca vista la feria de colores; los espectadores no son toros como él, sinó hombres entre los cuales no vé una cara conocida. La pobre bestia es tomada por sorpresa en un caso único en su vida, mientras su asesino repite un acto mil veces ejecutado. El torero conoce a los toros, el toro no conoce a los hombres, i aun cuando su intelijencia le permitiera intentar medirlos segun las leyes de los instintos animales, nunca los creeria tan desalmados.

No hai, pues, igualdad en la situacion moral de los dos combatientes i por lo tanto las condiciones de la lucha son inícuas.

Un espectador bien dotado de sentimientos naturales se encona, se irrita i se avergüenza ante semejante tragedia, considerando la inocencia de la víctima i la ferocidad alegre, calculada e infame del victimario, cuyas entrañas se han desnaturalizado ya por la costumbre i el encomio, hasta ocultarle la perversidad de su acto.

*

Ningun torero, i esta es la única disculpa, cree atentar a las leyes de la moral humana, al martirizar i dar muerte a un pobre animal que ningun daño le hizo; sólo vé en la esposicion posible de su vida, un acto de heroismo fecundo en aplausos de veinte mil espectadores.

No se qué impresion estraña de dolor, de cólera, de tristeza i de reproche, se produce en todo espíritu recto i caritativo, sensible a lo ménos al tormento inútil, cuando contempla a su salida al valiente animal, rebosante de vida, airoso, bellísimo, lleno de fuerza, i lo vé poco a poco perder sus bríos por el dolor de las heridas, disminuir su defensa, suprimir sus ataques i entregarse perdido, exangüe, aturdido i desesperado a su enemigo gratuito e implacable, para recibir de él la muerte.

La destruccion en un momento de tan arrogante valentía i de tan potente vitalidad, causa una aguda, mortificante e infinita tristeza!

*

¡I los pobres caballos de los picadores que mueren destrozados, sin mérito i sin gloria, i cuyos nobles instintos les prestan bríos para salvar la vida a sus jinetes, aun con el vientre abierto i los intestinos colgando!

*

No soi ni puedo ser cruel; la estructura de mi cerebro no me lo permite; pero confieso que por evitar o castigar una crueldad, soi capaz de cometer actos irreflexivos propios para presentarme ante los ojos de quien no aprecie justamente mis sentimientos, como el salvaje mas destituido de sentido moral.

Una vez en Buenos Aires, cuando habia aun Terceros (zanjones flanqueados por veredas mui altas, en las

calles) por defender a una criatura a quien una vieja estropeaba cruelmente, tomé a la vieja de un brazo i la precipité en el zanjon; podia haberla muerto. Otra vez iba en un carruaje; el conductor de un trenvía fastidiado de no encontrar paso, enderezó la lanza al pecho de uno de los caballos de mi coche dándole un golpe feroz; yo vi la maldad pintada en la cara del conductor i sin decirle una palabra me bajé i a golpes de puño rompí todos los vidrios del trenvía, uno por uno, para castigar a ese perverso procurándole siquiera una reprimenda de su patron. Una lluvia de vidrios cayó sobre los pasajeros, hubo mil protestas i yo salí del entrevero con la mano ensangrentada i llena de tajos. En otra ocasion un carrero fornido, cien veces mas fuerte que yo, daba de palos al caballo de su carro; me precipité sobre el carrero, le quité el látigo i le di tres formidables palos con el cabo. Sólo el asombro del agredido ante mi atentado pudo salvarme de ser estropeado i tal vez muerto; felizmente varios vijilantes llegaron a tiempo, ántes que mi víctima saliera de su éstasis.

Estos hechos i otros que podria narrar, dan la razon de mi falta de gusto por las corridas de toros.

Cuando por casualidad he asistido a una corrida, he sido invariablemente partidario del toro; su nobleza abogaba por su causa; su antagonista, lleno de habilidades i de destrezas, me ha sido siempre odioso!

*

París acaba de completar su coleccion de vicios (no se infiera de esto que allí no haya virtudes) consintiendo la diversion de las corridas. Verdad es que en ellas el hombre, el torero, el picador o el aficionado, no

está espuesto a ningun peligro sério. Los toros tienen las astas cortadas i provistas en su estremo de una esfera; están pues completamente indefensos; esto si quiera es mas humano, pero en cambio es mucho mas cobarde!

1890.

PÁJINAS MUERTAS

(BORRADOR DEL PREFACIO DE UNA PROYECTADA EDICION)

Lector amigo, (todo autor tiene al menos uno, se supone). ¿ Quieres saber por qué doi a estos volúmenes el título de « Pájinas muertas » i cuáles son las causas eficientes de su publicacion? Espero una respuesta afirmativa; de otra manera me veré obligado a privarte de un prefacio sin el cual tu vida sería un martirio. Jeneralmente tú no lees ninguno, me consta, pero cierro los ojos ante ese detalle insignificante. Nosotros, los autores concienzudos, no admitimos tales hechos incompatibles con las exijencias de la rutina i yo por lo tanto, me apresuro a satisfacer tu lejítima i apremiante curiosidad. Ahora ¡ atencion ! comienza lo grueso del Prefacio !

*

Un dia, sería como a eso de las... (te dispenso la hora) decidido a revisar mis papeles, abrí un cajon donde yacían varios manuscritos i recortes impresos que me anunciaron su lamentable estado con el olor a sepulcro de su humedad encerrada.

Algunas arañas flacas i literatas que se ocupaban en colgar cortinas i en otros trabajos de tapicería, apenas levanté la tapa de su biblioteca, corrieron despavoridas a los rincones, estirando ridículamente sus largas patas ;

dos o tres insectos disecados balanceaban sus restos mortales en la tela tendida, como jimnastas de circo en las redes impuestas por las ordenanzas municipales; las hojas amarillentas, con sus letras penumbradas, parecían lápidas viejas con leyendas carcomidas. En vista de tan deplorables incongruencias tomé un trapo i con una metódica sacudida, puse en fuga a los parásitos exóticos de mi prosa.

La atmósfera se pobló de mil jeneraciones microscópicas que con los átomos de polvo revenido, hicieron un torbellino semejante a la via láctea, visible en la faja de sol que entraba al cuarto. Al remover los papeles hallé las hojas pegadas formando paquetes apelmazados; parecían restos cadavéricos amontonados en una fosa comun i yo mismo me hice el efecto de estar practicando una exumacion.

¡Pájinas muertas! dije, como leyendo un epitafio imajinario.

¡Muertas! sí. Unas tuvieron vida efímera ante el público en los periódicos; otras vivieron sólo en mi conciencia mientras las pensaba i escribía, vaciando la impresion de cada dia en el papel, blanco entonces, pálido i macilento ahora!

¡Muertas! Lo anuncian los efluvios de su osamenta i lo dejan sentir el silencio i olvido de su espíritu!

¡Muertas como los sedimentos de la vida mental fijada en ellas, al destilar sobre sus frases las gotas sentimentales de cada hora, como quien esprime el tiempo para sacarle en estracto la pasion sustancial de sus momentos.

*

Leí al acaso varios párrafos. Algunos encerraban reminiscencias de la edad dorada i de placeres desvane-

cidos; otros retrataban los encantos de bellezas perdidas i de afectos recíprocos, lejanos, ya enterrados i uno finalmente contenía la corta i lamentable historia de un pobre niño que pasó de la cuna a la tumba sin conocer la vida. ¡Todos en suma recordaban algo muerto!

En los libros ajenos, pensé luego, nos imajinamos encontrar la concepcion real de los autores i el retrato fiel de sus íntimos sentimientos. Entre tanto, si los poetas i grandes pensadores representantes de la gloria humana, salieran vivos de sus tumbas i leyeran sus obras esplicadas, volverían a morirse de sorpresa!

En todo trabajo literario hai un jérmen sentimental que inspira i determina las ideas, sin prestar asidero al comentario, i podemos pasar indiferentes en rápida lectura, relatos de episodios que harían llorar a sus autores.

¿Acaso las palabras se transforman?

No, ciertamente; pero solo ellos conocen el secreto de su párrafo, la circunstancia que le recuerda, el sentimiento jenerador de su estirpe, el alcance i el objeto de su forma; solamente para ellos tiene una alma amiga que se difunde entre las líneas i huye ante los ojos de un estraño, desprovisto de todo antecedente.

Ningun escritor debe pretender jamás ser comprendido si no trata asuntos puramente intelectuales, pues, entre la nota real del sentimiento i la espresion helada de las letras, hai siempre un abismo que el comentario no colma o sobrepasa. ¿No vemos acaso muchas veces copias mal hechas de paisajes deliciosos i retratos esquisitos de fisonomías vulgares? Un crítico mediocre destruye la obra que comenta, así como la realza i la embellece quien con talento, bondad i gusto delicado la analiza.

Por estos mecanismos, muchos autores resultan pintando sublimes bellezas, cuando jamás las concibieron, descubriendo verdades eternas, cuando sólo escribieron necias paradojas, i haciendo la anatomía del corazon humano, cuando apenas alcanzaron a copiar refranes.

*

Siendo en mi opinion tan positivas las dificultades de todo juicio literario ¿cómo me atrevo yo a publicar cosa alguna? Si se ha de creer en los prefacios, la edicion de libros responde a uno de los siguientes propósitos i sus análogos:

Llenar una necesidad sentida.

Propagar sanos principios.

Ilustrar puntos controvertidos.

Destruir errores corrientes.

Sacar del olvido historias o cuentos interesantes.

Implantar sistemas sin los cuales la humanidad no podrá ser feliz.

Complacer al público, cuya buena acojida es la única aspiracion del autor.

Estos son los motores ostensibles.

Los no confesados i más reales, son:

El interés.

El amor propio.

Yo no me propongo: Llenar ninguna necesidad sentida, ni propagar principios sanos o enfermos, ni ilustrar puntos controvertidos, ni destruir errores, ni sacar nada del olvido, ni complacer a nadie, a sabiendas al menos; i por fin, no alimento siquiera la esperanza de vender la edicion!

No tengo tampoco amor pro..... iba a decir una falsedad!... Creo que el amor propio ha influido en mi decision, pero no de un modo fundamental!

Mi motivo preponderante es mui ridículo, no lo defiendo, lo espongo simplemente en honor a la exactitud: tengo una verdadera mania por la simplificacion i el órden; me fastidian los papeles sueltos; no podia ver los mios viajando de un lado a otro en manojos desiguales, i como por una razon o por otra, deseo conservarlos, he resuelto el conflicto alojándolos en varios volumenes bien involucrados, prévias las enmiendas indispensables, aun cuando sea para leerlos yo solo, en letras claras, imitando a muchos autores impopulares, entre cuyo número me cuento.

1893.



NADA EN QUINCE MINUTOS

Fuí a tomar el tren en Belgrano para ir a la estacion Central (Buenos Aires). Atravesé los rieles i me puse a pasear en el anden, parándome de vez en cuando con las piernas abiertas, como un marinero en la cubierta de su buque, para descubrir si se veia el humo de la locomotora.

No habia humo ni locomotora por el momento; pero en compensacion, una señora jóven, seguida de una mucama mas jóven, cargando ésta a un niño aun mas jóven (de pechos supongo), pasó la via i fué a sentarse en uno de los bancos con su séquito.

Yo soi un hombre de buen gusto i lo pruebo, refiriendo que entre buscar el humo problemático de una locomotora por venir i mirar la cara de una señora presente i bien parecida, preferí esto último. Declaro en confianza que cuando llegó la señora me olvidé del tren i afecté un aire indiferente.

En mis paseos observé:

1º Que la señora era realmente linda, madre de un primer hijo, rubia i fresca.

2º Que la mucama tenia la cara redonda, ojos negros vivísimos i una boca como cualquier boton de rosa.

3º Que el niño... ¡creo que ustedes no se interesan en el niño!

— ¿Se irán solas? pensé.

En esto apareció su marido ; lo conocí en su modo de andar, en su aire descuidado i en los tres boletos que traia en la mano (los niños de pecho no pagan boleto).

La señora tomó una actitud reservada ; el marido se puso a hacer fiestas al niño i yo volví a escudriñar el horizonte buscando el humo de la locomotora.

Debe llamarse Elisa, me dije, o Delia o algo en que haya una *e* i una *i;* su nombre debe tener dos sílabas o tres a lo mas.

*

Supongo que el lector no piensa que me refiero á la locomotora, ni a la mucama, ni al niño, ni al marido.

La razon para llamarse Elisa o Delia estaba en el color de su vestido, gris claro : la imajinacion tiene su lójica femenina i no admite que una señora vestida de gris claro, rubia, fresca, elegante i un si es no es risueña, casada con un hombre moreno, pueda tener un nombre en que no figuren las letras e, i ; amables letras, distinguidas i livianas.

Ramona, no se llamaba seguramente.

*

Llegó el tren ; yo, finjiendo no importárseme nada de Elsi, subí primero que su familia a un vagon, el mas próximo.

Quizá hubo un poco de cálculo en mi apresuramiento.

Celia subió en seguida con su marido, con su mucama, con su niño i con todos sus atractivos ; es decir, con su boca blanda, húmeda, bien cortada, sus dientes bañados en rocío de alba, su frente limpia, sus mejillas. . . dejemos las mejillas para mas adelante

*

Me senté dando la espalda a la máquina i un poco léjos; tambien hubo un cálculo orgánico en esto, pero yo no me dí cuenta.

Naturalmente la señora i la mucama, con su niño, se sentarian mirando hácia adelante, es decir, dando el frente a un servidor de ustedes, i el marido (odioso) dándole la espalda; así sucedió.

Edi, una vez en su sitio, mostró en su semblante hallarse satisfecha; lo mostró no sé cómo, probablemente por aquellos signos de coqueteria delicada que todas las mujeres ejercitan aun ante las personas de quienes nada se les importa.

Yo he visto a señoras de mi relacion presumirle a una cómoda o hacerle gracias a un espejo para seducir a los demás muebles.

He visto mas: alisarse el pelo a una enferma moribunda, antes de dar el último suspiro.................

El marido estaba inquieto; sabia por instinto que su mujer trataba de parecer bien al vagon, a los pasajeros, i a los animales que se morian de hambre a uno i otro lado de la via en los campos pelados.

Yo me fijaba en la nuca del marido; nada poética por cierto; una nuca vulgar, i la señora, de tiempo en tiempo, me miraba rápidamente como diciendo: « gracias señor, por su admiración. »

A mi vez le habria agradecido la instalacion de sus encantos si hubiera sido esclusiva, pero era universal, pues con la misma espresion de amor propio la destinaba al guarda tren a los asientos de esterilla vacíos o a los paisajes del camino.

*

¡ Hai un fondo de perversidad innata en las mujeres mas felices, mas lindas i mas distinguidas !

Querrán ustades creer que la encantadora Friné se puso a besar al niño con la boca mas sabrosa que ha viajado en tren, desde Adan hasta la fecha ?

El marido no podia prohibirle que besara a su hijo, pero indudablemente habria preferido que no lo hiciera.

Sabia que los besos eran para tantalizar al público !

El niño sorprendido por tamañas efusiones que tal vez encontró inusitadas, dióse a mirar con ojos de muñeca i a protestar con jestos aflijidos; la mucama se puso mas colorada i mas bonita, el marido ejecutó un cuarto de conversion i yo, que me ocupaba en ese momento en calcular la profundidad de unos oyitos que se dibujaban en la mejilla de la adorable madre, mientras se sonreia deliciosamente, me ví forzado a practicar una diversion (en su sentido técnico i militar) poniéndome a mirar un caballo flaco, aflijidísimo, como político en decadencia, empantanado en una zanja.

Decididamente el caballo es un animal mui útil para el hombre !

*

La señora comprendió el reproche mental de su digno esposo i apoyándose en el espaldar de su asiento, un feliz espaldar, finjió una tristeza tan melancólica i tan perfecta que hizo al marido derramarse en una lluvia de preguntas cariñosas i llenas de inquietud.

¡ Qué arte tan sublime tienen las mujeres para manejar a sus maridos !

Neli volvió a sonreirse i una atmósfera de felicidad, de gracia i de belleza se difundió en el ambiente.

— « Central, » gritó el guarda tren.

— « Tan pronto » contestaron los sentimientos íntimos de los viajeros en todo el compartimento.

La triunfante señora arreó con sus gracias, el marido salió del purgatorio (un siglo habia pasado para él en quince minutos) i cuando yo me preparaba a tomar mi postre de emociones viendo bajar a Irene, último nombre que dí a la divina viajera, fuí frustrado en mi anhelo por el saludo cariñoso e inoportuno de don Mariano Abejorros, corredor de frutos del país, entre cuyos bigotes tiesos fué a enmarañarse mi visual destinada a un pié probablemente chico i delicado.

¡ Así concluyen todos los encantos de esta vida !

¡ Nada en quince minutos, sino la supresion de un cuarto de hora !

1893.

ASÍ

(CUENTO)

El amor es un tema universal i eterno, i ningun tratado de filosofía ni de moral me prohibe ocuparme de lo universal i de lo eterno.

Graciana tenia las manos ásperas i coloradas; habia lavado mucho en su vida, lo que no le impedia tener quince años i un corazon sensible.

Tenia además ojos, boca, nariz i frente, como muchas personas de su sexo; pero estas facciones i otras mas en ella, se habian tomado la libertad de ser exesivamente bellas.

La oreja, por ejemplo, era inimitable, bien doblada, chica i lijeramente sonrosada.

No tenia aros, ni agujeros en que meterlos. Estos descuidos, dignos del mas justo reproche, fueron debidos a dos causas, una moral i otra física : la primera su pobreza; la segunda: el que su madrina, la única abridora de orejas que habia en su pueblito, habia sido atendida de una simple irritación de los párpados por un célebre oculista i naturalmente, habia quedado ciega.

Añadia Graciana a sus encantos, un cabello que era un trigal maduro, unas cejas arqueadas i finas, un color de luna disuelta en leche, i unos dientes tan lindos que cualquiera al mirarlos deseaba en su fuero interno ver a la niña convertida en perro i ser mordido por ella.

A lo ménos, tal fué el primer cumplimiento que le dirijió Baldomero Tapioca, estudiante de medicina, ambulante.

La niña se rió de semejante ocurrencia.

Era italiana.

No necesitaba ser italiana para reirse, pero ustedes comprenderán que tampoco eso era un obstáculo.

*

Baldomero estaba perdidamente enamorado de Graciana i de otras varias jóvenes; así se lo dijo un dia, suprimiendo lo referente a las otras jóvenes, en lo cual obró con una prudencia sorprendente en su edad, pues sólo tenia veinte años.

La proporcion de edades habia sido ya discutida. Arreglado este punto, no quedó pendiente sinó el de la correspondencia de sentimientos, destinado a ser resuelto en otra correspondencia, la epistolar.

I aquí me es forzoso decir, sin ofensa para nadie, que en esta última Baldomero abusó de los términos técnicos i Graciana maltrató horriblemente a la ortografía, pues jamás escribió «yo te amo» sin ponerle una *h* en alguna parte.

Sólo dos ejemplares poseo en mi archivo, rico en autógrafos históricos, de las cartas cambiadas entre estos célibes, i voi a transcribirlas en beneficio de la humanidad literaria.

Baldomero a Graciana:

Angel hipertrófico, es decir, magno: la arteria coronaria de mi corazon se cierra apenas mi retina percibe los músculos risorios de tu boca, i mi tórax se siente atacado de anjina péctoris. La circulacion cardiaca se

detiene, i turjencias espasmódicas forman protuberancias en mis órganos! Espérame á las siete post meridianum, en el anfiteatro de nuestros amores. Tuyo como del hombre el pensamiento,

firmado— BALDOMERO TAPIOCA.

Graciana a Baldomero:

My Mahma thi N. do Lorde uuellhas man! ¿Damée huna me de Zyna perro ke seya güena.

Tulla,

firmado— G. RASS Y ANA.

Hai jóvenes capaces de todo en su aturdimiento, hasta de amar a una muchacha que escribe su nombre como una firma social. En ese caso estaba Baldomero, tal vez porque no buscaba la ortografía en los besos sabrosos, encantadores, frescos i con olor a violetas, de los labios de su ánjel hipertrófico.

Yo confieso francamente que aun cuando hubiera sido maestro normal i profesor aburrido de gramática anestésica, en viendo a Graciana me habria arrojado a sus piés, no sólo olvidando la ortografía, sinó tambien la analojía, la sintaxis i la prosodia.

¿Qué gramática ni qué ortografía supo la fecunda Eva, jóven analfabeta i robusta, cuando sedujo a su paisano Adan, mozo sin vicios i soltero, prefiriéndolo nada ménos que al Padre Eterno?

I si se esplica la preferencia de Eva por razones de edad, análogos incentivos debió tener nuestro padre Adan, que en paz descanse, para no detenerse en detalles pedagójicos, tratándose de una vecina guapa, tentadora i resuelta, en aquellas soledades del Paraiso terrenal.

*

Graciana no esperimentó las dificultades de la eleccion entre Baldomero i el Padre Eterno, tal vez por no haberse presentado este último a solicitar sus favores.

Amó a su amigo Baldomero con una pasion italiana, sancochada, hervida, calcinada al calor de un sol americano, i el jóven estudiante supo corresponderle con todo el ardor de un potro salvaje.

Los dos amantes se daban cita en los parajes mas inopinados i no hubo seccion de territorio en la comarca donde no resonaran sus besos recíprocos e irreflexivos.

*

¡ Pobre Graciana! Las altas horas de la noche la encontraban sin dormir tramitando sus impresiones, i la luz del alba, cuando entraba por las rendijas de la endeble ventana, sorprendia sus pupilas mirando al infinito a través de las paredes de su cuarto desmantelado.

Su cama sencilla, estrecha, inmaculada i dura, amanecia revuelta, tras de una noche de insomnio en que la linda muchacha, buscando posiciones para conciliar el sueño, solo hallaba inquietudes con sus inacabables meditaciones.

I a la hora de levantarse, cuando tomaba su alimento, al comenzar o concluir cualquier ocupacion, en fin, en todos los momentos de su vida, ahí estaba el agudo i delicioso tormento de su amor, torturándole el alma con remordimientos vagos i acariciándole el corazon con suavísimas voluptuosidades.

*

Con todo esto, un tinte melancólico se habia estendido en su rostro: sus ojos, ántes alegres, apagaban su luz para armonizar con las sombras de sus párpados can-

sados, i un nuevo género de belleza ménos aldeana, se instalaba en sus facciones.

La familia i las vecinas comenzaron a notar estas mudanzas i la tierna apasionada sufria el tormento de mil interrogaciones diarias, solo soportables en nombre de su talisman, su grande, noble i desinteresada locura, su abnegada i jenerosa entrega sin condiciones i sin esperanzas de futuras lejitimidades.

En su delirio, los ensueños de su fantasía la transportaban a una eternidad de felicidades, en una morada celeste, donde se aspiraba el perfume del amor fragante, i donde, en medio de las melodías mas inefables, se oia claro i distinto el nombre de su amante.

Porque la suave Graciana, triste es decirlo, habia llegado a imajinarse que la palabra Baldomero era poética i melodiosa.

La música, en lugar de calderones, semicorcheas, fusas i bemoles, solo contenia para ella Baldomeros; la pintura, la escultura i las letras solo ofrecian cuadros, estátuas o poemas perfectos, cuando tomaban por héroe o por objeto algun trasunto fiel de Baldomero.

I Baldomero, por su lado, bautizaba con el nombre de Graciana a cuanta belleza soñaba o veia.

Algunos meses pasaron en estos devaneos, a los cuales pusieron término, graves acontecimientos dolorosos, prosáicos i mundanos.

*

Una mañana entré a la sala de San Ramon, en el hospital de mujeres i fuí informado por la hermana en turno de que el número 18 habia entrado la noche anterior... todo habia pasado bien, pero tenia actualmente cierto malestar...

Fuí a ver al número 18 i lo encontré pálido, demacrado, inquieto. El número 18 era una muchacha mui jóven, bonita a pesar de su estado, i sumamente interesante en su triste situacion.

—¿Qué le duele, niña?—le pregunté.

—No sé,—me contestó.

—¡Cómo no sé!

—¡Así!

—¿De dónde ha venido?

—Me han traido anoche.

—¿Cómo se llama?

—Graciana.

—¿Graciana? (¡Todos los cuadernos i libros de un compañero mio tenian escrito en cada hoja el polisílabo «Graciana» con diferentes caligrafías, i yo sabia que él mostraba siempre su constancia amorosa escribiendo el nombre de su amada en todas partes, hasta en el recetario!)

—¿Graciana de qué?—seguí, reanudando el diálogo.

—Graciana no mas.

—¿No tiene nombre su padre?

—Así.

—¡Así, así, así! no entiendo. (¡Pero decia *así* con tanta gracia i con una boca tan linda i tan triste!)

—Bueno, pobre niña... así... veamos... ¿dónde le duele?... ¿aquí?... ¿aquí?... —le dije palpándole con toda delicadeza el vientre.

—¡Sí, ahí a la derecha, ahí!

La examiné detenidamente i despues de un momento de reposo, le pregunté, tuteándola, i con intencion paternal:

—¿Dime, Graciana, conoces un estudiante que se llama Baldomero?

La niña soltó un grito ahogado, se llevó las manos a la cara i se puso a llorar amargamente, como no he visto llorar a nadie.

Yo soi mui atento i me gusta armonizar con las jentes; yo tambien me puse a llorar, pero con mas método i ménos ruido que ella.

— ¡Vamos, no hai por qué llorar! dije, secándome los ojos: — te voi a dar ahora un medicamento i vas á tratar de no aflijirte.

*

¡Qué desagradable es tomar cariño a un enfermo de hospital! Allí la democrácia es absoluta, no hai preferencias ni distinciones, i el afecto, por lo tanto, no encuentra formas lejítimas para manifestarse.

La verdad es que yo sentia un interés indudable por el número 18 i que su estado me inquietaba sobre manera. No podia quedarme mucho tiempo a su lado porque no era prudente; pero me quedaba siempre lo bastante para irme intoxicando lentamente con su belleza i con el escitante de su pequeño romance. Ella tambien era cariñosa conmigo, por gratitud, creo; me miraba mas tiempo que el necesario a cada pregunta i cuando me daba su mano para dejarse tomar el pulso, era con cierto abandono confiado, como quien no duda de una tierna acojida.

—Graciana,—le dije un dia,—¿hace mucho tiempo que no lo ves?

(Imprudente, dirá el lector. No, por cierto; sólo queria procurarle el medio, al provocar su confidencia, de frotar suavemente la herida de su alma, lo que es siempre un alivio).

—Dos meses,—me contestó.

—¿I por qué no lo has visto en dos meses?

—Así...

—¿Él no te ha buscado?

—¡Sí, que me ha buscado!

—I entónces, ¿por qué has dejado de verlo?... ¿no quisiste tú o no podias?...

—Así... —dijo, i ¡vuelta a llorar!

Yo tenia que llenar esos *así* tan conceptuosos para ella, con mi sola fantasía, i no pudiendo adelantar gran cosa con mis exámenes, me retiraba desolado, atormentado, tristísimo.

Entretanto el número 18 seguia mui mal. Todas las prescripciones del médico eran impotentes, todos mis cuidados inútiles.

A los ocho dias de su entrada al hospital, la desgraciada jóven murió víctima de una infeccion.

Cuando la vi muerta sentí que me arrancaban algo dentro del pecho. Jamás he visto cadáver mas lindo. Sus facciones afiladas por la fiebre i los sufrimientos, habian tomado una delicadeza extra-humana. Su pelo rubio derramado sobre la almohada, era el marco de oro de su rostro inocente, tranquilo, estático, modelado en su última espresion.

El cuerpo de la pobre criatura, liviano, elegante i airoso, a pesar de la muerte, cupo en un pequeño cajon, el mas fino i mas blanco del depósito; yo lo elejí para ella i yo mismo la coloqué en él.

Despues de clavado, escribí en la tapa con mi mejor letra: *Así...*

*

A los pocos dias encontré a Baldomero en la calle, mui flaco, mui pálido, mui decaido. No se le

habia visto en clase ni en los hospitales por mucho tiempo.

—He estado enfermo,—me dijo.

—No lo he sabido; pero ahora estás bien, ¿verdad?

—Sí, mejor.

Nos miramos un momento con aire de recíproca interrogacion.

Yo corté la escena diciéndole.

—¿Tienes tu cartera? dámela un momento.

Me la dió; saqué mi lápiz i puse en una de las hojas estas tres letras: *Así.*

Él miró la palabra, levantó los ojos con asombro i encontrando en los mios no sé qué espresion, dió vuelta a la cara para ocultarme sus lágrimas.

Lo tomé del brazo i trabé con él una dolorosa conversacion.

—¿Dónde está? — me dijo.

—No sé. (Me pareció cruel darle la triste noticia).

—¿Cómo sabes eso de *Así?*

—Por una casualidad, ya te lo contaré. ¿I tú no la ves?

—No la veo desde hace mas de tres meses.

—¿Por qué?

—Porque no sé donde se ha ido. Salió de casa de su madre, vieja perversa, se fué a casa de una amiga i despues no sé donde, sin decir nada. Desde los primeros meses... ¿sabes?... me habia tomado un odio mortal, no me podia sufrir; en vano hacia todo yo por contentarla; me huia como al peor enemigo; creo que estaba histérica. Por fin se fué; yo me enfermé de pena, te lo juro, porque la queria i la quiero con toda mi alma; estaba dispuesto a casarme con ella, a pesar de la familia i de todo .....

—Bien, bien, tienes tiempo para casarte; ¿ i querrás mucho a tu hijo ?

—¿ A mi hijo ?

—Sí, pues, a tu hijo; ¡ ya conversaremos de eso!

*

Desde ese dia fuimos inseparables Baldomero i yo. La palabra *así* fué nuestra fórmula para todas las cuestiones: ¡ un verdadero amuleto! I muchos meses despues, muchos, cuando su pasion se habia dormido i su corazon se hallaba mas sereno, le conté todo, todo!

1893.

RECUERDO AL CASO

A PROPÓSITO DE « ALMA DE NIÑA » NOVELA DEL DOCTOR MANUEL T. PODESTÁ

Mi estimado colega i amigo doctor Podestá : He leido, apenas me la han devuelto, su preciosa novela « Alma de niña. » Me ha gustado en estremo i la encuentro llena de ternura en medio de un análisis fino, delicado, revelador de este dualismo tan ignorado: la sicolojía científica i el sentimiento natural i sencillo. Algunas de sus pájinas me han conmovido i el tema i su desarrollo tan bien llevado, me han mostrado una vez mas los méritos de autor tan filósofo, agradándome mucho poder comprobar de nuevo las dotes literarias de un colega i de un compatriota.

A mas, su libro es sujestivo, usaré la palabra de moda ; me ha hecho recordar un episodio de mis primeros tiempos de médico i me ha inspirado el deseo de contárselo, confesando que la forma en que se presentan ahora mis reminiscencias me parece una imitacion de su estilo, en parte, mechada con puntas de mi propia cosecha.

¡ Pobre María !

Yo asistia allá por el año (cualquiera) a una señora anciana, chiquita (era la mas chica de mis clientes) i tan buena que yo no comprendia cómo en tan pequeño volúmen podia caber tanta bondad.

Vivia con una jóven criada por ella, mas nadie sabia en el barrio i por lo tanto en el universo, si la niña tenia con doña Rita, mi enferma, vínculos de parentesco.

La jóven se llamaba María; eso ya era una ventaja; un nombre lindo! i ella se parecia a su nombre, razon por la cual gozaba de jeneral simpatía.

Yo la festejaba un poco i naturalmente, doña Rita aprovechaba de mis mas asíduos cuidados.

Como yo era uno de los mejores médicos de mi barrio, un dia encontré a la viejita muerta, sin saber cómo ni por qué.

¡Triste espectáculo!

*

El cadáver estaba en la cama cubierto aún con las frazadas en desórden. Una vela ardia en la única mesa del cuarto, con una luz ética, al lado de un niño Dios, cubierto con un fanal, acostado en un bosque de flores de trapo i estirando los brazos como si se preparara a recibir una palangana, en esa actitud peculiar de todos los niños dioses que yo he visto.

María se habia sentado a poca distancta, serena, tranquila, tristemente. No me dijo una palabra.

Yo me acerqué al cadáver i me puse a contemplarlo, miéntras mi mente anotaba mis sensaciones: ojos hundidos, abiertos, sin brillo, mirando al infinito; nariz afilada, chica, aguileña; frente de cera, labios finos, secos; manos flacas, arrugadas, con dedos nudosos contraidos, mostrando en la yema de uno de ellos los puntos negros hechos por la aguja.

Me senté hácia los piés en una silla i me puse a observar el cuarto frio con piso de ladrillo ordinario i gastado.

*

La luz entraba por una ventana de vidrios pequeños, antiguos i cuadrados, a través de los cuales se veia los barrotes de la reja trepados por una planta; madreselva, creo. Los rayos, al pasar por la cara de la muerta, se empañaban, se enfriaban e iban en seguida a derramar la desolacion en la pieza. A la derecha habia un biombo fijo, empapelado con diarios primero, con papel de forro despues, provisto de una abertura de la que pendia una cortina de cretona desteñida.

El tabique servia para dividir la pieza en dos partes; la del fondo constituia el cuarto de María, donde yo nunca habia entrado, pero cuya atmósfera estaba seguramente llena de emanaciones virjinales.

Mientras yo asentaba en mi mente todos los objetos, con aquel lujo de detalles cuya percepcion permite siempre aun el mas intenso pesar, entró un gato barcino, calmoso, despreocupado, caminando blandamente, sin ruido, con aquella elegancia elástica propia de su raza. Se detuvo a cierta distancia del cadáver, dobló las patas, acomodó la cola, i mirando con sus pupilas lineales, amarillas i verticales, maulló una vez. Nadie le hizo caso. Entonces sacó su cola, enderezó las patas i con el mismo paso metódico i clandestino, abandonó el cuarto, diciéndose probablemente: « todo está perdido, soi un gato abandonado, huérfano ; se acabó la leche en plato ; ya no mas siestas al pié de la cama ! »

No sé lo que María pensó del gato, pero indudablemente su vista la distrajo ; yo la ví mirarlo con curiosa atencion.

*

El silencio formaba el fondo del cuadro, para hacer destacar mejor cualquier ruido insignificante venido de afuera. Yo oia el golpe de mi propio corazon.

¿ Nadie sabia la desgracia ocurrida? Nadie; a lo menos la naturaleza no lo sabia, porque continuaba su pequeño trote sin la menor inquietud.

El sol habia salido o no habia salido, segun su costumbre, alternando sus tintes. Eso no importaba; otros dias sin ninguna viejita muerta hacia lo mismo. ¿ Por qué no tomaba en cuenta la situacion aflijente, por qué no sufria, por qué no lloraba?... ¿ I los muebles, los compañeros de tantos años? Allí estaban quietos, insensibles.

¡ Siquiera la mesa podia apartar las patas i echarse al suelo en prueba de dolor!

Solamente la vela podia armonizar con la situacion. Ya estaba enferma pálida, medio consumida, llorando un poco de cera a lo largo de su cabo i ardiendo melancólicamente, con una llama vacilante i pobre.

Pero en fin, ella acompañaba como un ser viviente.

¡ Cuando se apague se esparcirá por la habitacion la tristeza que sigue a todo cambio!

*

Frases incoherentes, como estas, navegan en la cabeza de María:

« No digo que no se muera, pero, ¿ por qué se muere ahora?

« ¡ Todos nos hemos de morir!

« Si otro se hubiera muerto, lo mismo seria.

« ¿ Por qué no habla?... Yo hablaria si estuviera muerta!

« ¡ Quién sabe, no mas!

« ¡ Qué aflijida estoi!

« No me ha dejado encargada a nadie.

« ¡ Me parece imposible!

«Tan buena, tan buena! mui buena!

«¡Yo tambien la queria... I luego la enterrarán.—¿Qué quiere decir: la enterrarán? — No entiendo.»

*

I ni una palabra emitida.

Yo tambien tenia mi feria cerebral persiguiendo los jiros de mi enajenacion en un constante cambio de escena.

Veia entrar un viejo vestido de negro con una levita raida, esdrújula, como forro de paraguas, con una nariz aguda investigadora; lo veia acercarse al cuerpo yerto de su amiga i alegrarse en el fondo de su alma egoista por no haberse muerto él. Despues aparecian las decoraciones. «La vestirán de muerta con su librea de difunto pobre. La muerte tiene tambien su moda; nadie se va con su traje habitual! ¿El cajon tendrá manijas plateadas?»

«I el paño negro, con franja para la mesa! ¿Cuál mesa usarán? ¿El cadáver es chico? Faltan los hachones i los candelabros altos, ya prácticos en el oficio. Quisiera saber lo que piensa un candelabro despues de diez años de uso. Los candelabros para pobres deben tenerles envidia a los otros!»

¡Pobre María! Realmente es una desgracia! Nunca la he visto mas bonita. ¿Por qué no llora?

—Ya ha llorado. ¿Para qué sirven los médicos? dirá ella. En verdad... ¡para qué sirven!»

«¿Nadie vendrá a esta casa?»

*

La vela seguia consumiéndose i todo continuaba lo mismo: el niño Dios estirando los brazos, acostado en

su cuna de flores de jénero; la mesa impasible. María silenciosa i la ventana con sus vidrios chicos dejando pasar la luz helada, que caia como un sudario en el cuerpo inmóvil de la viejita.

I luego el desfile de frases otra vez:

« Todos los muertos son buenos. »

« Ya no hacen sombra a nadie i todos heredan algo: el sitio que ocupaban, el pedazo de pan que comian. »

« Esta infeliz comia poco i ocupaba un espacio mui pequeño. »

« ¿I para qué nacer, para qué vivir i para qué morirse? »

« Realmente nada tiene objeto. »

« María se casará i tendrá hijos. Su marido será gordo i vulgar. ¿I ella? ¿Cómo será ella dentro de diez años? Ya la veo, tambien gorda i vulgar. »

« ¿Cómo hará el gato para mudar de casa? »

« Los gatos son los representantes mas jenuinos del patriotismo. He visto gatos misántropos i solitarios en casas abandonadas! »

« ¡Me parece que doña Rita se mueve!... Es una ilusion; a fuerza de fijarse uno en su cara, cree verla animarse! »

« ¿A dónde se irá la vida? No se va; ya no hai mas, simplemente, como un ruido que cesa sin irse a ninguna parte. »

« ¿No se habrá muerto tambien María? Hace una hora que no se mueve. I yo, ¿qué hago aquí? »

....

No me acuerdo cuándo salí de la triste habitacion. Lo único que conservo en la memoria de aquella escena, es una sensacion de estática, de ensueño doloroso i monótono.

Algunos años mas tarde encontré a María en un tren-vía, alegre, fresca, consolada, demasiado consolada tal vez. Era otra María.

Muchas personas se han desdoblado en mi imajinacion. Ahora las trato como a relaciones recientes, mientras las antiguas que son esas mismas, sin serlo, han muerto, sin dejar de vivir, i pegadas a mis recuerdos en su forma antigua, continúan rodeadas de esa dulce, poética i tierna melancolía que envuelve a todas las cosas pasadas.

1893.

TRISTE ESPERIENCIA

Desde la edad de cinco años de que datan mis recuerdos mas lejanos, hasta la de veinticinco en que por primera vez me gustó una mujer rubia, tuve una marcada preferencia por las jóvenes morenas i de ojos negros.

Allá por el año 1870 i durante el tiempo trascurrido hasta entónces, cuyo cómputo no hago por no faltar a mis principios, tan radicales en la materia como los de cualquier dama distinguida i séria, mis aficiones se hicieron eclécticas.... ¡no adivino la causa!

Una rubia rompió la monotonía de mis predilecciones anteriores.

Su casa estaba al lado de una Comisaría i la niña miraba los escándalos que a su puerta se producian, con unos ojos serenos, admirados i azules.

Entre las dos circunstancias, la de vivir al lado de una Comisaría i la de mirar con ojos azules los procedimientos de ese Poder público para reprimir desórdenes, produciendo otros mucho mayores, creo que la segunda fué la verdadera inicial de mi cariño hácia la jóven, dando por nula i de ningun valor la primera, pues jentes conocí en aquella época que vivian pared de por medio con la misma Comisaría i sin embargo no me inspiraban el menor interés.

La rubia tenia dieciseis años, tres meses i veintiun dias cuando yo la conocí, pero el color de sus ojos debió

datar del tiempo en que por primera vez tomó el cielo ese su tinte de záfiro oscuro en los pródromos de tormenta.

Era delgada i airosa, blanca, pálida i su cabello largo fino, ondeado, color de oro muerto.

¡Una boca! ¡Dios mio! ¡qué boca! Yo me pasaba las horas esforzándome por comprender como podia tenerla tan chica, con labios tan rosados i delante de unos dientes tan blancos, tan iguales i tan unidos.

Cuando se reia todo el barrio se alegraba, yo pensaba que era dia de fiesta i el Comisario ponia inmediatamente en libertad a todos los presos.

Se llamaba María, es decir, tenia para mí nombre de negra, pues la primer María que yo conocí era una negra cocinera en el pueblito donde yo nací, en el cual no habia ni podia haber otra María, ni mas Tadeo que un tuerto picado de viruela, por cuya causa yo he creido hasta mui entrado en años, que todos los Tadeos eran tuertos i todas las Marias negras cocineras.

El Comisario la festejaba, naturalmente, (á la rubia no a la negra de mi pueblo) pero sin éxito; yo me contentaba con amarla en secreto i mirar su fotografía cuya fecha marcada el dia de un cumpleaños i referida al de nuestra primera entrevista me dió á conocer la edad exacta del adorado orijinal.

Hice mil tentativas por obtener sus favores platónicos; no aspiraba a mas; pero, triste es decirlo, de mi jestion solo resultó una íntima amistad.... con todos los vijilantes de la Comisaría i con el Comisario mismo; con la rubia, nada!

Al año siguiente de estos acontecimientos se casó con un carpintero primo de ella. Desde esa época creo que data mi aversion a los primos carpinteros.

La casta niña que yo veia en mi imajinacion no era ella; la mia tenia gustos delicados correspondientes a su físico i francamente, no me parece un gusto delicado casarse con un carpintero!

*

Mas tarde conocí otra rubia.

Esta era grande, robusta, cara redonda, ojos claros azules, maliciosos. Su cuerpo indolente i su carne blanca i semi-suelta le daban un aire de voluptuosidad alarmante. Cuando caminaba iba derramando gracia. Hablaba cortando las palabras i me gustaba particularmente su modo de decir *sí*. Me habria enamorado perdidamente de ella a no ser por sus manos que eran enormes i duras. Yo no sé de donde fué a sacar unas manos tan desagradables!

Estaba yo en lo mejor de mis trabajos para prescindir de estremidades tan incongruentes con el resto de su persona, cuando le salió un novio, un estanciero con el cual se casó, yéndose en seguida a poblar el sud de la provincia.

No se tome esto como una metáfora; la rubia tiene a la fecha catorce hijos. ¡Qué ménos podia esperarse de una mujer tan graciosa para decir *sí!*

*

Despues, desengañado con tan mal éxito, me puse a festejar una doncella de color sud americano, mui linda; cuerpo espléndido, buen busto, cintura un poco gruesa, figura bien cortada, pelo negro, largo, pesado; ojos tamaños de grandes, tardaba un dia en abrirlos; negros, bien negros; cuando miraba se hacia de noche; boca chica, labios un si es o no es gruesos; dientes agudos finos

i mui blancos; pero ¡qué nariz! habia que mirarla mui de frente para no creerla añadida; nunca pude tolerarla; ella no entraba en mis principios i por su causa rompí mis relaciones con su dueña.

Verdad es que tambien concurrió a nuestra desintelijencia la aparicion de un pretendiente; un patron de buque de cabotaje, mas tolerante que yo en asuntos de narices.

¡Confiese el lector que mis rivales afortunados eran como para desesperar al menos pretensioso!

*

Tras de esta vino otra, de pelo negro tambien i ojos idem, bravos. Esta era blanca, pálida, de regular estatura; bastante bonita. Tenia una lijera sombra de bello fino en el labio superior; no obstante no podia uno mirarle la boca sin desear darle un beso, o dos.

Ya con tanto fracaso, estaba dispuesto a no tomar grandes aficiones hasta no ver si habia algun defecto dirimente de todo entusiasmo. Al principio me mantuve a la capa, como dicen, espiando las fallas. La moza era interesante sin duda; añadia a su belleza física una vivacidad estremada i una combatividad picante. Podia decirse que todo esto la realzaba ante mis ojos, pero yo escondia mis impresiones defendiéndome de mí mismo. Ella empleó todo su arte i su potencia para llegar a su objeto: hacerse querer; i lo consiguió, pero solo en parte, pues yo no aceptaba su ingrediente moral agresivo, intransijente, sin un átomo de bondad, por cuanto hasta sus ternuras i sus amistades, eran bravías e imperiosas i sus obsequios i caricias verdaderas imposiciones, multas diré, impuestas a sus admiradores.

*

Mientras se desvanecian los efluvios del afecto anterior, conocí la tercer rubia, una niña color de marfil nuevo, pálida, fina de cuerpo i de cara, elegante, bien plantada, lánguida, delgada, enfermiza, de aspecto melancólico i con las apariencias de la índole mas suave. Su cabeza era judia, grande i de bella forma, su cabello infinito, nutrido, un poco grueso; sus ojos grandes de color azul verdoso, tiernos, dulces cuando ella queria; el óvalo de su rostro, delicadísimo. Hablaba con gracia i tenia en su trato algo de aristocrático que atraia. Llevaba con resignacion aunque con tristeza su suerte, no mui buena al parecer i vivia indudablemente en un medio poco apropiado a su naturaleza. Su aspecto físico indicaba una gran delicadeza de sentimientos. Pero aquí venia el contraste. Era fria, cruel, caprichosa i audaz, hasta la temeridad.

Tenia una aficion particular a martirizar, sin ser sin embargo mala; era coqueta, no por agradar a nadie sino por mortificar a los que más dueños se creian de su cariño. Le gustaba mucho poner trampas a los pretendientes á su mano i hacerlos caer en ellas para divertirse con su cólera i enojo. En resumen, toda su conducta, juzgada filosóficamente, indicaba que no tenia el debido aprecio por la lealtad ni la consecuencia.

Tan insólitas condiciones concluyeron por hacerme retirar mi candidatura.

*

Tras de tan larga esperiencia afirmo que no hai mujer alguna en quien un solo defecto, no baste para borrar o balancear las mas relevantes calidades.

Lo mismo puede decirse de los hombres, pero al fin ellos no tienen por sola mision en la tierra endulzar la vida

con sus encantos estéticos i sentimentales, como la tienen las mujeres.

No hai mujer completa!

¿No hai?—Sin embargo conocí despues una niña sin defecto aparente: Edad quince años; talento impropio de su estrema juventud.

Calidades sentimentales:

Prudencia; ajena a su sexo.
Altruismo; en equilibrio indiferente.
Afectos de familia; mui desenvueltos.
Respeto a sus mayores; nulo.
Virtudes domésticas; exelentes.
Idem individuales; completas.

Calidades intelectuales:

Comprension; fácil.
Juicio i raciocinio; filosóficos.
Conciencia de sí misma; enorme.

Calidades para distribuir en diferentes capítulos:

Bondad; inconciente, resultando mas bien de la indolencia.

Sumision; aparente.

Circunspeccion; antigua, infalible.

Imperio sobre sí misma; máximo, llegando casi á la hipocresia.

Presuncion; incomprensible.

Tendencias al amor sexual; dependientes de los fenómenos de alimentacion i clima.

Actitudes; abandonadas, encantadoras.

Señas particulares:

Su cuerpo era un modelo, su cabeza grande armoniosa, su tez satinada, fresca, su frente reveladora de una alma inocente i repleta de ideas, su color, el de las flores blancas i rosadas en armonia de contraste.

La vista descansaba, mirándola, de las fatigas que le impusiera una luz intensa. Su risa metálica e infantil animaba la casa, su alegria constitucional se insinuaba i se espandia; su felicidad hacia feliz.

¿Dónde están los defectos de esta niña, capaces de borrar tan altas calidades?

¡Oh! ellos saldrán, sí, más ó menos tarde ¡oh! sí saldrán!

Pongamos una sordina a nuestro entusiasmo i esperemos... ¡No hai mujer completa!

1880.

P. D. — A imitacion de los grandes autores daré cuenta del rumbo o fin de las personas que figuran en las pájinas anteriores de esta mi narracion.

La vecina del Comisario murió de una afeccion cerebral.

La mujer del estanciero, pidió hácia el año 1884, una concesion de tierra en el gran Chaco para colonizarla con su propia familia.

La señora del patron de buque suele venir a verme con tres de sus hijos, mocetones empleados en el calafateo de embarcaciones menores.

La blanca de ojos bravos se dedicó á la vida monástica; se fué á España, entró en un convento i allí pasa su vida en rezos enojosos i en oracion agresiva contra la corte celestial.

La rubia inesplicable se casó con un austriaco, es ahora una suegra modelada sobre los más fulminantes ejemplares i hace en Viena, donde reside, mui buen papel con los restos de su belleza clásica.

La última, la niña sin defectos aparentes, se ha quedado soltera i goza en la actualidad de uno de los caracteres más agrios de la comarca.

Ella i cualquier limon hacen pareja.

1894.

VARIACIONES MENTALES

A LA LUZ DE LA LUNA

¡ La noche está triste !

La luna alumbra con verdadera gana los patios de mi casa i tambien, lo supongo, los campos i las calles. Está en la faz que los almanaques llaman « luna llena » i presenta casi en todo su disco, una cara limpia, iluminada.

No brilla en realidad ; el brillo no se aviene con la melancolía de su luz.

Hai dos clases de belleza ; la débil i la vigorosa.

Murillo i Rubens en lo tocante a la mujer, han dado las dos formas.

Si de pintar la luna se tratara, yo elejiria a Murillo para el cuadro.

Yo sé cuánto la luna hace en materia de movimientos, cómo jira en las vecindades de la tierra, cómo da vuelta alrededor de su propio eje i oscila para hacer sus libraciones ; por fin, cómo se arregla para presentar siempre la misma cara a la curiosidad de los humanos.

Todo esto, tan matemático i prosaico, nada importa ; cuando uno mira a la luna, en lo que ménos piensa es en las libraciones, término que mas parece de obstetricia que de astronomía.

« ¡ Linterna de los cielos, cirio de plata, amante de los dioses, casta divinidad del firmamento, vírjen desolada, confidente de todas las ternuras i dolores ! » repetia yo

siempre en el colejio, encerrado entre las paredes del vasto edificio, donde no habia linternas de los cielos, ni cirios de plata, ni castas divinidades, ni vírjenes desoladas.

I la espresion trivial, nueva para mí por mi ignorancia, tenia un sabor de suavidad antigua que me hacia gozar, i prescindiendo del recinto, de la campana metódica que llamaba al estudio i hasta de los profesores inflexibles, me escapaba de la realidad de la escena e iba con mi fantasia, al centro de la Arcadia a ver a los pastores, seguidos por su rebaño en las noches de luna.

*

Cuando entrábamos a clase de cosmografía i el profesor erudito dictaba:

«La luna es el satélite de la tierra» (en vez de la atrocidad del párrafo irreverente en que figuraba la depresiva calificacion de *satélite*, yo ponia en mi cuaderno: «linterna de los cielos»); «es de forma esférica, i su volúmen cuarenta i nueve veces menor que el de la tierra; jira alrededor de esta, describiendo una elipse que recorre en veintisiete dias i un tercio, siendo su distancia media de treinta i ocho mil miriámetros» decia el profesor; yo escribia: «es un cirio de plata i su volúmen cuarenta i nueve veces amado de los dioses; como toda divinidad de forma esférica, jira alrededor del firmamento, describiendo una vírjen desolada que recorre en veintisiete dias i un tercio su distancia media, confidente de las ternuras de treinta i ocho mil miriámetros de dolores».

*

En la clase siguiente, no sabia mi leccion, de puro soñador e impresionable.

*

Los años han pasado con sus noches oscuras i claras, i la luna visitando mensualmente nuestro hemisferio ha reflejado en su disco de estaño los ardores atenuados del sol sobre la tierra, con la imperturbabilidad de un globo seco, filosófico i desposeido.

¡ Cuántas amarguras ha recojido, cuántas escenas de amor lejítimo o clandestino ha presenciado i cuántos terrores i sorpresas ha causado con su salida imprudente de entre las nubes, mientras se pasea como una mula de noria por su elipse !

*

Luna antigua, bola decrépita sin jugos i sin aire, enjuta, grietada, como si fueras de billar de aldea; ¡tú que trepas sobre las pirámides de Ejipto, ¿no te avergüenzas de meterte por los fondos de las casas, disimulada i silenciosamente?

¿ Qué haces ahí parada en apariencia, mientras las nubes corren sus velos negros o blancos sobre tus facciones siempre iguales ? ¿ Vienes acaso a espiar a los sirvientes o a revelarles alguna correría de sus patrones?

¿ Dónde está tu marido, mientras andas derramando la luz que le robaste, sola i vagabunda en la noche callada, recorriendo los montes i los valles ?

¿ Vienes a contarnos la historia del mundo, las batallas, los cataclismos, la caida de las naciones, las muertes, las inundaciones que has presenciado desde tu fuga del hogar materno para contemplar de léjos sus miserias, o a provocar las confidencias de los hombres, tú que miras a un tiempo los amantes separados i los bandoleros que preparan un golpe contra el honor, la vida o la fortuna ?

...... A propósito, dime, ¿ qué piensa ella ahora, mirándote desde a bordo ? ¿ está triste, recuerda a quién

la quiere, llora, tiembla su corazon dentro su pecho cuando golpean las olas el barco en que navega?

¡Oh luna protectora de las nobles pasiones, mírala con ternura, envuélvela en la ámplia cabellera de tus fulgores i al tocar con tus hebras vaporosas sus labios entreabiertos, hazle sentir los besos de tu amorosa lumbre.

Guárdale mi secreto.... etcétera, etcétera, etcétera.

*

No se vaya el lector a imajinar que los tres párrafos anteriores son míos; los copio de un libro viejo, e infiero por su contenido que desde largo tiempo la luna se ha entregado a un oficio impropio, perseguido con justa razon por las municipalidades de todos los pueblos civilizados.

Por otra parte, cuánto el libro dice, bien puede haber sucedido, estar sucediendo i por suceder, donde quiera que haya jente i buques. Ni es nuevo ni es raro que dos personas se quieran, que la una se embarque i que la otra se quede mirando la luna, de Valencia, o de otra capital encantadora, dándose a creer en la capacidad de nuestro mudo satélite para trasmitir sentimientos.

Pero la imajinación, que hace hablar a los muebles, a los paisajes i al silencio mismo, teniendo en cuenta la aptitud de los objetos para suscitar ideas, confia en su fidelidad para llevar mensajes.

De ahí esa fé ciega de todos los amantes en la luna i esa sublime inocencia con que la hacen confidente de sus locuras.

Yo sé bien que no hai nada en ella de cuánto nuestra fantasia le supone; no hai tal doncella, ni tal tierna viajera, ni cosa parecida sino un pedazo de materia muerta, sin

atmósfera, sin agua, sin calor i sin luz; un astro senil, poco hospitalario i nada agradecido que rebaja al eter luminoso del benéfico sol, treinta i seis mil grados de fuerza, dejándolo apartarse de su eterna aridez solo en reflejos pálidos para caer moribundos en la tierra; un trozo viejo, seco, rajado, hendido, lleno de antros sepulcrales en vez de valles, con la única, eso sí, grande ventaja de no tener habitantes.

No obstante, yo tambien, como todos, he contado mis cuitas a la luna.

*

Recuerdo, cuando era chico.... pero a decir verdad, no tengo ahora gana de contar eso; lo contaré a su tiempo; no lo he de escribir todo de una vez!

Los que ven un trabajo impreso o manuscrito con sus letras, sus sílabas i sus renglones, siguiéndose sin aparente interrupcion, piensan que el autor ha hecho todo de una pieza.

Nada menos exacto; cada producto necesita una jestacion, desde los niños que comienzan su vida llorando, hasta las obras de arte que salen del lienzo, del pincel, de la pluma, del instrumento musical o de los ladrillos i el mármol.

Muchas veces un libro, una estátua, un cuadro, un simple artículo de diario está en la cabeza del autor durante lustros i solo se revela cuando encuentra su fórmula acabada.

Así, obras sencillas en apariencia, han necesitado una penosa incubacion, un esfuerzo de concentracion, de estudio i de meditacion.

Hai párrafos que encierran toda la vida intelectual de un hombre, ideas constituyentes de su haber de concien-

cia, bagaje que solo deposita en las paradas de su largo camino cuando encuentra la espresion acabada, la ocasion propicia, el momento oportuno para darles vida en fórmula verbal o escrita, pero eficiente, jenuina efijie del concepto interno, claro, nítido, estético en sus formas i profundo en su fondo.

Nada de ello es aplicable a las presentes pájinas; yo no encuentro aun la imájen filolójica del sedimento que han dejado en mi alma la vision de la naturaleza, la audicion de sus ruidos, la sensacion de sus perfumes, la resonancia de sus voces, la misteriosa significacion de sus silencios en la noche tranquila a la luz de la luna, siempre serena.

Pero como toda palabra es sujestiva, tal vez la mia, desaliñada e incoherente, suscite en el lector algun agradable i melancólico recuerdo de sus aventuras nocturnas en las plácidas horas de verano.

*

T'aìmera le pilote
Dans son grand batiment
Qui flote
Sous le clair firmament.
....

El buque daba cabezadas i metia la proa en el agua; no se veia la luna sino entre celajes negros, clara solo de tiempo en tiempo, cuando las nubes dejaban de pasarle por la cara su tul empapado, como a un niño a quien fuera necesario lavársela con una esponja.

Un inglés habia muerto i se iba a echar su cuerpo al mar.

Yo estaba sobre cubierta mirando la luna, cuando sacaron el cadáver en una tabla, envuelto en la bandera

de la Gran Bretaña; la cara estaba visible; el muerto parecia dormido. Todos los marineros formaban en dos filas! Pusieron el cuerpo sobre la borda; hubo un momento de recojimiento; despues, sin pronunciar una palabra, levantaron la tabla de un estremo i el difunto, con los piés hácia el mar, se deslizó lentamente i se fué a fondo.

La luna, como un daguerreotipo, rejistró los detalles de la fúnebre ceremonia.

I el ruido de una colosal deglucion, tal cual lo hacen las aguas al tragar un grueso cuerpo que les cae, quedó por mucho tiempo sonando en nuestros oidos.

*

Cuando el Destino cometió el infame crímen de permitir que muriera mi hermanita, era yo mui niño; cada mañana al despertarme la buscaba; me parecia imposible no encontrarla, no verla, no hablarla..... nunca he podido consolarme de semejante infamia de.... quien sea!

Una noche me dormí pensando en ella, soñé que se acercaba i me recordé sobresaltado; abrí los ojos i no ví sino la luna por la ventana entreabierta!

Me levanté tristísimo i miedoso para cerrarla, i ví la plaza del pueblito desierta, las calles diverjentes, solitarias, las montañas áridas a lo léjos i la luna serena, yéndose lentamente hácia el ocaso seguida de una estrella, en el mayor silencio.

Nadie la veia, nadie la admiraba! ¡ Habia estado marchando así toda la noche!

¿ Para qué, para quién?

Ante aquel espectáculo sin espectadores, mi cerebro veia un famoso jimnasta ejecutando proezas de equilibrio en un escenario sin comparsas, sin orquesta i sin eco,

delante del vacio, sin público ni aplausos..... I contemplando la belleza estéril de aquel viaje eterno sin motivo i sin objeto, que la plácida esfera continuaba como simple tarea inconducente, el sentimiento de la inutilidad final de todo en esta vida, se condensó en mi mente i se incrustó para siempre en mi conciencia.

Mi fantasía, no obstante, voló al pobre cementerio de mi aldea i allí vió, netamente dibujados con líneas desiguales, los diminutos brazos de una cruz.

1894.

MEDICINA OPERATORIA

Tengo un caballo andaluz que me regaló Máximo Paz. Se llama Bilde. Ha recibido su nombre con la indiferencia de un recien nacido a quien lo bautizan para hacerlo cristiano.

Cuando me fuí a Europa, segundo viaje, se lo dejé a Juan Cruz Varela, con el encargo especial de no cortarle la cola, pues a los Varela, en ese entónces, les habia dado por cortar colas.

Pero Héctor, hijo de Juan Cruz, apenas me fuí, se olvidó de mi recomendacion o la consideró irracional e incompatible con sus conocimientos en materia de estética hípica, i un buen dia mi caballo amaneció con la cola parecida a un plumero de casa pobre.

Hubo mil discusiones a mi vuelta de viaje, respecto a la tal cola i Héctor, en defensa propia, hasta llegó a inventar que un profesor habia aconsejado la amputacion.

Verdad es que mi caballo habia tenido un tumor de mala categoría en el encuentro, i que Juan Cruz, con una delicadeza que le reconozco, habia encomendado su curacion a un veterinario famoso i titulado.

Por consiguiente, el caballo quedó mal i cuando vino a mi poder, traia una cicatriz estensa, dura, que se escoriaba con frecuencia.

*

Mi caballo es un sujeto agradable, soltero, moderado, virtuoso, indiferente en materias relijiosas i no pertenece a ningun partido político. Es jóven, entusiasta, ardoroso i lleno de nobles sentimientos. No tiene ningun vicio, no bebe, no juega, no es calavera ni pendenciero.

Lo sospecho sin embargo, un tanto afecto al bello sexo, por algunas de sus manifestaciones cuando en nuestros paseos por el Parque encontrábamos alguna yegua adolescente.

Una vez sobre todo tuve una vision clara de sus tendencias.

Estaba a punto de montarlo i acertó a pasar una potranca alazana, jovencita, llena de seducciones, con la cabeza chica, los ojos vivos, el cuello arqueado i fino, las piernas un poco largas con relacion a su grueso, sin proporcion ni consistencia, como esos brazos flacos e inocentes, espuestos a quebrarse, que en los bailes de estreno inauguran desnudos i rojizos con infantil vergüenza las doncellas modestas i delgadas. Además, la potranca era coqueta, juguetona, alegre, algo maliciosa, presumida i dotada de esa crueldad característica de la petulante juventud consciente de sus atractivos.

¡Con qué gracia movia los muslos al caminar! La grupa de redondez incipiente, mostraba ya algunos conatos de rellenamiento, como lo hace la parte correspondiente de una pensionista de colegio a la edad de catorce años, cuando comienza a ser mujer.

Mi caballo en su presencia tomó tal actitud, que a mí me pareció verlo tirarse los cuellos, acomodarse la corbata, mirar si sus pantalones hacian arrugas, erguirse, componerse i hermosearse, por la correcta i elegante posicion de su cuerpo, su cabeza i sus estremidades.

Alzó la mano derecha como quien ofrece una flor; no

ofreció la tal flor, pero escarvó la tierra con cierta enerjía de buen gusto, acompañando sus actos con una pequeña tos aristocrática para darse aplomo.

La potranca alazana lo miró sonriéndose con amabilidad no disimulada, aunque con cierta picardía; se saludaron como miembros de una misma sociedad; ella en seguida dió tres o cuatro saltos muy graciosos, torciendo en cada uno su hociquito afilado, i él, noble i resignado, alzó la cola, irguió la cabeza i mirándome con la franca altanería de un jóven enamorado i satisfecho, me dijo en realidad: —Vamos; sigamos a esa muchacha.

I la seguimos.

Yo no soi capaz de negar semejante servicio a mis amigos.

Desde ese dia entre tanto no doi un centavo por la castidad i virtud de mi caballo. Cuando más, será cuestion de ocasiones.

Por todas estas calidades yo lo estimo i además lo quiero mucho; él tambien me quiere i me muestra su afecto a su manera; come azúcar en mi mano i restrega su cabeza suavemente contra mis brazos cuando me acerco.

No conozco sus opiniones sobre la sociedad i la familia, pero sí sé decir que es un amigo noble i desinteresado, como lo prueba el hecho de no haber cambiado de conducta para conmigo cuando dejé de ser ministro, a pesar del ejemplo natural i humano de varios distinguidos caballeros que no volvieron a poner los pies en mi casa.

*

Viendo un dia que la cicatriz se le habia lastimado otra vez, sin darme cuenta de las dificultades, decidí operarlo.

Preparamos debajo de los árboles con el cochero i otros ayudantes, en la quinta donde yo vivia, en Belgrano, una cama de paja i todo lo necesario: instrumentos, esponjas, suturas, agua con bicloruro de mercurio i demás enseres.

El caballo fué volteado, maneado, atado i el acto comenzó; a la primera incision hizo esfuerzos desesperados por levantarse, i apenas se le tocaba de nuevo, los movimientos i sacudidas obligaban a suspender el trabajo; por fin, despues de mucho tiempo, el pobre animal, rendido e impotente para moverse, me dejó ejecutar la mayor parte de la operacion en las peores condiciones, acostado boca abajo en el suelo, apoyándome en los codos i sin el libre uso de mis brazos, por lo tanto.

No obstante, saqué con bastante éxito una buena lonja de piel, comprendiendo la cicatriz, regularicé la herida i todo anduvo bien hasta la colocacion de las suturas, porque puesta una a duras penas i cuando iba a pasar la aguja para poner otra, el paciente hinchaba los músculos del pecho i reventaba los hilos. Esto sucedió tres o cuatro veces i ya yo, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, cuando se me ocurrió la idea de pasar todos los hilos dejarlos colgando i no atarlos sino despues de hacer levantar al operado, no teniendo ya que causarle nuevo dolor, i evitando así los movimientos i la destruccion de mi costura. Lo hice con gran éxito.

Pero, a los tres dias, por la tumefaccion de la herida, todas las suturas se reventaron; no obstante, a las dos semanas el caballo estaba curado i presentaba una cicatriz lineal esquisita.

La Divina Providencia, de envidia, entónces, inventó otra cosa: le mandó al pobre convaleciente una nueva enfermedad; un grano en el cuello, horrible, enorme,

que se reventó i ulceró, presentando la úlcera las dimensiones de la seccion ecuatorial de una naranja.

¡Qué fastidio! Ensayé contra el mal todos los remedios antiguos i modernos, sin éxito; el tumor ulcerado seguia espantoso royéndolo todo.

Rosetti, Cárlos Rosetti, viéndole en tan lastimoso estado, me dijo:

— Pero hombre, ¿quién le ha hecho eso a ese desgraciado cuadrúpedo?

— ¿Quién ha de ser? le contesté, Dios, que me tiene a mí desde el tiempo del cólera i la fiebre amarilla para correjirle o remediarle una infinidad de fechorías.

Rosetti se escandalizó i le pegó un espolazo a su caballo, como si él tuviera la culpa de tales blasfemias.

*

Hube al fin de resolverme a practicar otra nueva operacion, pero no ya en las mismas condiciones. Al fin de la primera el noble andaluz me habia mirado con unos ojos tales de reproche, que me impresionó.—Tan luego usted, doctor, parecia decirme, se ha puesto á martirizarme.

Yo no podia esplicarle que todo era por su bien, no entendiendo él ninguno de los idiomas que yo hablo i no hablando yo ningun lenguaje de caballo, a pesar de ser profesor de facultades i miembro de corporaciones científicas.

—Es necesario que no me vea, le dije al cochero, i usted Bautista (todos saben quien es Bautista), lleve esta carta a D. Tomás (no hai mas que uno, D. Tomás Lasarte, vasco i químico farmacéutico).

Mi carta decia así:

«Mi querido Tomás: Mándame la cantidad necesaria de cloroformo para anestesiar a un caballo; tú debes tener los datos para calcularla. Te prevengo que se trata de un compatriota.»

*

Tomás me mandó cien gramos de cloroformo.

La nueva operacion se dispuso en toda regla.

A la primera aplicacion del anestésico, el caballo hizo unos jestos ridículos i muy graciosos; despues se durmió sin convulsiones; verdad es que yo se lo propiné con tanto esmero como si se tratara de una niña.

Una vez dormido se puso a relinchar, a gritar mas bien, alegremente. Yo comencé, continué i concluí la cruenta i terrible carnicería, sin despertarlo i en medio de una algazara de relinchos. El animal parecia contentísimo; en mi opinion, se reia a carcajadas.

Probablemente soñaba con una tablada llena de pasto verde, alto, uniforme; con una manada de yeguas jóvenes, coquetas, frescas i retozonas; con arroyos saltados, con campos floridos cruzados en todas direcciones a la carrera, con deliciosas i fáciles conquistas amorosas en tiempo de celo; con forraje abundante i ausencia total del hombre, animal feroz i dañino, cruel i perverso.

¡Quién no ha deseado alguna vez ser caballo en presencia de ciertos escenarios salvajes preparados solamente por la honesta naturaleza!

Miéntras cortaba las carnes de mi amigo Bilde oyéndolo relinchar, le envidiaba su fantástico sueño, alegrándome de habérselo producido.

Resultados:

1º Mi caballo andaluz está sano i bueno.

2º Yo soi veterinario.

3º Un caballo puede ser cortado en pedazos sin sentir nada, mediante una dosis de cien gramos de cloroformo.

4º Creo ser yo el primero que ha usado aquí los anestésicos para operar caballos.

La firma —

Yo.

La fecha — 1884.

PABLO I VIRJINIA

Acabo de leer este romance; es bueno; voi a contároslo por si no lo conocéis.

Una jóven de familia distinguida se enamora en Francia de un hombre honrado, de mediana condicion, llamado La Tour; se casa con él; esto desagrada a la familia de la mujer. El marido, disgustado del accidente, decide ausentarse i se traslada a una isla donde existe una colonia francesa; deja allí a su mujer i se va a negociar al extranjero. Muere ántes de volver a la isla, quedando su mujer con una hija no nacida aun, por toda herencia; esto se debió a que en el país habia abogados; es decir: se debió a que habia abogados la reducción de la herencia, no el hecho de haber quedado la señora en cinta.

La pobre viuda se encuentra abandonada en la isla; busca un terreno i se instala. Por lo visto, el terreno era sumamente barato en aquel paraje.

Como vecina encuentra a una señora llamada Margarita, que se hallaba en idénticas circunstancias segun el autor; totalmente diferentes, segun lo verá el lector.

En efecto, Mme. La Tour era de familia noble.

Margarita no lo era.

Mme. La Tour era casada.

Margarita no lo era.

El señor La Tour era marido i de mediana condicion.

El señor seductor de Margarita era amante i sin condicion.

El señor La Tour se murió.

El otro señor no se murió por aquel entonces.

Mme. La Tour estaba embarazada de una niña.

Margarita de un niño.

El autor encuentra que todas estas circunstancias son idénticas. ¡Dios lo bendiga!

Habia por allí, además, un vecino viejo i dos sirvientes negros de diverso sexo. Les ruego no creer que el viejo fuera neutro.

¿Cómo dividir el terreno de las nuevas vecinas, sin que hubiera cuestion de límites? El viejo echó a la suerte el caso i la cara i el castillo dieron los títulos de propiedad de los terrenos.

En ellos se construyó dos cabañas separadas, pero próximas.

*

Margarita dió a luz un niño; le llamaron Pablo, i se plantó un árbol.

Mme. Latour dió a luz una niña; la llamaron Virjinia, i se plantó otro árbol.

Era evidente que los árboles representarian en adelante la edad de los niños en caso de no secarse (los árboles).

Las dos mujeres vivieron en santa paz i sin murmurar del prójimo. ¡Es necesario ir a las islas para presenciar tales fenómenos!

Los dos negros se casaron, pero la negra no dió a luz nada, razon por la cual no plantaron otro árbol.

*

El método de vida de estas jentes, era mui sencillo: comian i se bañaban juntas, pero dormian separadas.

Iban a misa a la aldea vecina, juntas, pero rezaban separadas.

El viejo las visitaba a todas juntas.

Pablo i Virjinia crecieron i aprendieron a hablar; desde este último suceso se llamaron hermanos.

¡Uno se queda sorprendido de que no se hubieran dado tal nombre antes de saber hablar!

Pablo se ocupaba de los juegos i trabajos propios de su edad i de su sexo. Virjinia hacia respectivamente otro tanto. ¡Hé ahí un nuevo fenómeno singularísimo!

Pablo queria mucho a Virjinia i esta a Pablo. Siempre andaban juntos: ¿por qué no andarian de preferencia con el viejo?

Habia además un perro; se llamaba Fiel; esto es un pleonasmo!

Cualquiera que tenga relaciones con un perro, sabe que es fiel, aunque no se llame tal.

Me parece inútil decir que las dos familias i el viejo eran felices. Comian, dormian, paseaban, jugaban i no pagaban contribucion directa.

Nada tenian que reprocharse, ni una falta, ni un crimen, ni un pecado venial, salvo el original. A nadie hacian daño; ni carne comian por no matar animales, pues no se atrevian a comerlos vivos.

Tomaban leche, se alimentaban de verduras i huevos i habrian dejado a salvo estos últimos, si hubieran sospechado que de ellos salian los pollos.

Fiel, por su parte, no hacia tales distinciones i a pesar de su inmenso amor a la familia, no participaba de sus opiniones respecto al réjimen alimenticio.

*

Un dia que las dos madres habian ido a misa, llegó a las cabañas una negra esclava, flaca i hambrienta.

Pablo i Virjinia le dieron de comer. Esto es lo que se llama ser oportunos!

En seguida la negra les contó que su amo le pegaba i la tenia en ayunas, que ella se habia escapado i que si volvia, su verdugo la mandaria matar.

Júzguese del horror de los hermanos al oir el verbo *matar*, ellos que vivian en perpétua semana santa por no matar una gallina.

Como tenian buen corazon, se decidieron a interceder por la negra i emprendieron a pié un viaje de cinco leguas con su protejida. Llegaron a la hacienda del amo de esta e intercedieron; el amo perdonó a la negra, pero miró a Virjinia con unos ojos... ¡ah! qué ojos!

Virjinia se asustó: ¡la inocencia, naturalmente!...

I no era que no hubiera motivo para mirar a Virjinia con ojos de hacendado; la mocita tenia ya sus trece años, era redondita, blanca, graciosa, bonita i tenia un famoso desenvolvimiento de caderas en que Pablo no habia fijado su atencion.

Verdad es que Virjinia era hermana de Pablo i es sabido que las hermanas nunca tienen caderas.

*

Pablo i Virjinia se retiraron a su cabaña i se perdieron en el camino, a causa del susto que llevaba la jovencita.

Llegaron a un rio.

—Yo no paso, dijo Virjinia.

Pablo la cargó a babucha i pasaron. A pesar del gusto que tuvo Pablo, llegó cansado a la otra orilla. ¡Es que los sentimientos tienen su límite!

Continuaron su camino con los piés lastimados i sin esperanza de llegar. La noche avanzaba; los hermanos temblaban de miedo i se pusieron a gritar; el único que les respondió fué el eco que, como se sabe, repite las últimas sílabas.

—¡Socorro! decia Pablo.—*Corro,* decia el eco.

—Bendito sea Dios, gritaba inoportunamente Virjinia. *Adios* repetia el eco burlon.

—Vengan pronto, esclamaba Pablo.—*Tonto,* contestaba el eco, permitiéndose cambiar una letra.

De repente los perdidos oyeron un ladrido: era el de Fiel. «Ahí está el negro» dijo Pablo, aun cuando el negro no sabia ladrar, i bien pronto se encontraron reunidos con el sirviente.

—¿Cómo nos has encontrado? le preguntaron.

—Vaya, les contestó el negro, hice oler vuestras ropas a Fiel i me ha entendido como si fuera un hombre.

Fiel afirmaba con la cola que era cierto.

—Los he buscado como si fueran agujas, añadió el negro. Fiel ha seguido la pista i me ha conducido hasta la hacienda a donde fueron a pedir merced para la negra; allí he visto a la pobre en la tortura: ¡buen modo de perdonar habia tenido el patron!

Virjinia sospechó que no era bastante un viaje de cinco leguas para dominar las pasiones de un hacendado.

Domingo, así se llamaba el negro, hizo fuego, preparó la cena i estaban en lo mejor de ella los viajeros, cuando vieron un grupo de negros que avanzaba: eran paisanos de la esclava castigada i reconociendo a sus protectores, quisieron premiarlos llevándolos en angarillas hasta las cabañas donde las madres los esperaban desoladas.

*

La vida de estas familias, evanjélicamente inocentes, siguió deslizándose por la senda de la felicidad. Desgraciadamente, eso no duró mucho.

Virjinia cambió de carácter: andaba triste, soñadora i se ruborizaba al ver a Pablo; este no comprendia una palabra del asunto; solamente inferia que su hermana no lo queria tanto, pues no se dejaba abrazar ni besar como antes.

La madre de Virjinia se dió a pensar por aquella época, en que convenia separar a su hija de Pablo i habló a éste de un viaje a la India.

—Yo no voi a la India, respondió Pablo.

—Está bien, jóven obediente, repuso Mme. La Tour, —no vayas.

Virjinia continuaba soñando i haciendo rarezas. Una carta de Francia llegó a manos de Mme. La Tour: era de una tia de Virjinia, rica como Creso i mala como una avispa; en la carta pedia que le mandaran a Virjinia.

La noticia se esparció por la isla i el gobernador i demas habitantes tomaron cartas en el juego.

Para Virjinia se establecia este dilema: dejo a Pablo i tengo fortuna, o no tengo fortuna i no dejo a Pablo. Ella se inclinaba a lo último, pero las madres, los vecinos i el gobernador opinaban por lo primero.

Pablo se desolaba, mas nadie le hacia caso.

En fin, tras de mil vacilaciones, embarcaron a Virjinia, sin que lo supiera Pablo, quien renegó mucho, lloró mucho i se pasó tres dias mirando al mar.

*

En Francia la tia metió á la sobrina en un convento i la quiso casar con un viejo rico. Virjinia se negó a ello i llevó durante su permanencia, una vida de perros.

En la isla no lo pasaban mejor. Pablo estaba sorprendentemente flaco i no cuidaba el jardin. No habian recibido noticias directas de Virjinia, pero esto no les sorprendia porque la jóven no sabia escribir. Un dia por fin recibieron una carta de su puño i letra ¿cómo supieron que era de su puño i letra?... ¡ah... en las islas!

Pablo se puso a aprender a escribir para contestarla, i al fin de seis meses envió a su hermana nominal una plana llena de curiosos detalles i cuyos últimos renglones contenian repetida cien veces la palabra *ven*.

La tia, cansada de la obstinacion de su sobrina, se decidió a devolverla a su patria i la embarcó en un mal buque, elijiendo la estacion de las tormentas.

El buque llegó a la isla, pero al acercarse a la costa, se desencadenó sobre él un horrible huracan.

Pablo, el viejo, los negros, Fiel, el gobernador i todos los vecinos hábiles para desempeñar el cargo de municipales, acudieron a la orilla del mar a presenciar el espectáculo i ver si podian servir de algo.

La tormenta era preciosa i digna de aquellas costas providenciales. El poder del Supremo Hacedor se mostraba allí en todo su apojeo.

Dios que permite a los fabricantes construir buques, manda a las tempestades destruirlos. Esto es de una lójica admirable i los humanos deben estar mui contentos de recibir lecciones tan provechosas!

*

La tempestad continuaba arreciando; las maderas del navio crujian, los cables se rompian i la popa i la proa se sumerjian alternativamente en la onda salada.

Los tripulantes i pasajeros se arrojaban al mar, las olas barrian la cubierta i a poco andar no quedaban en

ella sino dos personas: un hombre de talla jigantesca i una jóven de alma colosal. La jóven era Virjinia, el jigante no tenia nombre.

El jigante innominado rogaba a la jóven Virjinia que se dejara salvar; ésta se oponia a semejante pretension por razones de pudor, pues era necesario desnudarse para echarse al mar i eso no entraba en sus costumbres.

Tan edificante coloquio se oia desde la costa a pesar de la distancia i de la tormenta.

—Desnúdese, le gritaban de tierra.

—Pas de danger, respondia la jóven que en su permanencia en el colejio habia hecho recopilacion de las espresiones mas puras del idioma francés.

—Desnúdese! le repetian los de la costa.

—Il ne manque plus que ça, rerespondia Virjinia.

—Desnúdese, desnúdese! continuaban las voces.

—J'ai bien autre chose a faire! rererespondia la jóven.

—Desnúdese, por la vírjen santísima! vociferaban sus amigos.

—Ah! mais, non ¡par exemple! contestaba la dócil i tierna doncella.

*

Cansado de rogar el jigante se echó al agua: el mar creció al recibir tamaño cuerpo.

Pablo, desesperado, trató de llegar a nado al buque, pero lo único que consiguió fué pelarse las rodillas i las narices contra las rocas.

Un momento despues Virjinia i su pudor desaparecieron de sobre cubierta.

¿I Pablo? Fué sacado del mar, medio muerto i echando sangre por los oidos, por la boca i por cuanto conducto tenia.

¿I Virjinia? Yacia mas linda que nunca i enteramente muerta sobre las arenas de la playa.

Los isleños la recojieron i al otro dia la enterraron.

Al entierro asistieron todos los habitantes de la isla, inclusive el gobernador i los soldados, que hicieron a su cadáver (al de Virjinia) honores fúnebres, como si se tratara del cuerpo de un coronel.

Las jóvenes de la isla querian que las enterraran vivas con el cadáver de la virtuosa doncella.

El gobernador se opuso a esto, fundándose en que muchas habian perdido lo que perdió a Virjinia.

Así, pues lo único que se enterró con los restos de la virjinal empecinada fué su castidad i algunas flores igualmente inocentes.

*

Aquí debia concluir la novela, pero no concluye.

Pablo fué debidamente atendido, pero quedó mudo i bastante atontado. Juzgue el lector cuál seria la situacion de Pablo con esta nueva dósis de estupor que le sobrevino!

Inútil es decir, que las madres, los negros, el viejo i Fiel fueron desagradablemente impresionados por tales sucesos.

Pongo en conocimiento del lector que el viejo tantas veces nombrado en esta lamentable historia, solo figura en ella por hallarse presente. Jamás ha hecho cosa alguna que yo pueda narrar pero el autor lo encuentra indispensable para el desarrollo del drama!

Margarita murió poco despues.

Pablo, seguido del viejo, anduvo vagando mucho tiempo i recobró temporalmente el habla; dos o tres veces, dijo: «¡Virjinia, Virjinia!» con todas sus letras i se volvió a quedar mudo.

El viejo lo llevó al mercado (devuelvo al viejo su crédito puesto en duda en un párrafo anterior, en presencia de esta noble accion) lo llevó para ver si el movimiento de aquel centro comercial lo distraia; pero nada, mas bien las penas del jóven aumentaron al ver terneros, pollos i pescados muertos.

Por fin, él tambien murió i *tuvo el gusto* (dice el autor) de ser enterrado junto a su novia.

La madre de Pablo murió a su tiempo i Fiel no quiso ser ménos.

Los negros tardaron mas en verificar esa operacion, pero tuvieron, por último, que decidirse a imitar a sus amos i al perro.

En cuanto a la tia, se supo en la isla que habia pagado caras sus maldades: murió loca en un manicomio.

Lo único que quedó en la isla, como rastro de la existencia de aquellas familias, fué la ruina de sus habitaciones i algunas aves domésticas viejas, que, al verse abandonadas, se volvieron salvajes i carnívoras: gallina hubo que se convirtió en una verdadera pantera.

El viejo, empecinado en vivir, quedó tambien para contar esta triste historia.

Ya la ha contado mas de cien veces, (le redevuelvo su reputacion de personaje importante) i todavia llora al oir su propio relato.

¡Necesario es confesar que hai naturalezas mui sensibles.

1894.

SOBRE CUBIERTA

El capitan, por sus atenciones, no ha ido a la mesa; una jóven ocupa el primer asiento a la derecha del suyo; el mio está enfrente. Entre uno i otro plato me pongo a mirar el cielo por la ventana situada detrás de la jóven; el horizonte sube i baja mostrando su faja azul sobre el límite del agua, mas ancha o mas angosta segun las oscilaciones. En uno de tantos momentos no veo el horizonte sino los ojos de mi vecina, grandes i azules. Estamos casi aislados; ella me mira con rápida fijeza un átomo de tiempo i yo aprovecho esta indicacion para hablarle.

—¿No se marea.... No sabia si decirle señora o señorita. El mas útil de los instrumentos al alcance del hombre, el idioma inglés, me sacó de apuros .... my Lady....?

—No ... dijo; pero, pareciéndole sin duda muy seca su respuesta, tras de una lijera pausa, añadió:

— ¡ No, no me mareo ! ¿ i usted ?

— Yo, a veces.

— ¿ Ahora no ?

— No, ahora no; ahora estoy muy bien, sobre todo teniendo una compañera de mesa que se digna conversar conmigo.

— Es usted mui amable; yo converso con todo el mundo. — Esto no me gustó; no me agrada figurar en colecciones.

— Yo no converso con todo el mundo, repliqué, con cierta impertinencia.

— ¿I con quién conversa?

— Con las personas que me agradan.

— ¿Entónces yo le agrado?

La miré por primera vez con atencion, antes de contestarle, encontrándola realmente mui agradable; i copiaré aquí de mi cerebro, segun el órden en que fueron llegándole, los datos trasmitidos por mis ojos, con la sinceridad de un aparato mecánico: «Color blanco, rosado; cara ancha, boca mui chica, dientes mal acomodados; en el lado izquierdo, junto a un incisivo, tiene un canino separado por un espacio notable; la lengua rosada se ve a través de este espacio cuando ella sonrie; pero el defecto le da mucha gracia. Cejas finas, a gran distancia de las pupilas, ojos mui separados entre sí, (estos detalles de proporcion dan grande sereninad i nobleza a la fisonomía) pestañas largas, luz de la mirada atenuada, dulce; orejas chicas, la derecha no tiene la orla completa; manos grandes, de buena forma.»

— Mucho, contesté después de un buen momento, como para establecer que mi respuesta se fundaba en mi reciente exámen.

— Mejor así dijo. Era sin duda un tanto coqueta mi vecina.

Se levantó, saludó i se fué sobre cubierta. Yo, naturalmente, subí tambien i comencé a pasearme. Ella se asomó a la borda i se puso a mirar la luna. Habrá notado el lector que los autores de cuentos relacionados con el amor, los sentimientos tiernos o las simples galanterías de pasatiempo abusan de la pobre luna i la ponen cuando se les antoja en escena. Yo no entro en el número de estos falsificadores. La noche de que hablo

era realmente de luna en el mar rojo i quien lo dude puede consultar el almanaque donde encontrará para la noche del 21 de Enero de 1897 asignada una luna en el período inicial de su menguante.

Al pasar por tercera vez junto a la jóven, oí que golpeaba con su abanico la baranda. « Cuando una mujer golpea con su abanico la baranda de un buque, me dije, está impaciente o contrariada o aburrida. » Veamos, i me acerqué.

— ¿Linda noche, verdad? (El hombre mas sabio de la tierra i mas habituado a sociedad, no puede eximirse de comenzar una conversacion, en las circunstancias de mi caso, sin acudir a un ajente meteorolójico. Principiar las conversaciones por elojiar o denigrar los accidentes atmosféricos de actualidad, es por eso de tan antiguo uso como el lenguaje i tan inevitable como dar rulos de pelo en seña de amor, cuando los amantes no son calvos).

— ¡Sí, mui linda!

— ¿No quiere usted caminar un poco?

— ¡Sí, caminemos!

I caminamos. Yo he estudiado mucho en mi vida; sé regularmente tres o cuatro idiomas; he corrido el mundo i he frecuentado la sociedad. A pesar de eso, maldito si se me ocurria una sola cosa para entretener a mi compañera; ¡inútil me era revolver mi cabeza! ¡no hallaba nada! Por fin recordé la observacion de un amigo mio bastante tonto: Cuando yo no sé que hablarle a un individuo, me dijo un dia, le pregunto algo; jeneralmente: «¿en qué piensa usted?» ¡Oh! ¡recuerdo oportuno! Como quien ha resuelto un problema, súbitamente le acomodé con brio el famoso: «¿En qué piensa usted?» de mi amigo.

Sin duda la jóven estaba pensando en alguna picardía, i al ver mi decision i mi actitud, me tomó por adivino; sin embargo, con aquella prontitud que tienen las mujeres para inventar: — «En mi madre,» dijo. Yo no me esperaba eso; así es que impensadamente salí con la siguiente candidez:

— ¿ Tiene usted madre ?

— ¡ Sí.... dos !

Eso esperaba menos; me quedé mudo.... ¡ Cómo dos madres! pensé; pero, habiéndome reconocido mui imbécil esa noche, no quise replicar, desconfiando de mí mismo i en la sospecha de que tal vez fuera natural tener dos madres i yo no saberlo! Dos padres sí me lo explico, i aun conozco muchos niños que los tienen... pero, ¡ dos madres !.... Ella, como para aumentar mi confusion, ratificó.

— ¡Dos madres, sí, por desgracia!

— ¡ Dos madres! insistí yo ami vez i no salia de ahí; pero, como me quedó resonando la palabra *desgracia,* i siempre las desgracias de las jóvenes hermosas me han impresionado, vi en la espresion un tópico practicable.

— ¡ Desgracia! Usted parece la negacion de semejante idea.

— No se debe juzgar.... En esto el buque se inclinó bastante i ella tambien, de lo cual resultó un pequeño choque: su hombro tocó mi brazo i al mismo tiempo un vapor suave, mezcla de perfume i de efluvio carnal, se escapó de su cuerpo.

Entónces, por pura cortesía i por aquel sentimiento natural que nos induce a protejer al débil i evitar peligros a nuestros semejantes, sin entrar para nada el roce del hombro, ni el perfume, ni el efluvio, le tomé

el brazo i lo acomodé esquisitamente debajo del mio, diciendo:

— Así caminaremos mejor.

A poco principié a sentir un pequeño aumento de temperatura en los músculos afectados por el contacto, una resistencia elástica i un peso blando: la sensacion no era desagradable. ¿Mi compañera se apoyaba intencionalmente en mi brazo o los cambios de presion eran efectos naturales del movimiento del buque? No sé; tal vez habia de lo uno i de lo otro en el asunto. Respecto a mí no cabe la menor duda; yo tenia la verdadera intencion de aumentar las potencias i las resistencias; así, a la menor oscilacion del barco, al menor ruido, al acercarse un pasajero, o al desviarme para dejarlo pasar, al mínimo pretesto, en fin, yo exajeraba mis protecciones para impedirle caerse, resbalarse, tropezar o marchar sin aplomo, cuando ella ni pensaba en caer, tropezar, resbalar ni perder su vertical.

De cada uno de estos cuidados yo recojia una sensacion muí digna de tomarse en cuenta, casi deliciosa i cuyos caracteres sentimentales aumentaban, porque la jóven, al parecer, no se oponia a mis procederes caritativos. La conversacion seguia su pequeño trote; «la serenidad de los mares, el peligro de los viajes, las relaciones nuevas que se forman i deshacen en un dia», fueron los tópicos más socorridos, no faltando, por tanto, el inevitable característico i estereotipado párrafo sobre las nubes i la luna, cuya fórmula es la siguiente: «Si un pintor pintara esa nube que usted ve, todos tomarian el cuadro como una ridícula invencion».

No existe en la tierra un solo hombre de una edad razonable que no haya dicho esa frase, a ménos de ser mudo, unas seis docenas de veces en su vida.

Mi compañera fué la editora en nuestro caso, no por no habérseme ocurrido ya a mí mismo, sino porque tuve buen cuidado de evitarla.

Miéntras hablábamos tales trivialidades, yo estaba pensando en ajenos capítulos. Pensar una cosa i hablar otra no me cuesta mucho; adquirí la costumbre cuando fuí ministro, seguro como estaba de que mis palabras serian tomadas como axiomas i modelos de intelijencia, erudicion i talento, aun cuando en su mayor parte, fueran vaciedades o necedades inconexas i tonteras acabadas.

Miéntras hablábamos, digo, sentia la presion de su pecho en vez de la de su brazo, contra el mio, i en los aposentos de mi cabeza mis almas tenian el siguiente coloquio: «La voz es suave, musical. La luz de la luna brilla en sus labios húmedos. Ahora mira al palo mayor; ¡yo quisiera ser palo mayor! ¿Cómo será su cuerpo desnudo? ¡Debe ser mui blanco! Me gustaria verla caminar sin dejar de darle el brazo.... ¡si hubiera un espejo!.... no; porque yo deseo verla de atrás para apreciar mejor las ondulaciones de su cuerpo, los balanceos de su pelvis rellenada con carne dura.... sus caderas.... ¡qué palabra fea! mejor es *hanches* en francés; esa parte de las mujeres es adorable, estéticamente i aparte de toda idea sensual; la forma por sí misma es bella. La cabeza, sobre todo, de esta jóven es admirable, i ¡con qué gracia la inclina! Su cabello debe pesar dos kilos, a lo ménos; el pelo castaño me parece más pesado, no sé por qué. El olor del pelo de una mujer linda i limpia, a veces marea; se trasmite a todo el cuerpo, como si de la cabeza se derramara en lluvia hasta la tierra»....

Iba yo por los caballetes de estas contemplaciones filosóficas cuando fuí interrumpido con esta frase, cuyo menor calificativo es el de *intempestiva:*

— ¡Dispénseme, señor, voi a ver a mi marido!

.... ¡Gran silencio, muestras de cólera en mi semblante.... le suelto el brazo, me retiro trájicamente dos pasos, i....

— ¿Usted tiene un marido? vocifero.

— Sí.

— ¿Aquí, a bordo?

— Sí.

— ¿I por qué no lo dijo antes?

— ¡Pues no le dije a usted que tenía dos madres!

— Sí; pero no un marido.... Debe ser mui feliz ese pobre diablo. (Lo de pobre diablo no fué claramente espresado).

— Feliz i bueno i simpático añadió ella.

— ¿Me será dado conocer ese portento? repliqué.

— Ya lo conoce, han tenido ustedes dos una larga conversacion hace poco.

— Entónces es él....

— El mismo. Hasta luego.

Ella se fué con sus ondulaciones de cuerpo endiabladas i yo me quedé diciéndome a mí mismo: «¡Bueno!... renunciaré a la galantería i me acojeré a la amistad; eso es mejor, mas fácil i mas cristiano». La conformidad es una gran virtud i yo la tengo en mi naturaleza. En efecto, desde esa noche en que descubrí tan inopinamente al marido de mi preciosa compañera, trabé con el matrimonio X. X. una relacion tranquila, suave, no destituida de cierto encanto, dado su orijen, sin dejar por eso de cultivar en el fondo de mi alma, un lijero sentimiento de envidia, de esa noble pasion tan calumniada cuando se desconoce su verdadera estirpe.

1897.

DE HONG-KONG Á YOKOHAMA

Un momento después de abandonar la Bahía, el buque comenzó á dar muestras de impaciencia i a los cuantos minutos, se puso a balencearse, a sacudirse, a estremecerse, a crujir, a inclinarse, a levantarse, a bellaquear, a encabritarse, a tirar los objetos sobre los pasajeros i los pasajeros contra los muebles. Los platos, los vasos, los floreros caen, ruedan, vuelan, produciendo un ruido siniestro i nosotros, con el ansia en el alma, el estómago en la garganta i la cabeza en el otro mundo, bien agarrados a los barrotes de las camas, esperando el hundimiento final, tenemos los ojos abiertos, agresivos, sin mirar nada ni aun el techo loco, el piso convulso ni los tabiques de los camarotes ebrios, bamboleantes, rujiendo estridencias en las junturas de sus tablones. De tiempo en tiempo el pobre buque parece cansado, moribundo, decidido a estarse quieto, a prescindir de todo i dejar a las olas perversas complacerse en embestirlo ; pero no puede, el mar lo levanta, lo zamarrea, lo sacude con violencia como si lo tuviera suspendido del cuello, i luego lo arroja sobre un flanco o de cabeza en el turbion para ahogarlo... I nosotros continuamos nuestra agonía, sin un segundo de reposo, viendo venir la muerte envuelta en las angustias insoportables del mareo ; con el cuerpo dolorido, estropeado, contuso por los golpes contra las paredes de la cama en desórden. Ya no es solo la danza

diabólica del barco, la causa del martirio. El viento silba, ruje, brama, grita con alarmas siniestras; las montañas de agua, grandes como ningun ojo las vió jamás, dan golpes de ariete en las bandas del casco desprevenido i no pudiendo romperlo, trepan sobre la borda como una lejion de viejas locas, brujas, desgreñadas, con los cabellos blancos encrespados... La cubierta se inunda; los bancos i las sillas con sus letreros exóticos i sus tarjetas cosidas, van a parar al mar. Un instante de reposo sigue a esta esplosion de cólera, i los torrentes embarcados se precipitan en lluvia por las aberturas, convirtiendo los corredores en rios i los salones en lagos.

Al mismo tiempo los camarotes se oscurecen i su ojo circular sin pupila, se cubre de lágrimas salpicadas por la cortina de agua que de la cubierta se derrama. Luego hai un silencio sepulcral compuesto de ruidos desapacibles. La máquina continúa su solfeo monótono sin saber nada de la tormenta, sorprendiéndose a ratos por el rumor presuroso, como de resorte escapado, que hace el hélice saliéndose del agua cuando la proa mete su hocico en las honduras. Las cadenas de las anclas rechinan i el huracan toca el arpa en los cables tendidos.

El médico entra a visitar a sus postrados i sale sin dejarles mas alivio que el de ver una persona en pié. El Capitan viene tambien:

—¿Cuándo termina esto, Capitan? se le pregunta.

—Ya; esta noche; mañana; quizá pronto calme un poco. I sale sin consolar, pero consuela verlo tomar tranquilo la borrasca como un suceso normal.

Mas no bien se ha ido, cuando una ola tremenda, obesa de viento, se mete bajo la quilla e hinchando el lomo, disloca el buque de su quicio... El modo de inclinarse anuncia una formidable oscilacion. ¡Esto es terri-

ble ! dice el atribulado pasajero, aferrándose a sus agarraderas... i por un siglo, tal le parece la duracion del balance, su celda de suplicio se acuesta con furia sobre la derecha, sobre la izquierda, se inclina i se levanta en vaivenes infinitos. Nada se mantiene en su sitio ; ni siquiera una idea en el remolino cerebral de temores i desmayos... ¡ Al poco rato entra un marinero a reparar los desastres !

Ya no quedan vasijas a bordo ; en cambio el suelo está sembrado de porcelana en pedazos, mostrando la marca «Hohenzollern» en letras doradas, con las armas de la Compañía partidas por la mitad.

¿ Qué hemos hecho al mar para provocar sus iras ?

¡ Tres, cuatro, seis dias sin dormir, sin comer, sin vivir, revolcándose i consumiendo los restos de la fuerza muscular en busca de ajustes para el cuerpo ! ¡ I por toda esperanza, aparecen allá en el horizonte, a lo lejos, nuevos ejércitos de fantasmas i escuadras sombrías, como erguidas cordilleras navegantes, con rumbo hácia el buque... avanzan, se aproximan... llegan... la vista se oscurece... los oidos se ahogan en un golfo de fragores, oyendo apenas cañoneos lejanos... Felizmente, el vértigo ha suprimido el espectáculo !...

*

Por debajo de la conciencia obtusa, desmayada, ha pasado la nueva edicion de la catástrofe, dejando al barco sudoroso, anhelante, respirando apenas al compás i cadencias de su máquina trabajada.

*

La campana de los relevos de guardia continúa marcando las divisiones del tiempo a bordo, como si nada

pasara, i los estertores metálicos e infernales del goug siguen llamando como siempre a sus horas, a comer, almorzar o tomar el té, a los asíduos de la mesa. Pero no hai mesa ordenada ni asíduos numerosos. Solo un inglés y dos norte-americanos, los tres sin alma, inhumanos, inmareables, se atreven a devorar metódicamente en el comedor, el jamon, la carne salada i demás platos frios a su alcance, pues el cocinero está de vacaciones i sus cacerolas de cobre con las viandas a medio hervir, yacen en las profundidades del mar buscando su centro de equilibrio.

Los siete dias de navegacion en el Pacífico entre Hong-Kong i Yokohama, han sido siete años de tormento!

1897.

EL NUEVO PARAISO TERRENAL

Se llama Korakoyen, i merece su nombre; es un jardín, un bosque, un sitio agreste transportado a la ciudad de Tokio e incrustado en medio del enjambre de sus casas. Korakoyen significa «jardin i placer en el futuro» e implica la idea de Paraiso en la otra vida; literalmente traducido quiere decir «Jardin del placer futuro» pero dando a *futuro* el sentido de «etérnamente duradero». Tiene trescientos cincuenta años; algunas de sus plantas provienen sin duda del Paraiso terrenal, donde a la sombra de su ramaje tropical, pecaron probablemente nuestros padres. Perteneció durante siglos a la familia Tokugawa i en él vivieron varias jeneraciones de la estirpe, cuyo actual representante es el marqués nuestro amigo. Ahora está a cargo del Departamento de la Guerra, habiéndolo cedido al gobierno sus lejítimos dueños, cuando se destruyó el réjimen feudal en el Japon. No le iguala en bellezas ningun pedazo de la tierra conocido; tiene *cincuenta i tres puntos* de vista clásicos i otros tantos paisajes diferentes. Las rocas, los vejetales i las aguas se han dado la mano para formar sus delicias; grandes i añosos árboles, enanos i floridos arbustos, ramajes en forma de pagodas, monumentos de verdura, sábanas de helechos, hojas grandes i chicas de mil colores, troncos mutilados, céspedes i jardines, selvas de bambues, chozas, templos i cabañas, rocas i vertientes

de agua se confunden i se mezclan en la dilatada estension, presentando los accidentes artificiales tal semejanza con los naturales, que estos a su vez parecen copia de aquellos. Aquí una piedra grabada por un abuelo secular i colocada en una abra al pasaje de un arroyo, lleva esta inscripcion: «Fuente siempre duradera» como quien dice «de la eterna vida»; i tras del abra comienza el bosque espeso destinado a las cacerías, con sus ciervos i jabalies preparados para la aristocrática diversion. Allí, desde un puente de piedra, arco de líneas purísimas, padre tradicional de todos los puentes, se oye el ruido del torrente que forma un lago alrededor de sus estribos i debajo de los árboles cuyas ramas han sido apartadas, en obsequio del sol i de la luna i de la tímida luz de las estrellas, permitiendo a un sector del firmamento reflejarse en las aguas. I mas léjos, desde una piedra tendida de borde a borde, en el precipicio, se asiste a la salida de un arroyo por la hendidura triangular i subterránea de la roca vecina, inmutable i eterna; luego sigue el pequeño rio recien nacido, serpenteando, para ir a simular en otros sitios, manantiales primitivos cuyas aguas presurosas se precipitan en cataratas sin espuma, como cortinas i filamentos de cristal, corriendo en adelante a saltos por las piedras hasta el gran lago que las recibe sereno i las somete a la lei del reposo en su profunda masa. Sobre una i otra colina se levantan templos i glorietas rodeadas de árboles inclinados hácia el valle. Uno de los templos muestra en su interior colores vivos de doscientos años en dibujos artísticos, sus muros decorados, su piso de porcelana i sus Budas impasibles desde el principio del mundo. Otro contiene dos figuras humanas, dos estátuas de madera de maravilloso trabajo; allí están desde tiempo inmemorial sin detrimento, sin

una falla en las fibras de su cuerpo. Afuera un estenso balcon se avanza en las alturas para mostrar un panorama de sueños i visiones. Por fin, una de las casas señoriales, metida entre los bosques, a la vista de los lagos i praderas, nos abre sus puertas i nos ofrece en sus viviendas hospitalarias, un té sabroso que no requiere azúcar, servido con galantería i con afecto por los dueños, descendientes de cien jeneraciones nobles i antiguas.

La casa es una joya de madera pulida, limpia, bruñida; las puertas o mas bien las partes movibles, corren en sus ranuras al mas lijero empuje; los techos lucen sus tirantes cortados i ajustados matemáticamente, i su fondo de paja tejida entre los huecos, o sus tablas brillantes en los cuadros.

Mil varillas finísimas cuyo conjunto hace el efecto real de los cristales, forman cortinas que dejan pasar la luz a través de sus mallas mas o menos apretadas, en cambiantes opalinos o jaspes de claro oscuro, segun las mueve el viento.

Al dar la última mirada en señal de despedida al Paraiso perdido para la familia Tokugawa, en doliente espectáculo místico, triste i de estraño deleite a la vez, los árboles muertos se ofrecen a nuestra vista. Allí están como antepasados, protejiendo con su presencia a las nuevas jeneraciones, herederas del lujo de la vida, ostentosas de verdura, frescas de brisas matinales, jóvenes i alegres. Los arbustos son los nietos; los árboles jigantes, los padres o los mayores sobrevivientes de la familia, miéntras ellos, los antepasados, con la sombra lineal, ríjida i tiesa de su tronco ya inflexible, permanecen de pié como guardianes, inspirando veneracion e imponiendo recojimiento.

No han querido sepultarse, no, ni recostar sus flancos en la tierra; se sustentan erguidos sobre sus raíces muertas, clavadas en el suelo i su elevada estatura, resistiendo a los vientos sin doblarse ni troncharse, da ejemplo de fortaleza a su larga descendencia. El hacha no ha osado tocarlos ni el fuego siquiera ennegrecerlos. ¡Son las reliquias del antiguo parque!

1897.

INOLVIDABLE

Los templos famosos i los mausoleos de Niko (Japon) están situados en la « Montaña sagrada » eminencia en forma de meseta rodeada casi en su totalidad por un aro incompleto de montañas mas altas, a modo de circuito de anfiteatro.

Ningun recinto sagrado de la tierra se instaló en mejor paraje ni ostentó mayores encantos; ni jamás el instinto relijioso i el culto de los muertos de pueblo alguno, aprovechó con mas suerte las bellezas naturales, para crear en ellas obstáculos admirables, ejecutando maravillas de arte, a fin de retardar con múltiple vision i dilaciones preparatorias, el májico espectáculo sin igual en su jénero en el orbe.

Ningún palacio encantado, morada de las hadas o los dioses, puede ostentar como estos templos un lujo cuyo simple enunciado, reemplazara todos los elojios del lenguaje humano: ¡Una galería de treinta millas para llegar a sus puertas! ¡diez leguas, mas de cincuenta kilómetros, i cuatrocientos años de existencia!

Las columnas i la bóveda son los troncos i el ramaje de árboles seculares! En la senda mística proyectan la sombra de sus ramas los viejos cedros robustos, cuya copa bebe el agua en las nubes i la derrama en lluvia sobre la tierra fecunda. Al lado de un ejemplar harto de vida, pero todavía fuerte i vigoroso, yace el tronco seco

de su hermano, muerto prematuramente, a la edad de trescientos años ; i mas allá, otro jóven, con solo un siglo de existencia, ha reemplazado a su antecesor llenando el claro.

*

He leido hace poco una fantasía de Tolstoi, copiada sin duda de alguna realidad de su mente, que me ha hecho una verdadera impresion. El maestro de la literatura moderna describe el viaje i la muerte de un hombre i un caballo en una noche de tormenta, en medio de un vendaval de nieve. El tópico es sencillo; el accidente, invariable ; el sujeto en accion, siempre el mismo : el viento haciendo volar en torbellino el agua en polvo congelado. . . i todo ello mezclado con las impresiones reales durante la vijilia, fantásticas durante el seudo-sueño del viajero medio ebrio i adormecido a mas por el intenso frio.

El pobre caballo delira tambien miéntras tramita sus últimos momentos de vida, despues de haber agotado sus bríos en saltos i carreras, luchando con la borrasca.

Las variaciones tienen por nota dominante el viento i la nieve i los párrafos nuevos, los pasados i los futuros, por tema la nieve i el viento ; siempre la misma *nieve* i el mismo *viento* i otra vez i cada vez la nieve cayendo i jirando impelida por el viento. El autor llega así a determinar una obsesion intensa como la de una melodía deliciosa repetida al infinito !

Pues bien, para dar una idea de la calle sin término de Niko y despertar la impresion que ella enjendra, necesitaria reproducir la misma obsesion en el lector.

El peregrino que se dirije a la Santa Montaña, va paso a paso por la senda húmeda, mojada, llena de huecos, atravesada por raices visibles ahora; se detiene junto a los troncos a escuchar el ruido de las ramas; pasa el dia sin reposo i llega a la noche siempre en la misma avenida sin fin, siempre mirando la fila de árboles en un mas allá insondable, lleno de espantos i de terrores; fatigado, asustado, aprensivo, desalentado, i despues... otra vez la avenida comiéndose las leguas, sin acabar jamás de devorarlas, sucediéndose los claros i las sombras, serpenteando las raices descubiertas a través de la huella despareja, llena de charcos; i arriba, perdurablemente la bóveda, verde durante todo el dia, negra a la noche, sacudida por el viento i rociada por la lluvia... i finalmente... de nuevo la misma hilera de jigantes eternos en su uniforme desolacion, incitando a implorar la muerte i concluir con el viajero ya que no se puede concluir con el viaje...

*

La falanje se corta en un trecho para dar campo a la ciudad de Niko, pero continúa despues en filas compactas, ya en los dominios del Local sagrado, formando calle a su entrada.

Las vecinas selvas por su parte, junto con el cristal corriente de sus aguas, han estendido el lujo de su flora hasta el desmedido anfiteatro de montañas, i gallardos destacamentos de sus lozanas plantas, se dispersan en el área interna, colgando su follaje sobre las tejas doradas de los techos...

En el centro del anfiteatro están los templos.

1897.

TROUVILLE

(EN LA PLAYA)

. . . .

. . . .

Dios me perdone mis augurios si son errados, pero como no doi nombre alguno de persona determinada i solo pinto un ejemplar perteneciente sin duda a una categoría de la cual mi orijinal seria un modelo, no corrijo los rasgos del perfil ni mis comentarios, limitándome a copiarlos de mi cerebro, tales como él los ha elaborado en presencia del cuadro.

Veo en la playa, a lo léjos, una figura humana delgada i elegante; lleva un sombrero de paja colgado hácia atrás, una blusa azul sin mangas i un calzon que baja cuando mas diez centímetros, a partir de la ingle; el cuello, los brazos, muslos, piernas i piés, desnudos. Tiene una palita de juguete en la mano; se pone a cavar la arena con ella; de repente la tira i se larga en persecucion de un niño; lo alcanza, lo voltea i lo revuelca en el suelo; luego vuelve a sus instrumentos de labranza para abandonarlos en seguida i contraerse a enredar las cuerdas de las divisiones para el baño; se aburre en el acto de las cuerdas i se lanza al mar a toda carrera; entra, capea algunas olas, salta como un pescado, nada a lo largo de la costa i sale sacudiéndose como lo hacen

los perros. Con el vestido mojado se acuesta en la arena un minuto; se levanta i va de un lado a otro con ájil pié como si buscara algo.

Este animalito tan inquieto atrae la atencion i fija las miradas de todo el mundo. Yo me acerco i lo examino tanto cuanto lo permite su movilidad. ¿Es un niño o una niña?... Su cabello largo, lacio, pesado, se estiende sobre su espalda, pero no caracteriza su sexo. Me fijo en los movimientos de su cuerpo i observando las curvas apenas acusadas en su tierna estructura, reconozco las formas de la incipiente mujer en el estado salvaje de la inocencia un poco arriesgada. Su cara es corta i de facciones finísimas, es la cara de Cleopatra a la edad de II años; nariz i boca de una delicadeza admirable, dientes bañados en leche con el brillo líquido de gotas recien coaguladas; la oreja pequeña i semicircular, el cuello largo i delgado, la frente corta porque el pelo en nutridas matas ha invadido sus dominios, pero estensa en su diámetro horizontal; las manos huesosas i largas; los piés correspondientes a esa forma; los brazos, los muslos i las piernas, con buenos músculos i lijeras tendencias hácia las morbideces femeninas; los lábios dejados para el postre de mi descripcion, anuncian una sensualidad naciente... Ahora recuerdo que no le he puesto ojos; los suyos son de gacela curiosa, negros, abiertos, en constante alerta; las pestañas mui largas se alzan en los ángulos esternos del ojo, dejando ver su estremo risueño, pero cruel i maligno.

Toda ella es el prototipo de la criatura anterior a la mujer terrible.

Ya, a la edad de once i medio años, ha comenzado a exibir ante el público sus atractivos cáusticos con una libertad agresiva... Dentro de un lustro, los asistentes a

la playa de estos dias, al verla en los salones, recordarán aquellas piernas de corredor bien hechas, nerviosas i tostadas, fuertes i llenas, como las columnas de un pórtico griego i su pelvis liviana, ondulante como una pequeña barca que se mece en las olas.

Ya es el anuncio de la galantería desastrosa, atrevida, consciente de su enerjía, de sus medios i de su aplomo. Cada uno de sus adoradores será friamente atormentado, tras de grandes concesiones voluptuosas, i su marido, el hombre más trájicamente ridículo de la tierra.

Ella es el producto jenuino de una civilizacion nueva, posible solamente en el medio social del mundo moderno!

1897.

NOVELA CORTA I LASTIMOSA

CAPITULO I

El sueño

Me dormí pensando en cuánto habia visto en el dia i soñé con historias estrañas, fantásticas i trájicas. Los cantos de los labradores que iban a su trabajo, me despertaron a las cuatro de la mañana.

Me volví a dormir i no soñé nada.

CAPÍTULO II

Enseres marítimos y terrestres

Siento ruido en mi cuarto i abro los ojos; miro hácia la puerta i veo dos gruesos cables amarillos terminados en su estremidad superior, por dos espansiones que semejaban dos escobas nuevas, aplicadas sobre una esfera.

—¿Quién anda? grito.

(Los cables jiran al oeste i como consecuencia, un perfil humano, alumbrado por un ojo azul intenso, enfrenta al este).

—¿Qué hai? pregunto.

—Il café, dice una voz celestial; lo voglie?

—Voglio tutto, respondo.

(Los cables balanceándose i las escobas fijas en la esfera, siguen al perfil, i yo veo cerca de mi cama una jóven rubia, como de quince años, fresca i robusta; los cables i las escobas eran dos gruesas trenzas i una cabellera compacta colchando su cabeza).

CAPÍTULO III

Recuerdos caligráficos, familiares i parlamentarios

He escrito durante mi vida como cuarenta mil pájinas, formato cuarto mayor, i he hablado, contando todas mis frases, palabras i sílabas emitidas de viva voz, cincuenta mil quinientas horas mas o menos.

Pues bien, con tales antecedentes, no era de esperarse que cuando la jóven se acercó con un plato i una taza en una mano i una jarrita de leche en la otra, yo no encontrara en mi cabeza una sola idea espresable.

La taza se movia, metiendo un ruido uniforme al chocar con el plato, como si la mano que la sustentaba temblara.

A dieta de palabras recurrí a la accion i tomé con mi izquierda esa mano i con mi derecha la jarrita de leche que coloqué en la mesa contígua, i luego, la mano izquierda de la niña.

CAPITULO IV

Tema insuficiente

Mi esterilidad verbal continuaba, pero al fin, era necesario decir algo i yo dije, como en tales casos, una necedad.

—¿ Esto es café ?

—E ! sí, café !

—¿ I esto leche ?

—Ma sí, latte !

—¿ Entonces, café con leche ?

(La jóven me miró asombrada, no entendiendo cómo yo podia desconfiar de ella, o dudar de que me trajera café con leche i no otra cosa. Yo noté mi torpeza i volvi a quedarme mudo... ¡ Qué conflicto! « no se me ocurrirá nada en un siglo » pensaba. El tema del café con leche estaba agotado i para dar razon de ser, motivo o pretesto a la permanencia de la muchacha a mi lado, urjia encontrar otro).

CAPÍTULO V

De cómo encontré el nuevo tema

Las manos de mi camarera no eran un modelo, a menos de serlo de manos gruesas, ásperas i coloradas ; pero estaban articuladas a unos brazos tostados que terminaban en unos hombros menos tostados, me lo imajino, los cuales hombros pertenecian a un cuerpo sin tostar, representado en su parte anterior por una topografía pectoral en estremo belijerante, a juzgar por la traccion de los botones en los ojales de un corpiño con ambiciones a chaleco de fuerza.

Al ver estas frondosidades juveniles, recordé mi cuadro titulado « La nueva Casta Susana » que compré en Florencia, i el tema salvador apareció.

—¿ Cómo te llamas ? le pregunté, temeroso de oirla decir, me llamo Casta.

—Margarita mi chiamo, me responde.

¡ Margarita debia llamarse, o Dios me confunda !

Nunca en circunstancias análogas a la presente, he procurado averiguar los apellidos de las Margaritas, pero a falta de otra pregunta i aun a riesgo de traer a la memoria de la jóven, ideas de respeto filial inconducentes, continué diciendo :

—Margarita ¿ qué ?

—Margarita Lontana, dice ella (« ¡ Diablo de apellido desesperante ! » se me ocurre).

—Lontana ¿ eh ?

— Sí, Lontana !

I Margarita bajó los ojos fijándolos en el suelo, con tal insistencia, que si su mirada hubiera sido un taladro, habria hecho dos agujeros en la tierra.

Yo pasé los dedos meñiques i anulares de Margarita Lontana entre los correspondientes míos i me puse a contemplarla con deliciosa atencion..................

.... Me parece inútil continuar el relato, i lo suspendo !

CAPÍTULO VI

Epílogo

I lo suspendo , no por respeto a la moralidad del lector, en la cual creo medianamente, sino porque el fin es desastroso.

En efecto, mi café con leche se enfrió. Pero esto no es lo grave.

Si despues de un buen rato de recíproco i reflexivo mutismo, Margarita, mirándome con inefable, inocente i tranquila dulzura, al retirar sus manos de las mías, diciéndome : « vi prego » se hubiera caido muerta, yo habria tenido la ocasion de ver bajar de los cielos una lejion de ánjeles a recojer su alma, dejándome su cuerpo inmaculado !

CAPÍTULO VII

MORALIDAD

Margarita se fué ; yo me encontré solo i me dije para mis adentros :

«¡ Te has conducido como un hombre virtuoso i continente ; debes estar contento de tí mismo ! »

. . . . Pero no estaba contento de mí mismo ; i aun, eso de haberme conducido como un hombre virtuoso i continente, tal vez no fué culpa mía !

¡ No meteria las manos en el fuego por tal causa !

1897.

INDICE

E. WILDE

PROMETEO & Cia

1899

BUENOS AIRES



88884 — Imp., Litog. y Encuadernación de Jacobo Peuser
SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO